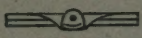
ESPAÑOLES DE ANTAÑO

R6965e

JOSÉ RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

Españoles de antaño



El capitán Contreras
Alvar-Núñez Cabeza de Vaca
Bernal Díaz del Castillo
y otros capitanes

233243
14. 6. 29.

MADRID
IMP. SAEZ HERMANOS Y COMPAÑÍA (S. EN C.)
EDUARDO BENOT, 1 Y 3
1916

Es propiedad de su autor.
Prohibidos los derechos de
reproducción y traducción.

Al lector

No pretendo agobiarle á usted con un nuevo libro sobre la guerra. Para ponerse pesado hace falta una autoridad de que yo carezco. La literatura belicosa es uno de los males de la guerra y no ciertamente el menos desagradable. Sobre los campos de batalla caen los proyectiles en cantidades fabulosas; sobre nosotros, espectadores entristecidos y fatigados por la cruel carnicería, cae sin interrupción desde hace año y medio una lluvia de proyectiles literarios. Dios, que ha preservado á nuestra patria de las miserias en que se halla sumida casi toda Europa, no ha querido apartar de nuestros labios este otro cáliz. Quizá es una hora general de penitencia y cumple á su voluntad que así purguemos nuestras culpas.

Resignémonos: nuestra modestia nos impide ha-

cer reproches, que, por otra parte, no tendrían eficacia. Si dedicamos algunas palabras á esta cuestión es porque las causas primeras permanecen para nosotros misteriosamente ocultas, tal vez porque hemos leído demasiados libros. Los hemos cogido con avidez, los hemos devorado y á la postre hemos caído en la mayor turbación.

Probablemente no debimos recibirlos de todas las manos; un prudente recelo nos hubiera evitado graves torturas. Un libro es á veces como una obra de brujería que perturba los sentidos. Aquel gran señor de Shakespeare que rechazaba todos los libros que no hablaran de amor, era, además de un aristócrata exquisito, un psicólogo sutil. Nosotros somos plebeyos en literatura; leemos todos los libros y esto nos produce terribles neuralgias en el estómago.

He aquí por qué, yo que también me duelo de este mal, me he apresurado á dar una explicación á los lectores. Estas páginas no están escritas para ensalzar las maravillosas proezas que realizan actualmente los hombres en los campos de batalla. Cada pueblo cantará sus hechos, que no han de faltar poetas donde no han faltado héroes.

Este libro es exclusivamente un libro de españoles, escrito para España. Es como un viejo relicario hallado por el autor en los arcones desvencija-

dos de la casa solariega. Está lleno de cosas sagradas y benditas. Es la evocación de los espíritus fuertes de nuestra raza, pero no de los grandes que tienen un lugar en la Historia, sino de los humildes, de los ignorados, de los obscuros. Los grandes hombres fueron en la época del florecimiento español, como la cristalización de las enormes energías del pueblo. Pero lo verdaderamente interesante es saber cómo pensaban las gentes vulgares, las gentes anónimas cuyas vidas no ha recogido la Historia. Por eso á nosotros nos interesa más el capitán Contreras que el duque de Alba. El uno es un magnate, el otro un hombre del pueblo.

Del capitán Contreras sólo se conocen los hechos que él mismo trazó de su puño y letra en un manuscrito que ni siquiera está en España. Once días invirtió en su obra y la hizo con tal arte y tan sublime sencillez, como la que acompañó todas las grandes acciones de su vida. De su muerte nada se sabe, como tampoco del pedazo de tierra que le sirvió de cobijo. El relato que nos dejó de su historia se interrumpe bruscamente, una noche, en el Postigo de San Martín, en una aventura de su mocedad. Quizá cayó asesinado en alguna emboscada; tal vez murió colgado de una jarcia en un galeón, ó, quién sabe si dió su alma al Señor santamente, sien-

do prior de algún convento en las montañas de Burgos. Pero el misterio de su muerte, antes añade que quita valor al interés de su vida. Alonso de Contreras reunió en su persona el valor, la inteligencia y la energía, que hicieron de los españoles la primera nación del mundo en el siglo XVI.

* * *

España fué en aquel tiempo memorable la patria de los capitanes famosos y de los hombres de Estado. La habilidad de los diplomáticos españoles—dice Macaulay—era célebre en toda Europa, y en Inglaterra vive todavía el recuerdo de Gondomar. Pero si la nación soberana no tenía rivales en la guerra regular, tampoco los conocía en la irregular; y tanto los impetuosos caballeros franceses como las falanges de los suizos quedaban malparados cuando se hallaban frente á frente con la infantería española. En las guerras del Nuevo Mundo, en las que el arte estratégico vulgar no podía ser bastante, como tampoco la ordinaria disciplina del soldado; allí, donde era necesario desbaratar y vencer cada día por medio de alguna nueva estratagema, la instable y caprichosa táctica de un bárbaro enemigo, demos-

traron los aventureros españoles, salidos del seno del pueblo, una fecundidad de recursos y un talento para negociar y hacerse obedecer de que apenas daría otros ejemplos la Historia.

¿Cuáles fueron las virtudes nacionales, las virtudes del pueblo, en la época de nuestra grandeza? El gran historiador inglés nos lo va á decir al hablar de las guerras de Italia: «Eran los españoles de entonces á los italianos, lo que los romanos á los griegos en los días más prósperos y de la mayor grandeza de Roma. Tenían los vencedores menos cultura, menos buen gusto é instintos menos delicados que los vencidos; pero había en ellos más orgullo, más altivez, valor y perseverancia, más gravedad y un sentimiento más desarrollado del honor (1).

(1) No sólo reconoce lord Macaulay la superioridad de los españoles con respecto á los italianos, sino aun con respecto á los ingleses, sus compatriotas. «Curioso es y digno de fijar la atención el terror con que los ingleses miraban á los españoles, los cuales, según decían, eran una especie de demonios terriblemente dañinos, y al propio tiempo sagaces y astutos por extremo.» «Son muy prudentes y políticos, dice un inglés de aquel tiempo en una Memoria dirigida á la reina María de Inglaterra, y pueden, merced á su sabiduría, corregir y dominar sus naturales instintos durante algún espacio, y poner su vida en armonía con las costumbres de aquellos á quienes se mezclan libremente en tratos de amistad. Ninguno puede conocer sus malos designios hasta no haber caído bajo su dominación; pero

Tales son los hombres con los que el lector va á trabar conocimiento en el curso de este libro. Sus vidas están llenas de curiosos lances y de episodios novelescos; declaremos, sin embargo, que no es la curiosidad literaria la que nos ha llevado á revolver estas cenizas venerables. Ese hubiera sido un sentimiento liviano muy parecido á una profanación. Cada una de estas vidas es para nosotros un santuario; llegamos á ellas desde muy lejos, guiados por la luz interior de un ideal romántico, á pedirles su secreto. Nos sentimos contritos y humillados porque nuestra alma no ha sabido conservar la pureza de las tradiciones. Y como es una hora de sinceridad, queremos confesar que estamos avergonzados de nosotros mismos y un poco también de nuestros ascendientes entre cuyas manos se perdió la fuerte originalidad del carácter español.

---

entonces se les percibe y comprende perfectamente, cosa de la cual pido á Dios libre á Inglaterra, porque superan á todas las demás naciones del globo en el disimulo para conseguir sus fines, y luego en la opresión y tiranía cuando han logrado su objeto.» Arminio hubiera podido expresarse así al hablar de los romanos, y éste es el lenguaje que podría emplear en nuestros días un hombre de Estado indio al hablar de los ingleses. Es, en suma, el lenguaje de un hombre cuyo corazón se halla penetrado de odio; pero que está humillado por los que odia, y que siente penosamente la superioridad, no sólo de su poder, sino de su inteligencia.

Si se hiciera en España un inventario de lo que nos resta como cualidades típicas de la raza, nos quedaríamos asombrados. Nuestros códigos, nuestra cocina, nuestros trajes y nuestras ideas son extranjeros. El alimento espiritual de nuestros jóvenes escolares son las traducciones de novelas inglesas y francesas. El romanticismo francés pasó los Pirineos y produjo en España una generación de retóricos y declamadores. Luego tuvimos nuestra época de naturalismo á todo pasto; después del naturalismo vinieron los simbolistas, los decadentes, los exquisitos. Nuestros poetas se dejaron crecer el pelo y las uñas y cantaron con acentos plañideros la seducción del dolor que habían aprendido de Baudelaire. Todo ello imitado, falso y grotesco. Se nos plantearon infinitos problemas eróticos y sexuales y se creó la neurastenia como una enfermedad exclusivamente literaria. Nuestra sociedad no tenía esas complejidades, pero era de buen tono adoptar la moda de lo que pasaba en Francia.

Es una época de alucinaciones que todavía, por desgracia, no ha terminado. Nuestros políticos liberales y conservadores se proclaman hijos de la Revolución francesa, y lo más desagradable es que lo son aunque bastardeados. Nadie se cuida de remozar, de refundir las antiguas libertades castellanas

adaptándolas al progreso de los tiempos. Ha sido más cómodo desdeñar todo lo nuestro y acoger todo lo de fuera con lo cual hemos acabado por no poder entendernos.

Yo recuerdo que hace algunos años fué nombrado alcalde de una capital andaluza un hombre joven y progresivo. Había viajado bastante y conocía las mejores ciudades de Europa, de cuyos adelantos se mostraba maravillado. En cuanto fué alcalde quiso hacer de su ciudad una «ciudad europea» y ordenó que se cambiara el pavimento de piedra de varias calles principales por pavimento de asfalto. Llegó el verano, arrojó el sol sus rayos de fuego sobre la ciudad, se derritió el asfalto y los transeuntes se dejaron en aquellos lagos de cola líquida la paciencia y la suela de los zapatos.

Este buen hombre representa la única tendencia espiritual de España hasta el momento de comenzar la guerra europea. Después parece que hemos abierto un poco los ojos del entendimiento.

El fenómeno inmediato ocasionado por la guerra en los pueblos beligerantes y en los pueblos neutrales, ha sido la exaltación de los sentimientos patrióticos. Cada cual ha tratado de afirmar su personalidad histórica, y el patriotismo ha delimitado las fronteras con trazos vigorosos. No se trata solamente de defender la independencia, sino también

la lengua, la raza y las tradiciones. Todo lo que constituye el patrimonio común de cada pueblo que en momentos de peligro forma como una sola familia.

También en el fondo del alma española ha sonado esta hora como un conjuro. El ruido de los cañonazos nos ha sacado de la pesadilla de tres siglos y nos hemos despertado de mal humor dispuestos á regañar los unos con los otros; sería mejor, sin embargo, que los escépticos y los pesimistas se apartaran á un lado y dejaran trabajar á los que tienen fe en el porvenir de la raza. Eso sería, realmente, lo más apropiado á la dignidad del momento. Querer poner enfrente de los ideales patrióticos las palabras sonoras que representan ideales universales, es un torpe yerro. Esas palabras llegaron en un tiempo á nuestros oídos preñadas de fascinaciones; hoy no son nada ó son un cruel sarcasmo.

Por eso volvemos la vista al pasado en busca de las energías que nos hacen falta para nuestro resurgimiento. Y con la fe sagrada que el árabe atraviesa el Desierto para ir á la Meca, así nosotros, dejando atrás el desierto de nuestra decadencia, remontamos el curso de la Historia buscando la integridad del carácter español. Esa es para nosotros la tierra prometida. Llegados á ella hemos querido oir la palabra de las multitudes, la voz del pueblo. Nada nos

interesan los grandes cortesanos, ni los reyes, ni las instituciones políticas. Queremos fundir nuestra alma con el alma plebeya de España, evocar aquellos acentos queridos que se callaron para siempre y preguntarles cómo podríamos nosotros, españoles de hoy, continuar su obra. España fué grande porque tuvo aquellos hijos; hoy es pequeña y los hijos somos nosotros...

Contreras, Alvar Núñez, Bernal Díaz, Pedro de Ircio, Velázquez de León y Gonzalo de Sandoval, son gentes del pueblo. Sus altos hechos, con ser tan extraordinarios y grandes, no les alzaron sobre su condición social originaria. Trabajaron en silencio y se fueron de esta vida tan calladamente, que han pasado más de tres siglos sin que nadie tuviera apenas noticia de su existencia.

Ha llegado un día de fiesta, el día glorioso de la Resurrección. En nuestros corazones, trémulos de fervor y de entusiasmo, retumban los ecos de bronce de las viejas campanas. Es el banquete espiritual, la función de desagravio. Del fondo de los siglos surgen altivas las sombras de los capitanes que ocupan sus asientos en la mesa del festín. Contemplan con asombro nuestro porte y atavíos y apenas nos conocen; ¡hemos cambiado tanto! Pero nosotros los conocemos bien y cuando queremos que ellos nos reconozcan sólo tenemos que pronunciar un nombre;

España. Los ojos de estos hidalgos se animan y sus manos esqueléticas se crispan apretando el puño de la espada como si la madre común los llamara de nuevo. Nosotros sonreímos sin temor porque sabemos que la voz de la sangre no engaña y los capitanes son nuestros abuelos. Y mientras en la vetusta hospedería, á la luz de un velón, se disponen á contarnos su historia, bajamos á la bodega y extraemos una jarra de vino rancio de las viejas odres.

—¡ Brindemos por España !

* * *

Tal vez se nos reproche nuestra insuficiencia, pero hemos de salir al paso de las objeciones diciendo que solo pretendemos hacer una obra de divulgación. No es nuestro intento emprender una edición crítica de la vida de estos grandes españoles, porque no es la literatura lo que más nos interesa en este momento. Un erudito hubiera puesto en este libro muchas notas : nosotros hemos puesto mucho amor. Estamos seguros de lograr por tal modo una compenetración más completa de los españoles de hoy con el espíritu que animó á los españoles de antaño. Una disertación académica sólo puede interesar á los anticuarios del idioma, pero este es un libro de optimismo y de entusiasmo y en él las palabras tienen menos importancia que los hechos.

Por otra parte conviene advertir que todas estas cosas que van á desfilar ante la vista del lector han permanecido ignoradas hasta ahora. De nadie eran conocidos estos hombres ni sus obras, con la sola excepción de Bernal Díaz del Castillo, cuya historia se halla en la colección de Autores Españoles. La Academia Española se enteró hace próximamente dos años que había existido el capitán Contreras y que había dejado un manuscrito de su puño y letra.

La Academia consideró el manuscrito de Contreras como un tesoro literario y lo imprimió en una edición para bibliófilos, de la que sólo se tiraron cien ejemplares. Pero lo verdaderamente desagradable para la docta Corporación, es que Contreras había sido descubierto por un escritor francés, Jean Viollis, que publicó en la hoja literaria de *Le Siècle,* de París, un artículo sobre sus *Memorias*. El autor de estas páginas, que era corresponsal de *Le Siècle,* y que se hallaba por aquellos días en París, leyó el artículo de Jean Viollis y quiso conocer la vida de Contreras. A su regreso á Madrid publicó un artículo en *Mundo Gráfico* hablando de este asunto, y algunos meses después hizo la Academia la edición que hemos mencionado. El manuscrito de

Alonso de Contreras ha estado inédito, pues, cerca de trescientos años.

Lo mismo se puede decir de los otros personajes que integran este libro. Alvar Núñez Cabeza de Vaca está en un incunable de principios del siglo XVI, olvidado en los estantes de la Biblioteca Nacional, y nadie se había ocupado de él hasta ahora. ¿Se nos podrá reprochar á nosotros que hayamos exhumado estas gloriosas reliquias?

Confiamos en que si con ello hubiésemos pecado se nos perdonará, porque pecamos por amor. Así, pues, invitamos al lector á este viaje espiritual por los campos de nuestra grandeza. Y el lector aceptará seguramente, sobre todo si es español, porque sabe que vamos á ir en muy buena compañía.

El Capitán Contreras

De su infancia y de sus padres

Alonso de Contreras nació en Madrid el 6 de Enero de 1582.

Fué bautizado en la parroquia de San Miguel, donde se conserva aún su partida de bautismo; fueron sus padrinos Alonso de Roa y María de Roa, hermano y hermana de su madre, y su verdadero nombre fué Alonso de Guillén... pero dejemos que él mismo nos relate su infancia.

—Mis padres se llamaron Gabriel Guillén y Juana de Roa y Contreras; quise tomar el apellido de mi madre andando sirviendo al Rey como muchacho, y cuando caí en el error que había hecho no lo pude remediar porque en los papeles de mis servicios iba el nombre de Contreras, con que he pasado hasta hoy, y por tal nombre soy conocido. Fueron mis padres cristianos viejos, sin raza de mo-

ros, ni judíos, ni penitenciados por el Santo Oficio. Como se verá en el discurso adelante de esta relación, fueron pobres y vivieron casados como lo manda la Santa Madre Iglesia, veinticuatro años, en los cuales tuvieron diez y seis hijos, y cuando murió mi padre quedaron ocho: seis hombres y dos hembras y yo era el mayor de todos.

En el tiempo que murió su padre, Contreras andaba á la escuela y escribía, según nos dice, de ocho renglones. Hízose por entonces en Madrid un campo para justar á un lado del puente de Segovia, donde se ponían tiendas de campaña, y como cosa nueva iba todo el lugar á verlo. Contreras se juntó con otro muchacho llamado Salvador Moreno, que era hijo del alguacil de Corte, y fueron juntos á la justa faltando á la escuela. Cuando á otro día fueron á ella, el maestro dijo á Contreras que subiese arriba á desatacar á otro muchacho que le tenía por valiente; subió Contreras con gusto, sin sospechar el engaño, y el maestro tras él. Cuando se hallaron solos, el maestro le mandó bajarse el calzón y con un azote de pergamino le dió hasta que le sacó sangre. Esto lo hizo el maestro—dice Contreras—á instancia del padre del muchacho que era más rico que el mío; con lo cual en saliendo de la escuela como era costumbre, nos fuimos á la plaza de la Concepción Jerónima, y como tenía el dolor de los azotes saqué el cuchillo de las escribanías y eché al muchacho en el suelo boca abajo y comencé á dar con el cuchillo. Como me pareció que no lo

hacía mal le volví boca arriba y le di por las tripas; y diciendo todos los muchachos que le había muerto, me fuí á mi casa como si no hubiera hecho nada.

Este día había falta de pan en la casa, y la madre había dado á cada uno de los chicos un pastel de á cuatro; estándolo comiendo llamaron á la puerta muy recio.

—¡ Abrid á la Justicia !

Contreras, al oir esto, subió á lo alto de la casa y se escondió debajo de la cama de su madre; entró el alguacil y buscándole le halló, y tirándole de una muñeca decía:

—¡ Traidor, que me has muerto á mi hijo !

Lleváronselo á la cárcel de Corte, donde le tomaron confesión; él negó siempre, y á otro día le visitaron con otros veintidós muchachos que habían prendido, y haciendo el relator relación de que Contreras había sido y no otro el que había dado al hijo del alguacil con el cuchillo de las escribanías, y negando Contreras con tesón, se asieron los muchachos á mojicones, que no fué menester poco para apaciguarlos y echarlos de la sala. Pero tan buena maña se dió el alguacil que en dos días probó la delincuencia de Contreras. Viéndole de poca edad hubo muchos pareceres, pero el último le salvó, el ser menor, y le condenaron á destierro por un año y cinco leguas de la Corte, advirtiéndole que no lo quebrantase, so pena de destierro doblado; con lo

cual salió á cumplirlo luego, y el alguacil se quedó sin hijo porque murió al tercer día.

Pasó el año de destierro en Avila, en casa de un tío suyo, que era cura de Santiago en aquella ciudad. Volvióse á Madrid, y veinte días después de llegado llegó también el príncipe cardenal Alberto, que venía de gobernar á Portugal y le enviaban á gobernar los Estados de Flandes. La madre de Contreras había hecho particiones de la hacienda y sacado su dote; quedaron que repartir entre los ocho hermanos 600 reales. El pequeño Alonso dijo entonces á su madre:

—Señora, yo me quiero ir á la guerra con el cardenal.

La madre replicó:

—¡Rapaz, que no has salido del cascarón y quieres ir á la guerra! Ya te tengo acomodado oficio con un platero.

Contreras manifestó á su madre que no se inclinaba á servir oficio, sino al Rey, á pesar de lo cual fué llevado á casa del platero y dejado en ella.

Lo primero que hizo la mujer del platero fué darle una cantarilla de cobre no pequeña para que fuese por agua á los caños del Peral. Arguyó el muchacho que no había ido á servir, sino á aprender oficio y dijo á su ama que buscase quien fuera por agua. Alzó la platera un chapín para pegarle; alzó Alonso la cantarilla y se la tiró, aunque no pudo hacerla daño porque no tenía fuerzas. Salió luego huyendo por la escalera abajo y llegó á casa de su ma-

dre, diciendo á grandes voces que por qué había de ir á servir de aguador. En esto llegó el platero y lo quería aporrear; pero el muchacho salió á la calle y la emprendió á pedradas; acudió gente, y sabido el caso dijeron que por qué querían forzar su inclinación. Con esto se fué el platero y Alonso dijo á su madre:

—Señora, vuestra merced está cargada de hijos; déjeme ir á buscar mi vida con este príncipe.

Resolviéndose la madre á ello, exclamó:

—No tengo que te dar.

A lo que contestó el pequeño Alonso:

—No me importa, que yo buscaré para todos, Dios mediante.

La madre le compró una camisa y unos zapatos de carnero; le dió cuatro reales y le echó su bendición, con lo cual un martes, 7 de Septiembre de 1595, al amanecer, salió Contreras de Madrid tras las trompetas del príncipe cardenal.

—Llegamos aquel día á Alcalá de Henares—dice—, y habiendo ido á una iglesia donde le tenían gran fiesta al príncipe Cardenal, había un turronero, entre otros muchos, con unos naipes en las manos, y como aficionadillo, desaté de la falda de la camisa mis cuatro reales y comencé á jugar á las quínolas; ganómelos y tras ellos la camisa nueva y luego los zapatos nuevos, que los llevaba en la pretina; díjele si quería jugar la mala capilla; en breve tiempo dió con ella al traste, con que me quedé en cuerpo, primicias de que había de ser soldado; no faltó

allí quien me lo llamó, y aun rogó al turronero que me diese un real, el cual me lo dió y un poco de turrón de alegría, con que me pareció que yo era el ganancioso.

Aquella noche me fuí á Palacio y á su cocina, por gozar de la lumbre, que ya resfriaba; pasé entre otros pícaros, y á la mañana tocaron las trompetas para ir á Guadalajara, con que fué menester seguir aquellas cuatro leguas mortales. Compré de lo que me quedó del real unos buñuelos, con que pasé mi carrera hasta Guadalajara; rogaba á los mozos de cocina se doliesen de mí y me dejasen subir un poco en el carro largo donde iban las cocinas; no se dolieron, como no era de su gremio.

Llegamos á Guadalajara, y yo fuíme á Palacio, porque la noche antes me había sabido bien la lumbre de la cocina, donde me comedí, sin que me lo mandasen, en ayudar á pelar y á volver los asadores...

Caminamos á Zaragoza, donde hubo muchas fiestas, y de allí á Monserrat y Barcelona; en Barcelona estuvimos dos días, hasta que nos embarcamos en 26 galeras, la vuelta de Génova: y en Villafranca nos regaló mucho el duque de Saboya; de allí pasamos á Saona y tomamos un navío no sé si de turcos, ó de moros, ó franceses, que creo había guerra entonces, parecióme bien el ver pelear con la artillería; tomóse.

Comienza á ser soldado

Estuvieron algunos días en Saona; luego fueron á Milán, y de allí tomaron el camino de Flandes por Borgoña, donde hallaron muchas compañías de caballos y de infantería española. Viendo Contreras que había soldados que parecían tan mozos como él, pidió permiso á S. A., en un memorial, haciéndole relación de todo y diciéndole cómo le seguía desde Madrid. Su Alteza contestó que se le diera la plaza, aunque no tenía edad para servirla.

Ya cerca de Flandes, el cabo de escuadra, á quien Alonso respetaba como al Rey, le dijo una noche que le siguiera, que era orden del capitán; y nos fuimos del ejército—dice Contreras—, que el cabo no era amigo de pelear. Cuando amaneció, se hallaban alejados cinco leguas del ejército. Contreras le preguntó que dónde iban, y el cabo le dijo que á Nápoles, con lo cual le cargó la mochila y le llevó á Nápoles, donde estuvo con él unos días hasta que se encontró en una nave que iba á Palermo.

Viaje á Malta

En Palermo lo recibió por paje de rodela el capitán Felipe de Menargas, catalán. Ofrecióse una

jornada para Levante, donde iban las galeras de Nápoles y Sicilia. Mandaba las galeras de Nápoles su general don Pedro de Toledo, y las galeras de Sicilia, su general, don Pedro de Leyva; iban á tomar una tierra que se llama Patrache (Patrás); tocó embarcar á la compañía de que formaba parte Contreras, en la galera capitana de César Latorre, de la escuadra de Sicilia; llegados á Patrache echaron la gente en tierra haciendo un escuadrón firme. La gente suelta ó volante, emprendió entrar con sus escalas por la muralla.

—Aquí fueron las primeras balas que me zurraron las orejas — dice Contreras —, porque estaba delante de mi capitán con mi rodela y jineta.

Tomóse la tierra, pero el castillo, no; hubo muchos despojos y esclavos, donde, aunque muchacho, le cupo buena parte al pequeño paje de rodela.

Llegado á Sicilia, de lo ganado se hizo un vestido con muchos colores. Un soldado de Madrid que se le había dado por paisano, y de quien Alonso se fiaba, le sonsacó unos vestidos del capitán, diciendo eran para una comedia. Alonso lo creyó y le pidió que lo había de llevar á verla. Prometiólo así el otro, y cargó con toda la ropa del capitán Menargas, lo mejor que tenía en los baúles.

Al día siguiente fué el sargento á casa del capitán y le dió cuenta de cómo se habían ido cuatro soldados, uno de los cuales entendió Contreras que era su paisano. Quedóse cortado, y sin darse por entendido se enteró de que las galeras de Malta

estaban en el puerto, y se fué á embarcar en ellas. Llegado á Mesina escribió una carta al capitán, su amo, dándole cuenta del engaño de su paisano, y diciéndole que no había pedido licencia por temor. Siguió su viaje hasta Malta, y en la misma galera, unos caballeros españoles trataron de acomodarle con el Recibidor del Gran Maestre, un honrado caballero que se llamaba Gaspar de Monreal, el cual se holgó mucho de que le sirviese el muchacho.

Estuvo con él un año, y al cabo le pidió licencia para ir de soldado á Sicilia, con el capitán Menargas, que no dejaba de solicitarle por cartas, diciéndole cuánta satisfacción sentía por su persona. Dióle licencia el Comendador con harto pesar, y envióle bien vestido.

Vuelta á Sicilia

Llegó Alonso á Mesina, donde estaba el virrey, duque de Maqueda, y sentó plaza de soldado, en la compañía de su capitán. Un año después el virrey armó en corso una galeota y mandó que los soldados que quisiesen ir en ella le darían cuatro pagas adelantadas; Alonso fué uno de ellos y fueron á Berbería. Era capitán de la galeota Ruy Pérez de Mercado, y no habiendo topado nada en Berbería, toparon á la vuelta otra galeota, en una

isla que llamaban la Lampadosa, cerca de la costa de Túnez. La rindieron, cautivando en ella un corsario, el mayor de aquellos tiempos, que se llamaba Caradalí, con noventa turcos.

—Fuimos bien recibidos por el virrey de Palermo—dice Contreras—, que se engolosinó y armó dos galeones grandes. Hicimos grandes presas volviendo muy ricos, que yo con ser soldado de tres escudos de paga, traje más de trescientos escudos; y después de llegados á Palermo mandó el virrey nos diesen las partes de lo que se había traído. Tocóme á mí un sombrero lleno hasta las faldas de reales de á dos, con que comencé á engrandecerme de ánimo; pero dentro de pocos días se había jugado y gastado con otros desórdenes.

Viaje á Levante con galeones

—Tornóse á enviar los dos galeones á Levante, donde hicimos increíbles robos en la mar y en la tierra—dicen las *Memorias* de Contreras—; saqueamos los almacenes que están en Alejandreta, puerto de mar, donde llegan á estos almacenes todas las mercaderías de la India de Portugal, por Babilonia y Alepo; fué mucha la riqueza que trujimos. En el discurso de estos viajes no dormía yo, porque tenía afición á la navegación y siempre practicaba con los pilotos, viéndoles cartear etcé-

tera, lo que me sirvió para escribir un *Derrotero* que anda de mano mía por ahí, porque me lo pidió el príncipe Filiberto para verle, y se me quedó con él.

Llegaron á Palermo, y como llevaban abundante riqueza dedicáronse los soldados á andar de hostería en hostería y de casa en casa. Una tarde fueron Contreras y dos camaradas suyos á merendar á una hostería, donde solían ir de costumbre. En el transcurso de la merienda, uno de los compañeros de Contreras exclamó, dirigiéndose al hostelero :

—Trae aquí comida, villano. (1)

El hostelero le dijo que mentía por la gola, conque el soldado sacó una daga y le dió, de suerte que no se levantó.

Cargó toda la gente con asadores y otras armas sobre Contreras y sus dos amigos, que bien les fué menester el saber defenderse ; se fueron á la iglesia de Nuestra Señora de Gruta, donde estuvieron retraídos hasta ver cómo lo tomaba el virrey. Supieron que había dicho que los había de ahorcar si los cogía, y entonces Contreras exclamó :

—Hermanos, más vale salto de mata que ruego de buenos.

Y recogiendo la miseria que cada uno consigo tenía, lo hicieron dinero y consiguieron que les lle-

(1) Por ser éste un libro de vulgarización que pretendemos vaya á todas las manos, nos permitimos sustituir la palabra empleada por el soldado español, por su excesiva crudeza.

varan unos arcabuces, sin decir para qué los habían menester. Como la iglesia estaba á la orilla del mar, Contreras vió una falucha que estaba cargada de azúcar, y á media noche dijo á sus compañeros :

—Ya es hora ; vuestras mercedes se embarquen.

—Seremos sentidos—respondieron los camaradas.

—No hay dentro de la falucha más que el mozo que la guarda—arguyó Contreras.

Saltaron dentro de la falucha, y tapando la boca al muchacho le amenazaron con matarle si no callaba. Tomaron los remos y comenzaron á salir de la cala, pero al pasar bajo el castillo, les gritaron :

—¡ Ah, de la barca !

—Barca de pesca—respondieron en italiano los fugitivos.

Los vigías, confiados, les dejaron pasar, y entonces Contreras, que iba al timón, puso la proa á la vuelta de Nápoles, donde llegaron sin peligro en tres días.

—En Nápoles nos llamaban los leventes del duque de Maqueda—dice Contreras—, y nos tenían por hombres sin alma.

Junta con los valencianos en Nápoles

Pocos días llevaban allí sin tropiezo, en una casa de camaradas, cuando una noche se presentó en la

vivienda un soldado de la misma compañía, valenciano, acompañado de otro individuo. Dijeron los recién llegados que eran caballeros, y añadieron :

—Vuestras mercedes se sirvan venir con nosotros, que nos ha sucedido, aquí en el cuartel de los florentinos, un pesar.

Contreras y sus dos camaradas, por no perder la opinión que allí tenían de ellos, respondieron :

—Vamos, ¡voto á Cristo!—y dejaron al ama sola en casa.

Yendo por el camino hallaron un hombre que debía estar haciendo el amor, y quedándose atrás el valenciano, oyeron una voz. Volviéronse á ver lo que era, y vieron llegar al valenciano con una capa y un sombrero, al tiempo que les decía :

—No se quejará más el condenado.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Contreras.

—A ese que hemos tropezado ahí, que le he enviado á cenar al infierno y me ha dejado esta capa—exclamó el valenciano.

Contreras se escandalizó al oir esto, y arrimándose á uno de sus camaradas, le dijo :

—Por Dios, que venimos á capear, y no me contenta esto.

—Amigo, paciencia por esta vez, no perdamos con éstos la opinión.

—Reniego de tal opinión—contestó Contreras.

Llegaron á una casa donde vendían vino, que, al parecer, era donde les habían hecho el mal á los valencianos.

Entraron por un postigo, y diciendo y haciendo, comenzaron á dar tras el patrón, y dando cuchilladas á las garrafas de vidrio, que eran muchas, y asimismo á los barriles, de suerte que corría el vino como un río. El dueño de la casa se puso á la ventana dando voces; salieron los asaltantes á la calle por el postigo, y desde la ventana le dieron á uno de los camaradas de Contreras con un tiesto, derribándole redondo y sin sentido. A las grandes voces que daban, llegó la ronda italiana y atacaron á los españoles; éstos comenzaron á bregar y á menear las manos, mientras el otro seguía caído en tierra, sin poder levantarse. Ultimamente los apretaron con las escopetas y alabardas, de tal manera, que á uno de los valencianos le pasaron la muñeca de un alabardazo, y le prendieron juntamente con el que estaba en tierra.

—Nosotros nos retiramos á nuestro cuartel—dice Contreras—, y la ronda, llevando los presos, toparon con el muerto á quien quitó la capa el valenciano. Dieron aviso al Cuerpo de Guardia Principal de los españoles, y salió luego una ronda en busca de mi camarada, y de mí y del otro valenciano. Y habiéndonos despedido del valenciano nos íbamos á casa, cuando vimos la ronda con cuerdas encendidas á nuestra puerta.

Yo dije:

—Amigo, cada uno se salve como pueda, pues no me quisiste creer cuando la capa.

Y echando por una callejuela me fuí hacia el

muelle, y en una posada que está junto al Aduana, llamé, donde estaba un caballero del hábito de San Juan, que había venido de Malta á armar un galeón para ir á Levante. Se llamaba el capitán Betrian; al verme se espantó, le conté la verdad y me escondió veinte días hasta que estuvo de partencia. Aquella noche me embarcó y metió en la cámara del bizcocho donde sudé harto hasta que estuvimos fuera de Nápoles, que me sacó fuera y me llevó de buena gana hasta Malta. El valenciano y mi camarada á quien derribaron con el tiesto los ahorcaron dentro de diez días; de los otros camaradas no supe jamás.

En que se trata hasta el milagro de la isla de Lampadosa.

El comendador Monreal se holgó de ver á Contreras en Malta; allí estuvieron unos días y partieron para Levante con el galeón y una fragata. Pasaron más de dos meses sin que hiciesen presa alguna, y un día yendo á tomar puerto en el cabo Silidani hallaron dentro un bizarro caramuzal que era como un galeón; embistieron con él y los turcos se echaron en la barca á tierra por salvar la libertad. Ordenó el capitán fuesen tras ellos, ofreciendo diez escudos por cada esclavo. Había un pinar grande, y Contreras fué uno de los soldados que saltaron á tierra en seguimiento de los turcos. Lle-

vaba espada y rodela; pero no tenía pelo de barba aún.

—Me embosqué en el pinar—cuenta Contreras—y topé con un turco como un filisteo, con una pica en la mano y en ella enarbolada una bandera naranjada y blanca llamando á los demás. Yo enderecé con el y le dije: *senta bajo*; pero el turco me miró y riyó diciéndome: *bremaneur casaca cacomiz*; que quiere decir «putillo, que te hiede el culo como un perro muerto». Yo me emperré y embracé la rodela y enderecé con él; con que ganándole la punta de la pica le di una estocada en el pecho que di con él en tierra, y quitándole la bandera de la pica me la ceñí.

Cogieron todo lo que había en el galeón y fueron á buscar más presas á la vuelta de los cruceros de Alejandría. De parte de tarde descubrieron un bajel grandísimo; alcanzáronlo á media noche y con la artillería lista le preguntaron:

—¿Qué bajel?

—Bajel que va por la mar—respondieron los otros.

Y como el bajel iba listo también, pues llevaba cuatrocientos turcos y bien artillado, les dió una carga que les mató diez y siete hombres y les hizo muchos heridos; respondieron los del galeón con otra que no fué menor, abordaron después y fué reñida la pelea, porque los turcos tuvieron ganado el castillo de proa del galeón y fué trabajoso rechazarles á su bajel.

Aquí vi dos milagros este día—escribe Contreras—: un artillero holandés se puso á cargar una pieza descubierto y le tiraron con otra de manera que le dió en medio de la cabeza y se la hizo añicos; roció con los sesos á los de cerca y con un hueso de la cabeza le dió á un marinero en las narices, que de nacimiento las tenía tuertas, y después de curado quedaron las narices tan derechas como las mías. Otro soldado estaba lleno de dolores que no dejaba dormir en los ranchos á nadie, echando por vidas y reniegos; y aquel día le dieron un cañonazo raspándole las dos nalgas, con lo cual jamás se quejó de dolores. Pasamos adelante con nuestra pelea aquel día á la larga y viniendo la noche trató el enemigo de hacer fuerza para embestir en tierra, que estaba cerca. Le seguimos y nos hallamos todos muy cerca de tierra con una calma, al amanecer del día de la Concepción. El capitán mandó que todos los heridos subieran arriba á morir, porque dijo:

—Señores, ó á cenar con Cristo, ó á Constantinopla.

Subieron todos, y yo entre ellos, que tenía un muslo pasado de un mosquetazo y una brecha en la cabeza. Llevábamos un fraile carmelita calzado por capellán y el capitán le dijo:

—Padre, échenos una bendición, porque es el día postrero.

El buen fraile lo hizo, y, acabado, mandó el capitán que nos remolcase hasta llegar al otro bajel que estaba cerca, y abordándonos fué tan grande la es-

caramuza que se trabó que, aunque quisiéramos apartarnos, fuera imposible, porque habían echado un áncora grande con una cadena del otro bajel para que no nos pudiéramos desasir. Duró más de tres horas, y al cabo de ellas se vió la victoria por nosotros; después saqueamos, que había mucho y rico, encontrando dentro del bajel doscientos cincuenta muertos. Los echamos al mar nosotros y vi aquel día cosa que, para que se vea lo que es ser cristiano, digo: que entre los muchos que se echaron á la mar muertos hubo uno que quedó boca arriba, cosa muy contraria á los moros y turcos, que en echándolos muertos á la mar, al punto meten la cara y el cuerpo hacia abajo, y los cristianos hacia arriba; preguntamos á los turcos que teníamos esclavos, y dijeron que era un renegado.

De aquel saqueo salieron ricos; el capitán ordenó que no se jugase y tiró las cartas á la mar, pero ellos jugaban al piojo. (1)

Pocos días después, el señor Gran-Maestre Viñancourt (Alof. de Wignancourt) ordenó á Contreras que fuese á Levante con una fragata á tomar relación de las andanzas de la armada turca; llevaba la fragata, entre remeros y soldados, treinta y siete personas, de las que Alonso de Contreras era el capitán.

---

(1) Juego que aún se usa en algunos presidios: consiste en trazar una circunferencia y poner cada cual un piojo dentro; el que sale antes, gana.

Llegada á Ríjoles y aviso de la Armada

Averiguó Contreras que la armada turca se hallaba en Negroponte, y fué á espiar con su fragata al Cabo Mayna, desde donde descubrió que la armada era de cincuenta y tres galeras con algunos pequeños bergantines. Costeando la tierra fué dando aviso de cómo se aproximaban los turcos, hasta llegar á Ríjoles, donde había sabido de seguro que iban á saquear. Prevínose el gobernador esperando á los turcos; al tercer día llegó la armada y echó gente á tierra, pero el gobernador les había preparado una emboscada, y les degolló trescientos turcos, tomando sesenta en prisión. Con esto se embarcaron los restantes, y el gobernador de Ríjoles ordenó á Contreras que se metiera en su fragata, atravesase el foso de San Juan, donde estaba la armada turca, y fuera á dar aviso á las ciudades de Taormina, Caracoa y Augusta, que están en la costa de Sicilia, enfrente de la de San Juan, y á más de veinte millas de distancia.

Hízolo así Contreras, atravesando por medio de los barcos turcos, y una vez que cumplió las órdenes recibidas pasó á Malta á dar aviso de todo. Estúvose con cuidado; la armada llegó á la isla de Goso donde había una buena fortificación, y como estaban ya prevenidos, no le consintieron que desembarcasen

ni tomaran agua. Este fin tuvo aquel año la armada del turco en nuestras tierras.

Contreras pasó algunos días en Malta con las *quiracas,* como llaman allí á las amigas, y luego lo enviaron á Berbería á reconocer la Cantara, que era una fortaleza que estaba cerca de los Gelves, y era cargador de aceite.

—Salí del puerto de Malta—dice— con mi fragata bien armada, camino de Berbería, y á medio camino hay una isla que llaman de Lampadosa, donde cogimos al corsario turco Caradalí ; tiene un puerto capaz para seis galeras, y hay una torre encima del puerto, muy grande, desierta. Dicen que está encantada, y que en esta isla fué donde se dieron la batalla el rey Rugero y Bradamonte ; para mí, fábula ; pero lo que no lo es, que hay una cueva que se entra á paso llano ; en ella hay una imagen de Nuestra Señora, con un niño en brazos, pintada en tela sobre una tabla muy antigua, y que hace muchos milagros. En esta cueva hay su altar, en que está la imagen con muchas cosas que han dejado allí de limosnas cristianas, hasta bizcochos, queso, aceite, tocino, vino y dinero. Al otro lado de la cueva hay un sepulcro donde dicen está enterrado un morabito turco, que lo tienen por santo y tiene las mismas limosnas que nuestra imagen, más y menos, y mucho ropaje turquesco ; sólo no tiene tocino. Es cosa cierta que esta limosna de comida la dejan cristianos y turcos, porque cuando llegan allí si se huye algún esclavo tengan qué comer hasta que llegue el bajel de

su nación. Toda esta limosna, que es grande, no consiente la imagen la tome ningún bajel de ninguna nación, si no son las galeras de Malta y lo llevan á la iglesia de la Anunciada de Trapana; si otro lo toma no saldrá del puerto.

Viajes de Levante

Siguió Contreras su viaje de vuelta de Berbería, aquella noche, y amaneció en el Seco, donde estaba una galeota de diez y siete bancos, la cual, en cuanto los vió, enarboló un estandarte verde con tres medias lunas, que llegaba al agua.

La gente de Contreras comenzó á desmayar á la vista del gran navío.

—¡Ay de mí, esclavos somos!—gimió el patrón—, que es la galeota de Cayte Manú de Tripol.

Contreras le reprendió, y dirigiéndose á su pequeña tripulación les alentó diciendo:

—Ea, hijos, que hoy tenemos buena presa.

Paró y no navegó para prevenirse; puso la moyana en orden y la llenó de clavos y balas y saquillos de piedra.

—Esta galeota es nuestra—exclamó—; cada uno tenga su espada y rodela á su lado, y los soldados con sus mosquetes prevenidos.

Entre la gente que llevaba Contreras había ocho españoles que eran en los que más confiaba; comen-

zó á caminar hacia la galeota, la cual se estaba quieta, y hacía bien—dice—porque yo no podía huir aunque hubo pareceres de ello, pero era mi total ruina además de la infamia.

Para persuadirles á la empresa de atacar al galeón, el capitán arengó á su pequeña hueste diciendo:

—Amigos, ¿no veis que de aquí á tierra de cristianos hay ciento veinte millas y que ese bajel es reforzado y á cuatro paladas nos ancorará y les damos valor al huir? Dejadme hacer á mí, que yo también tengo vida. Mirad, en llegando á abordarla, nos desplegaremos y daremos la carga de mosquetería ellos se echarán abajo para evitarla, y cuando se levanten á darnos la suya les daré con la moyana y les arrasaré.

Parecióle bien á la gente de Contreras el proyecto, y arbolando las banderas embistieron al galeón; Contreras lo siguió más de cuatro horas, y no pudiendo alcanzarlo, ordenó que no bogasen y que comiera la gente. La galeota hizo lo mismo, sin alejarse. Tornó Contreras á darle caza, y á huir la galeota hasta la tarde, que volvieron á hacer alto para comer. Estuviéronse parados toda la tarde y la noche, durante la cual montó Contreras una buena guardia para impedir que escapase el galeón aprovechando la oscuridad. Antes de amanecer dió de almorzar á su gente, y vino puro. Amanecido, halló el galeón á tiro de arcabuz, y poniendo la proa hacia él le hizo una descarga de mosquetería. Los del

galeón apretaron los puños en huir, y Contreras en seguirlos, hasta que los hizo embestir en tierra debajo de la fortaleza de Gelves, donde los otros saltaron en tierra con el agua á la cintura. Desde la fortaleza de Gelves le hicieron algunos disparos, pero la fragata de Contreras no se hizo á la mar hasta que su gente hubo incendiado el bajel. De allí marcharon á la Cántara, y no hallaron en el puerto ningún barco.

De la Cántara partieron á Tripol el Viejo, y en una cala que está á doce millas entraron desarbolados. Permanecieron en ella un día y una noche, cuando al amanecer del siguiente día vieron pasar un *garbo* cargado de ollas, con diez y siete moros y moras.

—No se me escapó ninguno—dice Contreras al relatar este incidente—; metílos en mi fragata y eché á fondo el *garbo* en que le quité una tinaja llena de azafrán y algunos barraganes. Volví á Malta, donde fuí bien recibido. Dióseme lo que me tocaba de los esclavos, que los toma la Religión á sesenta escudos malo con bueno, y del monte mayor tocóme el siete por ciento. Gastóse alegremente con amigos y la *amiga,* que era la que mayor parte tenía en lo que ganaba con tanto trabajo. En este tiempo llegó el día de San Gregorio, que está fuera de la ciudad seis millas, donde va toda la gente y el Gran Maestre y no queda amiga en el lugar. Yo había de ir, y de celos que tenía no quise, ni que fuera la amiga; y este día, después de comer, estándome

con la tal amiga tratando nuestros celos, oí disparar una pieza del castillo de San Telmo, cosa nueva, y al punto otra. Salí á la calle y daban voces de que se huían los esclavos del horno de la Religión, donde hacen pan para toda ella. Partí al punto al Burgo, donde tenía mi fragata, y pensando hallaría mi gente, pensé en balde, porque se habían ido á San Gregorio. Tomé luego barqueros de los que andan ganando á pasar gente y armé la fragata no metiendo más que la moyana y medias picas. Salí del puerto en seguimiento de los esclavos que iban en una buena barca y llevaban por bandera una sábana; llegando cerca les dije que se rindiesen y con poca vergüenza me dijeron que llegase. Eran veintitrés; les dije que se rindiesen y no les haría mal, que obligados estaban á buscar la libertad. Respondieron que querían morir, pues les habían quitado la libertad. Di fuego á la moyana y perniquebré á cuatro, y abordando me dieron una carga de flechazos y me mataron un marinero. Entré dentro, y maniatados los metí en la fragata y traje la barca á remolque. Acerté á estropear uno de ellos y era el cabo; se iba muriendo de las heridas.

Antes que acabase lo ahorqué de un pie, y trayéndole así colgado entré en el puerto, donde estaba toda la gente de la ciudad en las murallas, y el Gran Maestre, que había venido al sentir la artillería. Llevaban más de doce mil ducados de plata y joyas, que aunque huían del horno, sólo cuatro eran de él, y los demás, particulares. Valióme lo que yo

me sé. Salté en tierra, besé la mano al Gran Maestre, estimó el servicio y mandó que se me dieran doscientos escudos, pero si yo me hubiera pagado de mi mano, no hubiera tocado un real, porque cargaron aquellos señores, dueños de los esclavos, que eran todos consejeros, y aunque uno de ellos me puso pleito por el que ahorqué, no tuvo efecto, que se quedó ahorcado, y la amiga satisfecha de no haber ido á la fiesta, porque gozó todo lo que hurté en la barca, de que hoy día tiene una casa, harto buena, labrada á mi costa.

Volvió á hacerse Contreras á la mar con rumbo á Levante, y llegando á Estampalia entró en el puerto.

—Era día de fiesta—dice—y así como conocieron que era yo, avisaron, y al punto bajó casi toda la tierra y el capitán Jorge, que así se llamaba, apellidándome *o morfo pulicarto,* que quiere decir «mozo galán». Venían muchas mujeres casadas y doncellas en cuerpo con sus basquiñas á medias piernas y chaquetillas coloradas con medias mangas casi justas, y las faldas de ellas redondas hasta media barriga; medias de color y zapatos y alguna chinela abierta por la punta. Sus perlas, como las traemos en la garganta acá, las traen en la frente y sus arracadas y manillas de oro en las muñecas quien puede.

Entre ellas había muchas que eran comadres de Contreras, porque había sacado de pila sus hijos. Todas acudían á él tristes, llorando, y pidiendo á

voces que les hiciera justicia; que una fragata de cristianos les había llevado con engaños el cura, y pedían por él dos mil zequíes. Preguntó Contreras dónde estaba ó cuándo le habían cautivado, y le respondieron que aquella misma mañana, y no habían oído misa, siendo las dos de la tarde.

—¿Dónde está la fragata de cristianos que le llevó?—tornó á preguntar Contreras.

Dijéronle que estaba en el *Despalmador*, á unas dos millas, y allá enderezó con su fragata, todo muy en orden—dice—, que era fuerza el pelear aunque eran cristianos, porque son gente que arma sin licencia, y todos de mala vida.

Llegó al islote con las armas en la mano y la artillería en orden. Halló la fragata con una bandera enarbolada, con la imagen de Nuestra Señora. Era la fragata chica, de nueve bancos, con veinte personas; mandó al punto que viniese el capitán á su presencia y le preguntó dónde había armado. Dijo el otro que en Mesina; pidió Contreras la patente y vió que era falsa. Desembarcó entonces al capitán en el islote, desnudo, sin sustento ninguno, para que allí pagase su pecado muriendo de hambre, y volvió con las dos fragatas al lugar donde estaba toda la gente esperándole. Desembarcó al cura, y en cuanto le vieron empezaron á gritar enviando bendiciones á su libertador.

Supieron como había dejado desnudo al capitán, y sin comida, y le rogaron que enviase por él, Ne-

góse Contreras diciendo que así se castigaba á los ladrones enemigos de cristianos, y añadió:

—Agradeced que no lo haya ahorcado.

Subieron á la iglesia del lugar y se sentaron los hombres en los bancos. A él le sentaron solo, en una silla, con una alfombra debajo de los pies. De allí á poco, salió el cura revestido como de Pascua, y comenzó á cantar, y toda la gente á responder, dando gracias á Dios. Lo incensó y después lo besó en el carrillo; luego fueron haciendo lo mismo todos los demás, los hombres primero y luego las mujeres.

—Había muchas hermosas—asegura Contreras—y no me pesaban sus besos, que con ellos templaba los que me habían dado tantos barbados y bien barbados.

Cuando salieron de la iglesia fueron á casa del capitán, donde se quedaron á comer el cura y la parentela; enviaron á las fragatas mucho vino y pan y carne guisada, de las que había en abundancia.

Sentáronse á comer, que había harto y bueno; sentaron á Contreras á la cabecera de la mesa, pero él no lo consintió, dejando el puesto al cura. Sentáronse las mujeres del capitán y su hija, que era doncella y hermosa y bien ataviada; comióse y hubo muchos brindis. Acabada la comida, dijo Contreras que se quería ir á las fragatas, entonces levantóse el cura con mucha gravedad, y dijo:

—Capitán Alonso, los hombres y mujeres desta tierra te han cerrado la puerta y quieren, rogan-

dotelo, seas su caudillo y amparo casándote con esta señora hija del capitán Jorge, el cual te dará toda su hacienda y nosotros la nuestra y nos obligaremos á que el general de la mar te dé el cargo de capitán; que con un presente que le hagamos y pagalle el *xarache* acostumbrado, no habrá contradicción ninguna, y todos te seremos obedientes esclavos; y advierte que lo hemos jurado en la iglesia y que no puede ser menos; por Dios, que nos cumplas este deseo que tenemos muchos días ha.

—Es imposible hacer lo que me pedís—respondió Contreras—porque además de que he de tornar á Malta á dar cuenta de lo que me han encomendado, sería dar nota de mi persona y no dirían quedaba casado en tierra de cristianos y con cristiana, sino en Turquía y renegado la fe que tanto estimo. Además, esa gente que traigo quedarían en el riñón de Turquía, y se podrían perder, y así sería yo causa de su perdición.

Las razones de Contreras les parecieron fuertes pero era tanto el deseo que tenían que dijeron había de quedar allí. Viendo tal resolución, mandó Contreras á un camarada que estaba con él que fuese á las fragatas y diese un tiento á ver cómo lo tomaba su gente.

Bajó el otro y contó el caso, pero todos se espantaron, pues si las gentes del lugar le tenían amor, mucho más le tenían sus conpañeros. Estos se alborotaron y comenzaron á armarse, y sacando una moyana de cada fragata la pusieron en un molino de

viento que estaba enfrente de la puerta, y enviaron á decir con el mismo mensajero que si no dejaban salir á su capitán, habían de entrar por fuerza y saquear la tierra.

Espantáronse aquellas buenas gentes de tal amor, y dijeron que no estaban engañados en haberle querido por señor. Rogáronle que les diese palabra de volver en habiendo cumplido con sus obligaciones. El se la dió y quisieron que diese también la mano á la muchacha, y la besase, lo cual hizo de buena gana, según nos asegura. El cura le regaló tres alfombras muy buenas y la muchacha dos pares de almohadas, cuatro pañizuelos y dos berriolas, labradas con seda y oro. Enviaron luego gran refresco á las fragatas y le dejaron partir.

Azotes al compadre de Brazo de Mayna

Llegó al pueblo de Quoalla con un caramuzal cargado de trigo que había topado en el golfillo de Nápoles de Rumanía con siete turcos y seis griegos. Vino luego su compadre, que se llamaba Antonaque, y era capitán de aquella gente de Quoalla, con su aljuba de paño fino, sus cuchillos damasquinos con cadenas de plata y su alfange con guarnición de plata. Al entrar en la fragata besó á Contreras; éste mandó que le diesen de beber como era costumbre, y dijo á su compadre que traía aquel

caramuzal de trigo, y que si se lo quería comprar.

El compadre dijo que sí y concertaron el negocio en ochocientos zequíes con bajel y todo, aunque al decir de Contreras sólo el bajel valía más. Prometió el compadre llevar por la mañana el dinero que se había de recoger, y á media noche cortaron los cabos con que el caramuzal estaba dando fondo y lo llevaron á tierra.

Cuando echaron de ver el daño ya no tenía remedio, porque estaba encallado el bajel. Amaneció y ya no había casi trigo dentro, que tan buenos trabajadores eran. Vino luego el compadre con otros dos, excusándose que él no había tenido culpa.

—Ya conoces esta gente, compadre—dijo Antonaque.

Contreras hizo como si no se le diera nada aquello que había pasado y mandó que les dieran de almorzar. Estando almorzando hizo levantar el ferro y salir á la mar con la fragata.

—Compadre, échame en tierra—dijo el otro, inquieto, al ver que salían del puerto.

—Compadre, voy á hacer la descubierta—respondió Contreras con naturalidad.

Cuando hubieron salido exclamó dirigiéndose á Antonaque :

—Fuera ropa.

—Esto es una traición, compadre.

—Mayor es la que vos habéis hecho—replicó Contreras— ; pocas palabras y fuera ropa, y agradeced que no os ahorco de aquella entena.

Púsose el otro en cueros vivos, y lo tendieron agarrado por cuatro buenos mozos. Con un cabo embreado le dieron más de cien palos, y luego mandó Contreras que lo lavaran con sal y vinagre, á usanza de galera, diciendo:

—Envía por los ochocientos zequíes ó si no he de ahorcarte.

El compadre vió que la cosa iba de veras y envió á uno de los que le acompañaban, el cual se echó á nado, porque Contreras no quiso llegar á tierra. En menos de una hora volvió con los zequíes en una piel de cabrito, después de lo cual los tres se volvieron á nado. Desde aquel día, en Malta y en el Archipiélago llamaron á Contreras el compadre de Brazo de Mayna.

Contreras en Salónica

Salió de allí y se dirigió á Malta, donde llegó en cinco días y fué muy bien recibido. Habían vendido el jabón y los esclavos que envió con el caramuzal y la otra fragata; hicieron las partes, tocóle buen por qué, con lo cual la amiga pasaba adelante con su fábrica de la casa. Se holgaron unos días, que no fueron muchos, porque luego le tocaron arma, mandándole despalmar la fragata sin saber para donde. Era que había habido nuevas de que el Turco armaba una gruesa armada y no

se sabía para dónde, con que estaban con cuidado en Malta, donde tomaron precauciones en la forma que ahora se verá.

—Cuando el Gran Turco apresta una armada para fuera de sus tierras—dice Contreras—, los judíos le proveen con una cantidad gratis, y cuando es la armada dentro de sus tierras hacen lo mismo; pero diferente cantidad. El recogedor del distrito de la Caramania y Constantinopla está en Salónica, y éste tal sabíamos que estaba en una casa fuerte, cinco millas de la ciudad; los señores me dieron orden fuese por él, como si fuera ir á la plaza por unas peras. Diéronme una espía y un petardo y partí en nombre de Dios. Llegué al golfo de Salónica, no con poco trabajo, que está en el riñón de la Turquía, pasado el Archipiélago, que también toma parte de él. Salté en tierra con diez y seis hombres, mi petardo y la espía, que me temí harto de él. Llegamos á la casa, que estaba á menos de una milla del mar, pusimos el petardo, hizo su efecto; entramos y cogimos al judío, su mujer, dos hijas pequeñas, un criadillo y una vieja: los hombres se huyeron.

Cargaron con ellos al punto, sin dejarlos tomar ni una aljuba y sin que saquease la gente un trapo, y caminaron á la playa, donde por mucha prisa que se dieron llegaron, mientras embarcaban, más de cuatrocientos caballos con el agua á los pechos, alanceándoles. No pudieron hacer nada, porque ya estaba Contreras con su gente y los cautivos den-

tro de la fragata. Comenzaron los ginetes turcos á dar carreras por aquella campaña, y Contreras á saludarles con su moyana, que echaba cinco libras de balas.

—Ofrecíame el judío todo lo que yo quisiese porque lo dejase con toda seguridad—escribe Contreras—, y aunque pude no me atreví, porque luego me dijo para donde era la armada. Era contra los venecianos, y les pedían un millón de zequíes, amenazándoles con tomarles á Candía, que es una isla tan grande de longitud como Sicilia y está en tierras del turco y sus mares. Le consolé diciendo que le llevaba á Malta.

Yendo de camino toparon con una barca de griegos, y al preguntarle que de dónde venían, respondieron que de los Desmalpaderos de Chío. Preguntó Contreras si había algunas galeras, y dijeron que no, que había partido Solimán de Catania, bey de Chío, con su galera «Bastarda», habiendo dejado allí á su mujer en recreación. Al oir esto exclamó el piloto de Contreras:

—¡Juro á Dios que la hemos de llevar á Malta! Sé su casa como la mía, y pues se ha ido anoche Solimán con la «Bastarda», estarán descuidados.

Contreras no se atrevía por llevar lo que llevaba; pero animóle tanto el piloto y tanto se lo aseguró, que se decidió á la aventura. Aguardaron la noche, y á la media en punto desembarcaron con diez hombres. El piloto se fué como á su casa y llamó; habló de Solimán como que venía de Chío y abrieron.

—Entramos dentro—dice Contreras—, y sin ninguna resistencia cogimos la turca renegada, húngara de nación, la más hermosa que vi. Cogimos la cama y la ropa sin haber quien dijese nada; embarcamos y caminamos á más no poder hasta salir del Archipiélago. La húngara no era mujer de Solimán, sino amiga. La regalé con extremo, que lo merecía, aunque en rebeldía supe que Solimán de Catania había jurado que me había de buscar, y en cogiéndome había de hacer á seis esclavos que se holgasen con mis asentaderas y luego me había de empalar. No tuvo la dicha de cogerme, aunque me hizo retratar y poner en diferentes partes de Levante y Berbería. Supe que los retratos los había llevado de Malta; pero lo supe al año siguiente, cuando llevaron la húngara y los putillos rescatados, siendo Solimán proveído por rey de Argel.

En que se cuenta cómo salió de Malta y vino á España, donde fué alférez

Llegó á Malta y fué bien recibido, que con el aviso se aquietó todo y dejaron de llevar la infantería italiana que habían enviado á buscar á Nápoles y á Roma, que la española iba de Sicilia en semejantes casos.

Al piloto de Contreras le cogieron unos cuatro meses después de estos sucesos, yendo en corso en

una tartana. Le desollaron vivo y llenaron su pellejo de paja, poniéndolo después sobre la puerta de Rodas.

En estos tiempos que estaba gastando su hacienda que tanto le costaba el buscarla, sorprendió Contreras á su amiga, por la que tanto bien estaba haciendo, encerrada con uno de sus camaradas. Le dió dos estocadas de las que estuvo á la muerte, y en sanando se fué de Malta de temor no la matase; aunque le echaron mil rogadoras jamás consintió en volver con ella, que como había en qué escoger, pronto se remedió, y más que él era pretendido como los oficios de importancia.

Algún tiempo después fué en una fragata á Berbería, donde hizo muy ricas presas, y acordándose entonces de su tierra y de su madre á la que jamás había escrito ni sabía de él, resolvió pedir licencia al Gran Maestre, el cual se la dió de mala gana, despidiéndole con mucho sentimiento.

Embarcóse en el galeón que se llamaba «San Juan», y en seis días llegó á Barcelona. Supo que la Corte estaba en Valladolid, y sin venir á Madrid pasó á la Corte, donde había sabido que se verificaba una elección de capitanes. Presentó sus papeles en Consejo de Guerra, donde era uno de los consejeros el señor don Diego Brochero, que después fué gran prior de Castilla y de León.

Cobróle voluntad, y le dijo si quería ser alférez de una de las compañías que se habían de levantar luego; aceptó Contreras y volvió al día siguiente

á verle, diciéndole don Diego que fuese á besar las manos al capitán don Pedro Saraba del Castillo por la merced que le había hecho de darle su bandera.

Recibió dos tambores, hizo una honrosa bandera, compró cajas y su capitán le dió los despachos y poder para que arbolase la bandera en la ciudad de Ecija y marquesado de Pliego. Tomó mulas, y con el sargento, sus dos tambores y un criado emprendió el camino de Madrid, adonde llegó en cuatro días.

—Fuíme á apear en casa de mi madre—dice—que había estado diez y seis años sin saber de mí, y mas cuando ella vió tantas mulas se espantó, y yo me hinqué de rodillas, pidiéndola su bendición y diciéndola que yo era su hijo Alonsillo. Asustóse la pobre y estuvo confusa, porque se había casado segunda vez, y parecióle que un hijo grande y soldado no lo había de llevar bien, como si el casarse fuera delito, aunque en ella lo era por tener tantos hijos. Animéla y despedíme, yéndome á una posada, que en su casa no la había, y aun para ella y su marido era tasada. A otro día me puse muy galán. A los soldados con buenas galas que los llevaba y con mi criado detrás con mi venablo fuí á verla y á visitar su marido. Quisieron comiese allí aquel día, ¡sabe Dios si tenían para ellos!, y así envié bastantemente lo que era menester para la comida; que sobre ella llamé á mis hermanicas, que eran dos, y las di algunas niñerías que traía

destas partes, y así mismo para que las hicieran de vestir y á los otros tres hermanillos; para todos di, que no me faltaba. Di á mi madre treinta escudos que le pareció estaba rica, con que la pedí la bendición y á otro día me partí para Ecija, encomendándola el respeto al nuevo padre.

Llegado Contreras á Ecija túvose Ayuntamiento; presentó la patente y se acordó que se le señalase la Torre de Palma en que arbolase la bandera.

Tocó luego sus cajas y echando los bandos ordinarios, comenzó á alistar soldados con mucha quietud, que el corregidor y los caballeros de la ciudad le hacían mucha merced por ello.

Jornada en la mancebia de Córdoba

Supo Contreras cómo en son de pedir limosna andaban unos soldados que no lo eran por los cortijos robando en compañía, y tomando sus cuatro arcabuceros y una gentil mula se fué á buscarlos. Tuvo noticia de que estaban en Córdoba y fué allá, donde se levantaba otra compañía del capitán Molina. Apeóse en el mesón de las Rejas y se marchó solo á la casa pública por ver si los topaba conforme las señas y por ver aquella casa. Estando hablando con una mujer de las muchas que había llegóse á él un gentilhombre, sin vara, seguido de un criado, y viendo que Contreras llevaba un coleto de ante le dijo:

—¿Cómo trae ese coleto?

—Puesto—respondió Contreras.

—Pues quíteselo.

—No quiero.

—Yo se lo quitaré—exclamó el criado, é iba á ponerlo por obra.

Fué fuerza sacar la espada, que los otros no estuvieron perezosos en hacerlo; pero Contreras fué más pronto, pues hirió malamente al alguacil mayor con que todas las mujeres cerraron las puertas y la de la calle también. Quedóse dueño de la calle, que era angostísima, y no sabiendo qué hacerse, porque era la primera vez que entraba en semejantes casas, se fué hacia la puerta de la calle, que estaba cerrada. Casi al momento oyó dar golpes en ella, y luego salió un picarillo á abrirla, con tanta diligencia—dice Contreras—que no supe de dónde había salido.

Entró de golpe el corregidor con tanta gente como se deja comprender, y queriendo arremeter contra Contreras, díjole éste:

—Repórtese vuestra merced—y diciendo así tenía la espada desnuda en la mano—. Y entonces—dice Contreras—lo mismo era que hubiera mil que uno, porque no cabían más en la calle, dando voces, ¡prendedle! ¡prendedle! Nadie lo quería hacer, y cierto que hubiera una desdicha si no viniera con el corregidor el capitán Molina, que me conoció y dijo:

—Repórtese vuesa merced, señor alférez.

—Haga vuesa merced que esos señores lo hagan, que por mí aquí estoy.

Al oir el corregidor llamarle alférez, exclamó:

—¿De quién es alférez?

—De la compañía que se levanta en Ecija—respondió Molina.

—¿Y es bueno que venga á matar aquí á la justicia?—dijo entonces el corregidor.

Refirióle Contreras lo que había pasado; mandóle el corregidor se fuese á Ecija, y dijo que sí haría, que había venido en busca de unos soldados que eran ladrones, con que se despidieron y se fué el capitán con su gente. Contreras se volvió al mesón para tratar de su viaje, cuando le dijo uno de sus cuatro soldados:

—Aquí buscan á vuestra merced dos hidalgos.

—¿Qué mandan vuesas mercedes?—preguntó Contreras saliéndoles al encuentro.

—¿Es vuesa merced el alférez?—dijo uno.

—Sí; ¿qué quiere?

Frotándose el otro el bigote con los dedos abiertos comenzó á decir:

—Los hombres de bien como voacé. es justo los conocer como es para servillos; aquí nos envía una mujer de bien que su hombre se lo ahorcaron en Granada por testigos falsos; ha quedado viuda y está desempeñada y no mal fardada; hale parecido vuesa merced bien y le ruega vaya á cenar esta noche con ella.

Para Contreras todo lo que aquel hombre dijo

era latín, que no entendía él tales términos ni lenguaje.

—Suplico á vuesas mercedes—replicó—me digan qué ha visto esa señora en mí que me quiere hacer merced.

—¿Es poco—dijo el mensajero—haber voacé reñido con un jayán hoy y herido á un alguacil, el mayor ladrón que hay en Córdoba?

Echó de ver entonces Contreras que era una mujer de la casa la que lo pretendía. Respondió á los enviados que estimaba la merced; pero que estaba en vísperas de ser capitán y se podía atrasar en sus pretensiones. Añadió que se holgara de no tenerlas para hacer lo que le pedían, con lo cual los despidió y se puso á caballo. Amaneció en Ecija, fuése á su cuerpo de guardia, halló la gente sosegada sin que hubiera habido desórdenes, de que no se holgó poco.

De allí á tres días se le presentó un soldado y le dijo:

—Señor alférez, en el mesón del Sol está una mujer que busca á vuesa merced; ha venido de fuera y no tiene mal parecer.

—Fuí allá—dice—, que era mozo y vi la mujer, que la tenía el huésped en su aposento. No me pareció mala la moza, y comenzando á tratar de dónde venía, dijo que de Granada, huyendo de su marido, y que se quería amparar de mí sin que la viese nadie. A mí me había parecido bien; trújela á mi casa, regaléla teniéndola escondida, y

prometo que estaba casi enamorado cuando un día me dijo: «Señor, quisiera descubrirle un secreto y no me atrevo.» Apretéla, rogándola me lo dijese, y tomándome la palabra que no me enojaría, comenzó: «Señor, yo vi á vuesa merced un día tan bizarro y alentado en la casa de Córdoba, cuando desenfadado hirió aquel ladrón de alguacil, que me obligó á venirme tras vuesa merced, viendo que no quiso aquella noche cenar conmigo, habiéndoselo enviado á suplicar con unos hombres de bien. Y aunque después de haber quedado sola por haber ahorcado en Granada á un hombre que tenía, he sido requerida de muchos de fama, me pareció no podía ocupar mi lado ninguno mejor que vuesa merced.»

Quedóse Contreras absorto al oirla, y como la quería bien, no le pareció mal nada de lo que dijo. Vino luego el comisario á tomar muestra y socorrer la compañía para que marchase. Recogió Contreras la gente que tenía en el marquesado de Pliego, y preparóse á partir. Llevaba 193 soldados, y tomó la vuelta de Extremadura para ir á Lisboa.

—Yo llevaba mi moza—dice—con más autoridad que si fuera hija de un señor, y cierto que quien no sabía que había estado en la casa pública le obligaba á respeto, porque era moza y hermosa y no boba.

En que se siguen los sucesos de alférez

El capitán, que desde la Corte había ido á su tierra, alcanzó en Llerena á Contreras, holgándose de ver tan buena compañía. Díjole, además, que se espantaba hubiese sabido gobernar gente bisoña, y quedaron muy amigos, pues Contreras le sabía granjear.

Recibieron órdenes de entretenerse en Extremadura sin entrar en Portugal, con que la araron de barra á barra. Llegaron á una tierra que se llamaba Hornachos, donde todos eran moriscos, fuera del cura, y estando Contreras alojado en casa de uno de ellos, donde tenía su bandera y cuerpo de guardia, llegó un soldado, llamado Vilches, y le dijo:

—Señor alférez, yo he hallado una trobadura.

—¿Cómo?—preguntó Contreras.

—Yo estoy alojado—dijo Vilches—en una casa que no ha habido medio de darme de cenar, porque dice que no tiene más que arrope é higos; y buscando por la casa si había gallinas, entré en un aposento que estaba á lo último de la casa, donde había un tapador en el suelo, redondo como silo. Escarbé y hallé que era postizo; levantéle y estaba oscuro abajo, y pensando habría allí las gallinas escondidas encendí una candelilla que llevaba en la bolsa y bajé, que había una escalera de mano. Cuando me vi abajo me arrepentí, porque arrima-

dos á las paredes había tres sepulcros muy blancos y la bíbeda también blanca; sospecho que están allí enterrados algunos de estos moros. Si vuestra merced quiere que vamos no puede dejar de si son entierros que no tengan joyas, que éstos se entierran con ellas.

—Vamos—dijo Contreras—, y tomando su venablo se fueron los dos solos.

Entraron en la casa y pidieron una vela; la huéspeda, afligida viendo al alférez en su casa, se la dió, que no estaba el huésped en ella. Bajaron al silo, y cuando Contreras vió los sepulcros juzgó como el soldado, y con la punta del venablo comenzó á hurgar hasta que desplegó la tabla que estaba debajo de la cal. Era una caja grande, hecha aposta de madera, y por fuera estaba de cal que parecía un sepulcro; estaba llena de arcabuces y bolsas con balas.

—Recibí con esto gran consuelo y contento—escribe Contreras—, por parecerme que de aquellas armas armaría mi compañía y nos tendrían más respeto por donde pasáramos, porque como íbamos con espadicas solas y algunos sin ellas, en muchos lugares nos perdían el respeto.

Abrió todos los fingidos sepulcros y todos contenían lo mismo. Entonces, dirigiéndose al soldado, le dijo:

—Quédese vuesa merced aquí hasta que dé cuenta al comisario.

Salió Contreras al punto á dar al comisario relación del hallazgo; vínose el comisario con él á la casa seguido de su alguacil y secretario, y viendo los sepulcros dijo á Contreras:

—Vuesa merced ha hecho un gran servicio al Rey; váyase á su casa y no le salga de la boca esto, porque importa.

Encomendó al soldado el mismo silencio, y ya se partía Contreras cuando el soldado le dijo:

—Señor, que es mi posada ésta y no he cenado.

Dióle Contreras ocho reales para que se fuese al mesón, con que el soldado fué más contento que la Pascua.

—Pensé dar cuenta á mi capitán—dice Contreras—; pero no quise; lo uno porque me habían encargado el secreto, y lo otro porque no estaba bien con él, pues me andaba solicitando la moza.

A la mañana siguiente, muy temprano, recibió Contreras un recado del capitán de que habían de marchar. Mucha extrañeza le produjo á Contreras aquella marcha repentina, porque tenían que haber estado tres días en el pueblo, pero lo dispuso todo, y cuando ya estaban de partida llegóse á él el comisario y le dijo:

—Vaya vuesa merced con Dios, que á fe si no tuvieran una cédula Real para poder tener armas ofensivas y defensivas, que no había sido malo el lance; pero con todo vuesa merced no diga nada.

Partieron á un lugar que se llamaba Palomas, y estuvieron dos días, y luego fueron á otro llamado

Guareña, donde tuvieron los soldados una reñida pendencia con la gente de la tierra. Hubo tres muertos y heridos de una y otra parte, y en la pendencia decían los soldados á voces:

—¡Cuerpo de Cristo! No estuviéramos armados con las armas de Hornacho.

El soldado lo había contado á sus camaradas, y aun el mismo Contreras, según confiesa, lo había dicho más de cuatro veces.

—Apaciguóse la pendencia—refiere Contreras—y fuímonos de allí, donde llegó el comisario á castigarlos dentro de pocos días. El comisario era un capitán del número; no se dice su nombre por algún respeto, y en el discurso de este libro hallarán la polvareda que levantaron estos sepulcros de armas que queda hasta que le toque su vez

Deseaba el capitán de Contreras holgarse con la mujer que éste llevaba, y aunque la asediaba con recados no pudo conseguir nada. Llegando á un lugar que se llama el Almendralejo, despues de alojada la compañía, que era casi de noche, cenó Contreras y mandó acostar la mujer, que iba en estado de tres meses. Envióle á llamar el capitán y le dijo:

—Tome vuesa merced ocho soldados y vaya al camino de Alange y estése emboscado, porque por ese camino se han de huir esta noche cuatro soldados.

—Yo lo creí—dice Contreras— y mandé ensillar mi jaca, y sabiendo el capitán que yo era par-

tido, se vino á mi posada y entró á visitar á la Isabel de Rojas, que así se llamaba; y de lance en lance, quiso echarse con ella. La mujer se resistió tanto que la obligó á dar voces, y el capitán arrebató un malló que tenía en el aposento, que yo me deleitaba de jugar al malló, y la dió tantos palos, que fué menester entrar la guardia y el huésped á quitársela. Fué de suerte que malparió dentro de tres horas. Yo, descuidado en el campo, aguardando los que se huían, vi que ya no había dos horas hasta el día y dije: «Señores, vámonos, que basta de burla si es que me la ha hecho el capitán».

Llegó Contreras á su casa, y entrando en el aposento halló quejándose á Isabel; preguntóle qué tenía y díjole que aquella tarde había caído del pollino y malparido. En esto vió Contreras que andaban algunos soldados hablándose al oído, y dióle alguna sospecha; apretó á la mujer para que le dijera la causa: no fué posible. Salió luego del aposento, y llamando á un soldado de su confianza le preguntó si había habido algo.

—Señor, tan gran bellaquería no es posible que se calle—respondió el soldado—. Y se lo contó.

Mandó Contreras que echaran cebada á la jaca y compuso un portamantas con un poco de dinero y sus papeles; fuese á casa del capitán, que ya amanecía y llamó á la puerta. Respondióle un criado flamenco llamado Claudio, que su amo dormía y no le podía despertar. Dijo entonces Contreras que

había un correo de Madrid, con que Claudio avisó á su amo, el cual recibió á Contreras á medio vestir. En cuanto éste se halló ante el capitán empuñó la espada, diciéndole que era un ruín caballero en lo que había hecho y que lo había de matar.

—El capitán metió mano á una espada y broquel—refiere Contreras—, pero como la razón tiene mucha fuerza, le dí una estocada en el pecho, que dí con él en tierra. Dijo ¡ay, que me ha muerto! Entonces, el criado le quiso ayudar, pero no le valió, que al salir llevó un trasquilón en la cabeza. Tomé mi jaca, y fuíme camino de Cáceres, donde tenía unos amigos, caballeros del hábito de San Juan, y contéles el caso.

Avisaron luego al comisario, que acudió volando; hizo una información contra Contreras, y en virtud de ella le condenó á muerte por haber ido á matar al capitán en su casa. Contreras halla esto natural y lo justifica diciendo «que es el mayor delito que hay en la milicia perder el respeto á los superiores».

Envió el comisario la información á Madrid y toda estaba en favor de Contreras excepto el haber perdido la obediencia al capitán, el cual sanó de su herida aunque pasó gran riesgo de la vida.

Escribió Contreras á don Diego Brocnero, y éste le mandó que se presentase en la Corte, que él acabaría el asunto, lo cual hizo aconsejado de aquellos caballeros amigos suyos.

—Las compañías estaban de espacio en Extre-

madura—escribe Contreras—. Yo fuí por algunos lugares donde había pasado y me hicieron mucha merced. Despedíme de los alcaldes y me fuí á Badajoz, que todavía me duraba el amor. Topé con Isabel ganando en una casa pública. Yo me fuí aquella noche á una posada, y ella se vino á cenar y á quedarse conmigo. Fuimos á Lisboa, estuvimos más de veinte días sin que viniesen las compañías, y al cabo de ellos llegó la mía con otras cuatro más, y antes que desembarcasen fuí á dar el despacho á don Cristóbal de Mora. Dióme licencia el señor don Cristóbal de Mora para la Corte, y una paga con que me fuí con Dios luego y llegué á Valladolid, donde me dieron ocho escudos de ventaja para Sicilia, y me fuí á servir trayendo á Isabel conmigo hasta Valladolid, donde murió en su oficio. ¡ Dios la haya perdonado !

Partieron de Sicilia después de la derrota de la Mahometa, y en el camino se apartaron las galeras de Malta para Malta, que estaba cerca.

Rehecha su compañía, le enviaron á alojar á Monreal, legua y media de Palermo.

—Estaba yo alojado—dice—en casa de un panadero que tenía una jaquilla de portante y gorda. Me la prestaba todos los días y yo iba á Palermo y volvíame á Monreal. Estaba yo entonces buen mocetón y galán que daba envidia. En la calle por donde entraba en Monreal, vivía una señora española, natural de Madrid, viuda de un oidor, con quien vino casada. Era hermosa y no pobre, y siempre que

pasaba por allí la veía en la ventana, que me parecía estaba con cuidado. Supe quién era, y envié un recado que yo era de Madrid, que si á su merced le podía servir en algo que me lo mandase, que más obligación tenía yo por ser de su tierra que no otros. Me lo agradeció y dió licencia que la visitase. Hícelo con mucho cumplimiento, y regaléla con frutas de Monreal, que son las mejores del reino. De lance en lance tratamos de amor y de matrimonio, aunque diferente estado de haberlo tenido con un letrado y oidor con fausto, ó con un soldado que no tenía más que cuatro golillas y doce escudos de paga, aunque era alférez reformado. Vinimos á tratar de veras el casamiento entre los dos, y la dije: «Señora, yo no podré sustentar coche ni tantos criados como tiene vuestra merced, aunque merece mucho más». Dijo que no importaba, que se contentaría con una silla y dos criadas. Con lo cual pedimos licencia al arzobispo para casarnos en una ermita y nos la dió, que esto se hizo en secreto, de que le pesó al duque de Feria cuando lo supo, porque la tenía por encomendada del duque de Arcos.

Estuvieron casados año y medio, y se querían el uno al otro. Y era tanto el respeto que Contreras la tenía, que á veces, fuera de casa no se quería cubrir la cabeza delante de ella. Pero tenía Contreras un amigo en quien había puesto toda su confianza... Le hubiera fiado el alma—dice—. Este amigo entraba en su casa, y fué tan ruin que no

mirando á la gran amistad que había entre los dos, comenzó á poner los ojos en la mujer que tanto amaba Contreras. Y aunque éste veía que el amigo empleaba con su mujer más atenciones de las naturales y ordinarias, nunca pensó mal hasta que un pajecillo que tenía le dijo:

—Señor, ¿en España los parientes besan á las mujeres de los otros parientes?

—¿Por qué lo dices?—preguntó Contreras

—Porque Fulano besa á la señora, y le mostró las ligas.

—En España se usa—respondió Contreras—que si no, no lo hiciera Fulano; pero no lo digas á nadie más; si ves que lo hace otra vez dímelo para que yo se lo diga.

—No quiero nombrarles por su nombre — dice Contreras — ni á ella ni á él. El chiquillo me lo dijo otra vez — añade — y en suma, yo que no dormía, procuré andar al descuido con cuidado, hasta que su fortuna los trajo á que los cogí juntos una mañana y los maté. Téngalos Dios en el cielo si en aquel trance se arrepintieron. Las circunstancias son muchas y esto lo escribo de mala gana. Sólo diré que de cuanta hacienda había no tomé un dinero.

Cómo se vino á España y aquí le levantaron era rey de los moriscos.

Vino á España, y presentóse en la Corte á tratar de sus pretensiones. Metiéronle en relación de capitanes, y vacando la sargentía mayor de Cerdeña, se la dieron, habiéndole consultado el Consejo en ella.

—Y queriéndomela barajar don Rodrigo Calderón, que esté en el cielo—dice—para un hermano de un criado suyo, hizo que me pusieran en la patente á beneplácito del capitán general, cosa jamás vista. Hablé al secretario Gasol sobre ello, y encogióse de hombros; tomé una mula y fuíme al Escorial á hablar al rey don Felipe III, que esté en el cielo, y remitióme á don Rodrigo Calderón que entonces era el año 1608.

—Señor—respondió Contreras al rey—don Rodrigo es el que ha hecho poner en la patente el conque.

—Yo os haré despachar — replicó el rey casi enojado.

Fué Contreras á hablar á don Rodrigo, y ya sabía éste lo que había pasado con el rey. Así, pues, le dijo de mal talante:

—¿Cómo sabe que yo he mandado poner en la patente el conque? ¡Vaya! ¡Vaya!

Salió Contreras de casa de don Rodrigo Calderón, y una hora después, llegaron á él dos hombres y le dijeron:

—Venga vuesa merced con nosotros.

Aunque no llevaban vara, parecióle á Contreras aquel mandato imperio de justicia, y como le había sucedido con el rey y con don Rodrigo lo que queda referido, acabó por creer era justicia, y pensó bien.

Lleváronle en medio, en conversación, preguntándole sus pretensiones.

Conque llegaron abajo al lugar, y pensando Contreras que lo meterían en la cárcel, pasaron junto á ella, que está en el camino, y saliendo del lugar como dos tiros de mosquete, el que iba á su lado derecho puso la mano detrás por debajo de la capa. Pero Contreras que le miraba más á las manos que á la capa, al punto sacó la espada y le dió tan gran cuchillada en la cabeza, que cayó al suelo con las escribanías en la mano, que si no se las ve, le asegunda. El otro, que era el alguacil, metió mano al punto, y entonces Contreras, tirándose afuera, hizo una raya en el suelo con la espada, al tiempo que decía:

—No me pase de ahí nadie, que lo haré pedazos.

El alguacil restañó la sangre con algunos pañuelos, y de aquella manera notificaron á Contreras que no entrase en el Escorial sin licencia del rey, so pena de la vida. Contreras preguntó:

—¿Y mi mula, que está en el mesón? ¿Tampoco puedo ir por ella?

—No, que se la enviaremos—respondieron.

Y á toda prisa se fueron á curar al escribano y á dar cuenta al que se lo había mandado.

—Dicen que se rió mucho en la comida del rey —escribe Contreras—. Trájome un labrador mi mula, y púseme camino de Madrid. En las siete leguas entré en cuenta conmigo—añade—, y resolví el irme á servir á Dios al desierto y no más corte ni palacio. Entré en Madrid, y fuíme á mi posada, donde perseveré en mi propósito y traté de mi viaje, que fué el irme al Moncayo, fabricar una ermita en aquella montaña y acabar en ella.

Dispuesto á no servir más que á Dios, compró los instrumentos necesarios á un ermitaño: cilicio, disciplinas y sayal; un reloj de sol, muchos libros de penitencia, simientes, una calavera y un azadoncito. Metió todo esto en una maleta grande y tomó dos mulas y un mozo, sin decir á nadie adónde iba. Despidió un criado que tenía, recibió la bendición de su madre, que pensó iba á desempeñar su sargentía mayor, y así mismo lo pensaron muchos cuando le vieron pasar por San Felipe, camino de Alcalá y Zaragoza.

Llegó al puerto de Arcos, donde se registraban los equipajes, y al ver la gran maleta que llevaba quisieron que la abriese.

—Suplico á vuesas mercedes no la abran—dijo Contreras—, que no hay cosa de registro. ¿Qué quieren que tenga un soldado que viene de la Corte?

Persistieron los otros en abrirla, y quedaron asombrados al ver las cosas que contenía.

—Señor—dijeron—. ¿Dónde va con esto?

—A servir otro poco á otro rey—respondió Contreras—, que estoy cansado.

Como vieron que iba bien tratado, les movió á lástima, en particular al mozo de mulas que le acompañaba, el cual lloraba como una criatura. Siguieron luego su camino tratando el mozo y él de la resolución que había tomado, hasta que llegaron á Calatayud, donde había unos caballeros de Malta, conocidos de Contreras, á quienes pidió unas cartas de favor en que le acreditasen para el obispo de Tarazona, pues Moncayo está en su diócesis.

Rogáronle también aquellos caballeros no tomara tan fuerte resolución, y no pudiéndole sacar de su intento, le dieron cartas de mucho crédito y aun suplicaban al obispo que se lo quitase de la cabeza. Era obispo á la sazón un fraile jerónimo que había sido confesor del rey Felipe II.

Llegó á Tarazona, fuése á una posada y despidió al mozo de mulas, que no se quería ir, ¡tanto amor le había cobrado! Y de allí á dos días fué á ver al obispo, y le entregó las cartas. Mandó el obispo que se quedase á comer con él, y de sobremesa le hizo un sermón poniéndole por delante los mil inconvenientes de su empeño y la mocedad. A pesar de todo, Contreras permaneció firme en su propósito.

Estuvo en casa del obispo ocho días bien rega-

lado, y siempre con sermones, hasta que convencido de que no tenía remedio, le dió cartas para su vicario, que estaba en Agreda, en la falda del Moncayo. Llegó, entregó las cartas al vicario, que se espantó de su resolución, y le dijo que podía comenzar cuando quisiera. Estaba de corregidor en aquella ciudad un grande amigo de Contreras, de Madrid, llamado don Diego Castellanos de Mandes, el cual lo llevó unos días á su casa, pretendiendo quitarle el pensamiento. Cuando supieron en la ciudad su propósito, y que el comendador le abonaba, ganó las voluntades de todos; conque vista su perseverancia le ayudaron á fabricar su ermita que fué poco más de media legua de la ciudad, en la falda de la montaña.

Compúsola de algunas cosillas, con la imagen de Nuestra Señora de la Gracia, de bulto. Hizo una confesión general, en el convento de San Diego, que estaba fuera de la ciudad, en el camino de la ermita. El día que se vistió de ermitaño descalzo, fué el vicario y la bendijo, y dijo misa, y estuvo el corregidor y muchos caballeros. Acabada la ceremonia religiosa, quedóse solo el ermitaño, tratando de repartir el tiempo en cosas saludables al alma.

Todos los días que siguieron iba descalzo de pie y pierna, metido en su sayal, á oir misa al convento, donde los frailes intentaban siempre atraerle para que entrase en la comunidad pero él no quería.

Los sábados iba á la ciudad y pedía limosna. No tomaba dinero. Sólo recibía aceite, pan y ajos, con que se sustentaba. Comía tres veces á la semana una mazamorra con ajos, pan y aceite, cocido todo, y los demás días pan y agua y yerbas de la montaña.

Confesábase cada domingo, y comulgaba. Llamábase fray Alonso de la Madre de Dios, y algunos días le hacían comer los frailes en el convento, con intención de que se metiese fraile; y como no pudieron lograrlo, le pusieron pleito para que se quitase el hábito de la Orden.

—Salieron con ello—dice el buen ermitaño—y hube de mudar de traje, con harto pesar. tomando color de los frailes vitorios, que creo si los hubiera allí fuera lo mesmo. ¡Tanta gana tenían de meterme en su religión! Pasé cerca de siete meses en esta vida sin que me sintiese cosa mala, y estaba más contento que una pascua; y prometo que si no me hubieran sacado de allí, como me sacaron, hubiera durado hasta hoy, que estuviera harto de hacer milagros.

Hubo por entonces en España algunas premisas que los moriscos se querían levantar, y habiendo ido el alcalde Madera, que lo era de casa y corte, á Hornachos, á hacer unas averiguaciones graves contra la rebelión, estaba en dicho lugar con su corte, en el cual mandó ahorcar seis moriscos.

—El por qué no lo sé—dice Contreras—más de que habiendo venido del lugar de Guareña á Hor-

nachos unos labradores á vender algo, vieron ahorcados los moriscos, con lo cual dijeron : «No sin causa aquellos soldados que pasaron por nuestra tierra los años atrás, decían tenían éstos una cueva de armas escondidas». No faltó quien lo oyó, y avisó al alcalde, que mandó prenderlos ; tomada su confesión dijeron que una compañía de soldados que había pasado por su tierra los años atrás, en una pendencia que hubo con la gente del lugar decían los soldados : «¡ Ah, cuerpo de Dios, si nos hubieran armado con las armas que hallaron escondidas en la cueva de Hornachos !»

Siguieron las averiguaciones y supieron que Contreras había sido el descubridor de las armas. Esto les dió á imaginar que sería el rey de aquellos moriscos, y su retiro de ermitaño un ardid para alzarse con ellos ; con lo cual decidieron prenderle.

Llegó á Agreda un alguacil de corte llamado Llerena, y presentó en secreto al corregidor la orden de prender á Contreras. Convocaron mucha gente armada, y fueron á la ermita. Contreras se espantó y pensó que quizá sería una compañía de soldados bisoños que pasaba á Aragón, pero al ver que se encaminaban á su ermita, no sabía qué decirse. Llegaron con tantas precauciones como si fuera un castillo lo que habían de ganar, y lanzándose sobre el ermitaño, que estaba con un rosario en la mano y un cayado en la otra, le agarraron y prendieron y le pusieron un par de grillos. Luego lo sentaron encima de un pollino, le ataron también

las piernas y empezaron á caminar. En tanto que caminaban oía decir el prisionero: «Este es el rey de los moriscos; miren con la devoción que andaba en la sierra».

Metiéronle en la cárcel con gran guarda, y le daban de comer con arreglo; pero como el pobre Contreras estaba acostumbrado á comer yerbas, se hinchó luego, que pensaron que se moría. Creyendo que le habían dado veneno llamaron á los médicos y le curaron. Emprendieron el camino de Madrid, llevándole aherrojado y con doce hombres de guarda armados de escopetas. Llegados á Madrid, lleváronle á apear á la calle de las Fuentes, en casa del alcalde Madera, que ya había vuelto de Hornachos.

—Mandó quitarme las prisiones— dice —y me metió en una sala, donde quedamos solos. Comenzó á preguntarme con amor la causa de haberme retirado, y le dije lo que ya queda referido atrás: pasó adelante y díjome si había estado en Hornachos alguna vez; respondíle: Señor, si es por las armas que topé en un silo allí, pasando con mi compañía habrá cinco años, no me canse vuestra merced, que yo se lo diré como pasó. Levantóse y me abrazó diciéndome que yo era ángel, que no hombre, pues había querido Dios guardarme para luz del alma é intento que tenían los moriscos. Pasaron cuatro días que no me dejaron escribir ni enviar recado á nadie de mis conocidos ni á mi madre, y al cabo de ellos vino el mismo alcalde con

un secretario del crimen que se llamaba Juan de Piña, y me tomó la confesión de *verbo á verbo*, en la cual no quiso que me llamase fray Alonso de la Madre de Dios, sino el sargento mayor Alonso de Contreras, y así me hizo firmar.

Quince días llevaba en la prisión y ya comunicaba con su madre y sus amigos, aunque siempre con guardias de vista, cuando llegó el alguacil Ronquillo á media noche, vestido de camino y con pistolas en el cinto. Le acompañaban otros seis individuos ataviados de la misma manera, y penetrando en el aposento donde se hallaba Contreras, dijo el alguacil:

—Señor sargento mayor, vístase vuesa merced, que tenemos que hacer.

—¿Qué señor?—preguntó Contreras al verle de aquel modo.

—Que se vista, que tenemos que hacer.

Poco tenía que vestir el prisionero, más que echarse encima un saco, y hecho, preguntó:

—¿Dónde va vuesa merced?

—A lo que ordena el Consejo—respondió el alguacil.

—Pues sírvase vuesa merced enviar a llamar á San Ginés, quien confiese que no he de salir de aquí menos que confesado.

—Es tarde—replicó el alguacil—. Vamos, que no es menester.

Pensó Contreras que lo sacaban de la prisión á

aquella hora para darle garrote fuera del lugar, y se obstinó en no salir sin confesarse.

—Trujeron por fin al teniente cura de San Ginés, que estaba á tres casas—escribe— y arrimándome á un rincón me confesé. ¡Pluguiera á Dios fuera hoy que escribo esto la cuarta parte tan bueno como entonces! Supliqué y pedí con citación al confesor que á otro día había de dar cuenta de lo que le pedía al secretario Prada y á mi madre, y era suplicarle de mi parte se siguiese la causa, porque en ningún tiempo se dijese que yo había sido traidor al rey, con lo cual se acabó la confesión y se fué el teniente cura, y á mí me pusieron unos grillos y ataron muy bien encima de una mula de silla, y por debajo de la barriga de la mula ataron el otro pie en que no iban grillos. Salimos de casa, que vivíamos en la rinconada de San Ginés, subiéronme por donde van los ahorcados, entré en la plaza y me bajaron por la calle de Toledo y Puerta Cerrada, calle de los Ajusticiados; verdad que era camino de la Puerta de Segovia por donde habíamos de ir para Hornachos, donde me llevaban, que pudo decírmelo, con que excusara aquella aprensión que tomé de que me llevaba á dar garrote. En suma, caminamos nuestro camino lo que quedó de la noche, y á cada sombra de árbol pensaba que era el verdugo. Amanecimos en Móstoles, caminamos á Casarrubias, donde dimos cebada y almorzamos, aunque yo de mala gana, y díjele al alguacil que por qué no me decía dónde

íbamos y hubiera ahorrado tan gran pesadumbre como tomé aquella noche. Me dijo que íbamos á una tierra que no me quería decir, porque así llevaba orden del Consejo hasta que estuviésemos en ella; que aún me quedó alguna sospecha.

Llegaron por fin á la vista de Hornachos, y entonces dijo el alguacil que iban á él, que se había de hacer una diligencia, y que no habían de entrar hasta media noche. Nuevos pensamientos para Contreras mientras lo tuvieron en una huerta aguardando la hora, que él creyó ser la postrera. «No me daba cuidado—dice—siempre que haya de ser me coja como entonces, que me contento.»

A la entrada del lugar le quitaron los grillos y lo desataron, diciéndole el alguacil:

—Vuesa merced diga la casa donde estaban las armas.

—Señor—respondió Contreras—, yo no conozco el lugar porque no estuve en él más que una tarde y una noche, y cuando me llevó el soldado era de noche y hace cinco años; pero póngame vuesa merced en una calle que hay que está arriba donde hay una fuente, que espero en Dios acertar la casa.

Hízolo el alguacil como le pedía, y exclamó Contreras:

—Esta ó esta es la casa.

—Pues vámonos á la posada—dijo el alguacil.

Fuímonos—añade Contreras—, y dábame de cenar, ¡reventado sea! ¡Miren si me había dado buena cena con semejantes tragos! Amaneció y

dieron traza para que yo entrase en las dos casas sin escándalo á reconocerlas, y fué que, entrando primero en otras, decía que era enviado del obispo de Badajoz á ver si las casas tenían imágenes y cruces, y como yo era ermitaño lo creyeron, y fué causa que vinieran santeros con estampas de papel á Hornachos, que se hicieron ricos. No había puerta que no tuviera dos cruces, que parecía campo de matanza. Entré en la casa y topé el silo, pero no estaba como yo lo había confesado en mi confesión, que era blanco como una paloma y de unos treinta pies de largo y veinte de ancho. Halléme confuso y arrimado á la pared; con el dedo estuve arañando hasta que quiso Dios que cayó un pedazo de lodo en el sitio donde arañaba y debajo quedó blanco. Reparé en ello y dije: «Señor, traigan quien derribe una tapia», porque rasqué todas las paredes y no había blanco más que las tres y la una era negra. Trajeron quien derribase la negra, y luego quedó el silo como yo lo había dicho, porque habían echado una tapia en medio del silo y de un aposento habían hecho dos y echado una capa de barro encima. Prendieron al dueño de la casa; dijo que él la había comprado dos años antes, de otro morisco, que no sé cómo se llamaba, pero al ir á prenderle, como ya se había sabido el ruido de derribar la casa, tomó una yegua que tenía y se fué á Portugal, que costó bastante sacarlo de allá, y le embargaron su hacienda, que la fiesta fué para el alguacil y los guardas. Después de esto ya me

tenían con menos cuidado; despachóse á la Corte con lo dicho que el alcalde estimó la nueva.

La salud de Contreras se alteró repentinamente y cayó enfermo de gravedad... Pero fueron tantos los remedios y cuidados, que sanó pronto. Enviaron por él y dispusieron para llevarle una litera y un médico que le acompañase. En todas las tierras que pasaba salía el corregidor á entregarse de él, hasta la mañana siguiente, que tornaba á entregarlo; pero atendido con solicitud y hospedado en buenas casas. Llegado á Madrid lo condujeron de nuevo á la calle de las Fuentes, donde fué á verle su madre con hartas lágrimas.

Ya estaba restablecido y un día le llevaron á casa del presidente de Castilla, que era el señor don Pedro Manso, donde había una junta con consejeros del Real y de Guerra. Trajeron al comisario á careo con él, pues Contreras decía que le había dado cuenta del hallazgo de Hornachos y el otro lo negaba. Leyéronle á Contreras su propia confesión, y dijo que, en efecto, conocía al tal comisario, y que era verdad todo lo contenido en aquella confesión, extrañándose de que el comisario negase una cosa tan clara.

Nególo otra vez el comisario, y entonces dijo Contreras:

—Señor, esta es la verdad, y si es menester ratificarla en un tormento, lo haré.

El tormento.

No pasaron muchos días, y una noche, después de acostado, le mandaron vestir y lo llevaron á la calle de las Fuentes. Metiéronlo en una sala muy entapizada donde había una mesa con dos velas y un Cristo, tintero y salvadera con papel. Cerca de la mesa un potro, y junto al potro el verdugo: en la mesa el alcalde y el escribano. El alcalde le consoló, diciendo que el comisario negaba que le hubiese dado parte de las armas, y que así era menester darle tormento, lo que le pesaba en el alma. En seguida mandó que se hiciese lo necesario, y tras una notificación del secretario, le desnudó el verdugo, lo echó en el potro y le puso los cordeles.

Comenzaron á decirle que declarase á quién había entregado las armas; Contreras respondió que se remitía á su confesión.

—Bien sé—dijo entonces el alcalde—que te dieron á ti y á tu capitán cuatro mil ducados porque lo callásedes.

—Es mentira—respondió Contreras—, que mi capitán supo de ello como el Gran Turco; lo que tengo dicho es la verdad. Recio caso es—añadió—que atormenten por decir la verdad, que tan poco me importaba el decir lo dicho de bueno á bueno, pero si vuesa merced quiere que me desdiga lo haré.

—Aprieta y da otra vuelta—dijo el alcalde al verdugo; pero Contreras se negó á responder una palabra más en todo el tiempo que le tuvieron allí. Luego le mandó quitar del potro y que le metiesen en la silla de manos y le llevasen á casa, donde dice Contreras que le curaron y regalaron como al rey. Al meterle en la silla le abrazó el alcalde.

—Estuve en la cama regalado más de diez días—escribe—, y luego me levanté y el comisario estaba apretado en la cárcel de Corte: pero tenía al condestable viejo que le ayudaba y al conde del Rhin, hombre viejo, además de treinta mil escudos que decían tenía.

Proveyóse un auto para poner en libertad á Contreras, tomándole pleito homenaje que no saldría de la Corte hasta que se le mandase. Asimismo le ordenaron que se quitase el hábito de ermitaño, para lo cual le vistieron de terciopelo, muy bien, en hábito de soldado, y le daban cuatro escudos de oro para comer y posada, los cuales le entregaba el secretario Piña cada cuatro días con puntualidad. Todo esto se pagaba de los bienes de los moriscos.

En cuanto estuvo libre salió á San Felipe, galán con su traje de terciopelo negro. Todos se asombraban de verle y holgaban de que estuviese libre. Iba cada noche en casa del alguacil, que le había tenido preso y su mujer le decía:

—Señor, el comisario prueba con muchos testigos que no estuvo en Hornachos; yo, por el pan que ha comido con nosotros vuesa merced, le aconseja-

ría se fuese, no tornase á caer en prisión, y, como dicen, más vale salto de mata que ruego de buenos.

Creyó Contreras que se lo decía con buena intención y trató de irse como se lo aconsejaba; pero aquella arpía estaba vendida al comisario, que era hombre rico, y al fin se le cuajó su intención.

—Yo tenía algo ahorrado—dice—, y rogué al secretario me diese por dos días la ración que lo había menester, y vendiendo el vestido negro, compré en la calle de las Postas un calzón y capote pardo, sin forro, unas polainas y una mala espada, y con mis alforjas y montera salí al anochecer de Madrid camino de Alicante; esto era por Enero. Quien ha caminado aquellos caminos en tal tiempo me tendrá lástima. Amanecí en la barca de Bayona y caminé por esa Mancha arriba. Llegué á Albacete, de donde tomé el camino de Alicante y llegué en cuatro días. Aquí tomé lengua donde estaba el tercio de la Armada, porque estaban todos los tercios de Italia en aquel reino de Valencia, donde había muchos soldados de mi compañía cuando pasé por Hornachos.

Pero mientras Contreras caminaba en busca de los tercios le echaban de menos en Madrid. Enviaron á buscarlo á diferentes partes y lo llamaron á pregones por las calles. Como no respondía ni se sabía dónde estaba, aunque tuvieron noticias de que se había huído hacia Valencia, comenzó el comisario á pedir que le soltasen, jurando que todo lo que ha-

bía dicho Contreras era mentira y que se había vuelto á buscar á los moriscos para meterse entre ellos.

Como tenía dinero y los dos grandes señores que le ayudaban, no hubo dificultad en soltarle, aunque el alcalde no creía de Contreras cosa mala.

—Además—nos refiere éste—se había hecho secretamente una plena información hasta dentro del cuarto grado para saber si tenía alguna raza de moro ó judío; y digo esto, añade, porque después me dijo el secretario Piña: «Si vuesa merced tuviera lo que costó de hacer pesquisa y información de su nacimiento, padres y abuelos paternos y maternos, había para pasar algunos días y fué vuesa merced venturoso en que no hallasen cosa de lo dicho, porque es cierto le hubiesen ahorcado.»

Entre tanto Contreras estaba pregonado y le buscaban; el comisario andaba fuera de la cárcel y la sentencia contra los moriscos se iba fulminando para echarlos de España.

Vuelta á Madrid, de Valencia.

De allí á pocos días tomó parte Contreras en un saqueo que hubo de unos moriscos en la Sierra de Lahuar y le tocó un buen mulo de arriero, con que tomó el camino de Albacete y un pasaporte del sargento mayor del tercio, como que no tenía plaza y aquel mulo lo había ganado él y era suyo, con las señas que se consignaban.

Entró en Albacete y vendió el mulo; le dieron por él 36 ducados y valía ciento, dice. Caminó á Madrid y una legua antes de llegar, en Vallecas, hizo un pliego de cartas intitulado: *Al Rey Nuestro Señor en manos del Secretario Andrés de Prada* y entró en Madrid al anochecer cargado con sus alforjas. Fuése derecho en casa del señor conde de Salazar y habló con su secretario Medina, el cual, al conocerle, exclamó:

—Váyase vuesa merced con Dios, que si le cogen le han de ahorcar mañana.

Replicó Contreras, pero el secretario insistió en que se fuese; entonces, llamando el viajero á un paje le dijo.

—Vuesa merced diga al conde que está aquí un correo que viene del ejército de Valencia.

Mandóle entrar al punto, y como le conoció miró á un lado y á otro buscando gente para prenderle.

—Señor—dijo el viajero—, yo soy el alférez Contreras, que por la reputación me ha obligado á venir así—y mostró sus piernas llenas de lodo—, y para que vea vuestra señoría, aquí traigo información bastante como el comisario estuvo en Hornachos, que por irla á hacer donde había soldados de la compañía me fuí sin licencia; ahora vuestra señoría mande lo que fuere servido.

—Por este hábito—replicó entonces el conde—que siempre tuve buen concepto de Contreras. Vaya en casa de Melchor de Molina, el fiscal, y cuénteselo luego y veámonos mañana.

Fué en casa de Melchor de Molina y le dijeron que estaba acostado. Entonces se determinó á ir en casa de una mujer conocida, y llamando á la puerta salió á abrir una moza que al conocerle exclamó á voces, asustada :

—¡ Que es el alférez !

—¿ De qué se alborotan ?—dijo Contreras, entrando.

—Está loco en venir á Madrid—respondió la mujer—, que no tardarán tanto en cogello como en ahorcallo. Por las llagas de Dios se vaya á una iglesia.

—Isabelilla—respondió Contreras—, toma, ve en casa del embajador de Inglaterra y trae una empanada de lo que hallares y vino, que estoy muerto de hambre, y si me han de ahorcar deja que muera harto.

La moza fué y volvió en el aire con la empanada y el vino.

—Siéntese y cene—dijo Contreras al ama.

Pero el ama dijo que había cenado y cenó el alférez solo. Luego hizo que le lavaran los pies con vino y se acostó.

—Madrugué—dice Contreras—, pero ya estaba fuera el fiscal. Dijéronme que había ido á misa á la Compañía y fuí allá y al salir de la iglesia habléle y dije como traía información. Tomó la información doliéndose de verme y dijo le aguardase en su casa ; yo lo hice como lo mandó.

La criada de la señora donde Contreras había cenado era amiga de un corchete y le avisó por la mañana, mientras Contreras iba á casa del fiscal. El

corchete avisó á su amo, que era un alguacil de Corte llamado Arteaga, y aprestándose con otros corchetes fueron á acechar la presa.

Contreras aguardó hasta medio día que llegó el fiscal, que al apearse del coche le vió y dijo asiéndole la mano:

—Venga, que Su Majestad le ha de hacer mucha merced.

Los que venían con el fiscal se asombraron de verle hacer tantos cumplimientos á un hombre que parecía correo de á pie. Entraron en el despacho y sentáronse; Don Melchor de Molina luego de engrandecer el valor de Contreras, le dijo:

—Vuesa merced vaya en casa del conde, que hemos estado en Palacio juntos y se ha tomado resolución con vuesa merced.

Salió Contreras de la casa, y entonces el alguacil que estaba apostado cargó con sus corchetes sobre él, gritando:

—¡Favor al rey!

—Creí que era una trampa del fiscal—escribe Contreras—y metiendo mano á la herruza comencé á jugar, que no dejaba llegar á mí á naide.

Mientras los corchetes se debatían contra el alférez, que con su herruza no dejaba llegar á nadie, avisaron al fiscal, que salió á la puerta gritando:

—¡Pícaros, ladrones! ¿Qué hacéis? ¿Sabéis quién es ese que va vestido de correo? Por vida del Rey que os haga echar en una galera. ¿No bastaba que salía de mi casa?

—Quedó el alguacil aturdido—dice Contreras—, y yo, envainando mi espadilla, me fuí en casa del conde con más de cien personas detrás y delante.

Aguardó Contreras en la puerta la llegada del conde de Salazar, y aún no se había ido la gente que le siguió hasta allí, cuando llegó el conde y le dijo:

—Suba á casa, señor alférez.

Siguióle Contreras, y cuando llegaron arriba añadió el conde:

—Vuesa merced ha cumplido como muy hombre de bien. Esto está acabado; mire para dónde quiere una compañía y se le dará el despacho.

Contreras le besó la mano y dijo:

—Señor, ya que ha de ser, sea para Flandes.

Dióle el conde un billete para el secretario Prada, y trescientos reales en piezas de á dos, con lo cual fué en casa del secretario y dió el billete. Entrególe el secretario un pliego que hizo para el rey, que estaba en el Pardo; fué Contreras al Pardo y entregó el pliego al secretario, quien le dijo que volviera por la tarde, á boca de noche, al escritorio, y al volver le dió un pliego para el mismo secretario Prada, y mil reales en piezas de á cuatro.

Contenía el pliego una cédula para Flandes, de doce escudos de ventaja, y una carta para el archiduque, en la que ordenaba el rey diese á Contreras una compañía de Infantería.

—Me vestí á lo soldado—refiere—y tomé la derrota para Agreda, donde era ermitaño, pidiendo á

mi madre su bendición y dejándola algún socorrillo del que me habían hecho á mí. El comisario, como tenía dineros y tan buenos ángeles de guarda y estaba ya suelto en fiado, y la sentencia dada contra los moriscos que los echasen de España, le dieron un destierro que le debió de durar poco, porque le vi en la Corte de allí á cuatro años, poco más.

En que se dice la salida que hizo de Madrid para Flandes, y sucesos de la muerte del rey de Francia.

Llegó á Agreda en pocos días; se fué á una posada y supo todo el lugar que estaba allí, que se alegraron infinito de verle y más con las honrosas cédulas que llevaba del rey. Estuvo allí cinco días y luego partió para San Sebastián, donde embarcó en un navío de Dunquerque para Flandes, y llegó en ocho días. Desembarcó y fué á Bruselas, donde presentó sus despachos al archiduque, que lo recibió muy bien, mandando sentarle el sueldo y prometiéndole que en la primera ocasión le daría una compañía. Contreras sentó plaza en la compañía del capitán Andrés de Prada.

—No hubo ocasión—dice—en más de dos años, de salir á campaña ni darme compañía, hasta que se revolvió lo de la princesa de Condé que el rey de Francia Enrique IV la quería en todo caso, él sabe para qué; la cual se había venido á favorecer de la

señora infanta y la tenía en su poder en Bruselas, y á su marido también, que es el príncipe de Condé, jurado en Francia por tal príncipe, y heredero legítimo de aquella corona si el mucho valor de Enrique IV no se la hubiera quitado. Se me ofrece tratar de él un prodigio de que soy testigo, y aún tengo dicho mi dicho sobre el caso delante del magistrado de Cambray. Es á saber: Que el rey de Francia tenía hecha su Liga (1) con los potentados de Italia y Alemania, que ya tendrá el lector noticia de ella, que fué la del año 1610, y aún creo que dura hoy.

Contreras refiere después los sucesos relacionados con el asesinato de Enrique IV, de los cuales fué testigo.

—Trató el rey de irse á San Dionis—escribe—, á jurar la reina que la dejaba en su lugar y vino luego á París, que son dos leguas de una calzada, y entrando en la ciudad, en una calle angosta donde la guarda no pudo ir cerca de la carroza donde iba el rey, un hombre se arrojó sobre ella y se oyó decir: *no le a tué*, que quiere decir «no le matéis»; se arrojó segunda vez y se vió entonces que le dió otra cuchillada con que mató al más valiente rey que ha habido de doscientos años á esta parte. Prendieron

(1) Se refiere Contreras al proyecto de Enrique IV y su ministro Sully de constituir una federación de pueblos europeos sobre las bases del derecho internacional, con la creación de un alto tribunal de arbitraje que evitase las guerras, arreglando pacíficamente las diferencias entre naciones. Algo así de lo que es en nuestros días el tribunal de La Haya.

á este hombre, al cual dieron infinitos tormentos para matarle, dándole cada día su género de tormento, y lo más que dijo siempre: *Mon Dio de paradí,* que quiere decir «¡ Dios mío del Paraíso !», y preguntándole que quién se lo había mandado hacer, decía que nadie, que él lo había hecho porque no padeciesen los cristianos (1). Se llamaba este hombre Francisco de Rubillar (2), natural de Angulema. Era maestro de niños. Angulema está en Bretaña. Sucedió esto á 14 de Mayo de 1610, á las cuatro de la tarde. Todo esto es relación verdadera, que como estuve en Cambray, que está cerca, me certificaron de todo.

Contreras salió á campaña y estuvo en ella hasta Septiembre, que se retiró y pidió licencia al archiduque por saber que en Malta había capítulo general, donde pretendía tener algún fruto de sus trabajos, como lo tuvo.

---

(1) Aunque son sucesos harto conocidos por la Historia, bueno será recordar que Enrique IV era protestante al ser proclamado rey de Francia, y aunque luego se convirtió públicamente al catolicismo, por lo cual el Papa le levantó la excomunión, aseguró á los protestantes el libre ejercicio de su culto por medio del edicto de Nantes.

El relato que hace Contreras del asesinato del fundador de la dinastía de Borbón, es oscuro é incompleto, pero hemos renunciado á completarlo porque tiene al fuerte sabor de los rumores populares.

(2) Ravaillac, fraile lego que había sido de la Orden de San Bernardo. Dió por motivo de su crimen que el rey se proponía declarar la guerra al Papa. Enrique IV había sido ya objeto de diez y ocho tentativas de asesinato sin contar la que le costó la vida.

Salida de Flandes con hábito de pelegrino.

—Dióme licencia—dice—, y por no tener caudal en que ir en un caballo, con un criado ú solo, me vestí en hábito de pelegrino, á lo francés, que hablaba bien la lengua. Metí en el bordón una espada, y mis papeles en un zurrón, y comencé á caminar. Pasé por una villa que llaman Creu, que está en Amiens y París, donde estaba el príncipe de Condé con la princesa, que ya se había retirado sin miedo. Pedíle me hiciese merced de una carta para el maestre de Malta; diómela, que era tan larga y angosta como un dedo, y más trescientos reales. Pasé mi camino entre Borgoña y llegué á una ciudad que se llama Jalón y pasa un río por las murallas. Estaba cerrada la puerta del camino por do venía yo y fué menester ir costeando el río para entrar por otro, y como curioso, iba embebecido mirando la fortificación. Repararon en ello, y al entrar por la puerta, cogiéronme. Yo, como no había hecho nada, no quería soltar el bordón, forcejeando, y ellos diciendo: «el *bugre* español, espión, que no podemos encubrirnos aunque más hagamos». Con la fuerza que hacíamos se desencajó el bordón y vieron la espada, con que acabaron de creer que era un espía. Lleváronme á la cárcel, donde trataron de darme tormento, y hubo pareceres me ahorcasen, pues me cogían con las armas encubiertas. Yo mostraba mis papeles y licencia del archiduque: ni por esas; tan-

to, que un español, que estaba allí, casado, doliéndose de mí por español, vino y me dijo: «Señor, vuesa merced no esté descuidado que estos le quieren ahorcar; mire si quiere que yo haga algo». Pensé que se burlaba, hasta que ví que era de veras, y volvíame loco viniese á morir tan seco y sin llover. Díjele: —«Señor, aquí tengo una carta de favor, que me dió el príncipe de Condé para el gran maestre, en que verán que voy mi camino y no soy espía». —«Démela vuesa merced». ¡ Cuerpo de Dios ! Era tan chiquilla, que casi no la hallaba, y tomóla y llevó al magistrado. Yo quedé tan desconsolado como se deja pensar, y de allí á una hora oí gran tropel en la cárcel, que pensé venían por mí para ejecutar su crueldad, y más que sentí una voz que decía: ¿*Du eté lo español*?, que quiere decir: «¿Dónde está el español?». Llamadlo. Yo fuí y estaba todo el magistrado, y me dijeron en francés: Venid con nosotros; y me llevaron á una hostería, donde mandaron me regalasen bien. A otro día me dieron dos caballos ligeros para que me acompañasen hasta León de Francia, y otro caballo para mí que no gasté blanca hasta llegar allí, comiendo bien.

Ya sin más tropiezos se embarcó para Malta, donde le recibieron muy bien, y al punto le enviaron con una fragata á tomar informes, mientras la armada española iba á los Querquenes, en Berbería, el año de 1611.

Tercera jornada.

Hizo su viaje y trajo relación verdadera. Túvose capítulo general, en el cual le recibieron en el Priorato de Castilla, sin tener obligación de hacer las pruebas necesarias para ello, ni tener voto en contrario de todo el capítulo, con ser más de doscientos.

Acabado el año de noviciado le dieron el hábito aunque algunos caballeros le contradecían que tenía dos homicidios públicos, y, no obstante, hizo profesión porque así lo ordenó el gran maestre.

—En el año de noviciado—dice—tuve una pendencia con un caballero temerario, en condición italiano. Fué por volver por otro que me había hecho bien. Tiráronme dos pistoletazos y no me hicieron mal. Pedí licencia para España. Vine en las galeras de la Religión á Cartagena, sin gastar en comer nada, en compañía del caballero por quien reñí la pendencia. Llevóme á Madrid este caballero, donde me dejó, y yo quedé con mi hábito puesto, que todos me daban el parabién, unos de envidia, otros de amor. Pedí en el Consejo una compañía—añade—, y enviáronme á servir á la armada Real, donde estuve en las ocasiones que hubo hasta que volví á la Corte con licencia; y en este tiempo me aficioné á una mujer casada, que fuimos amigos algunos días; y otra á quien yo conocía, también casada, traíame en cuenta de celos, tanto, que me obli-

gó á hacer una ruindad, que por tal la tengo. Y es que fuí á su casa, delante de su marido. con resolución de cortarla la cara ; saqué la daga para hacerlo ; ella me vió resuelto, tapóla y bajó la cabeza metiéndola entre las piernas. Yo me vi mohino y alcéle las faldas, y díle en las asentaderas dos rebanadas como si fuera un melón. El marido tomó la espada y salió tras mí, y como hay tanta justicia en Madrid, luego cargó á prenderme. Yo me metí en una casa, donde me hice fuerte á la puerta y no dejaba entrar alma si no era por la punta de la espada.

Acudieron á prenderle muchas justicias de la villa y Corte, pero no había manera de entrar por aquella puerta defendida por la espada de Contreras. Llamaron por fin á un señor alcalde de corte, llamado Fariñas, el cual se presentó con gran tropa de alguaciles, y dijo á Contreras quitándose el sombrero :

—Suplico á vuesa merced, meta la espada en la cinta.

—Pídemelo con tanta cortesía vuesa merced, que aunque me hubieran de cortar la cabeza, lo haré—respondió Contreras—y envainó la espada.

—Jure vuesa merced por esa cruz—añadió entonces el alcalde—de no hacer fuga y venirse conmigo.

—Quien ha hecho lo que vuesa merced ha mandado—replicó Contreras—no ha menester ; guíe vuesa merced donde fuere servido.

Fuéronse mano á mano y llegando á la cárcel de Corte, dijo el alcalde

—Vuesa merced quedará depositado hasta que se dé parte á la Asamblea y á su Alteza el príncipe gran prior. ¡Hola! Que se le dé un aposento, el mejor que hubiere, y quédese con Dios, que esta noche vendré á ver á vuesa merced.

Viaje á Italia y venido que le dieron en Roma

Fué desterrado dos años, y después de pedir licencia vino á la Corte á pretender una Compañía. Salió una elección de cuarenta capitanes y no le tocó la suerte. Salió de Madrid con resolución de irse á Malta, donde le parecía que podría medrar. Se encontró con un caballero que iba á Malta y partieron juntos. Llegaron á Barcelona, embarcaron para Génova, y desde allí se fueron por tierra á Roma.

—Aquí me sucedió un trabajillo—dice—y fué que yo andaba malo de unas tercianas, y aunque las pasaba en pie, un día fuíme en casa de unas mujeres españolas á entretener el tiempo. Llegaron dos gentiles hombres italianos y subieron arriba, porque les abrió la criada, sin que las amas lo supiesen, y entrados en la sala me preguntaron qué hacía allí. Respondí que hablando con aquellas señoras de la tierra, que éramos paisanos. Dijéronme secamente:

—Anda, vete.

Parecióme que éra menoscabo el irme de aquella manera y no me dí por entendido. Tornáronme á decir: aguarda que le echemos por la escalera abajo; yo ya no podía sufrir más, y levanté la espada que traía en las manos como enfermo, y dí sobre ellos, que todos dos rodaron las escaleras, y uno mal descalabrado; á las voces cargaron los esbirros, y metiéndonos á todos en una carroza, nos llevaron á casa del gobernador, donde contado el caso, las mujeres y ellos mesmos me mandaron les diese la mano y con esto nos fuimos cada uno á su casa.

Esta reconciliación no fué más que fingida por parte de los italianos que buscaban á traición la manera de vengarse. Pero no teniendo ánimo para matar á Contreras, se pusieron de acuerdo con el patrón de la casa donde paraba, y el patrón dijo á Contreras si quería sanar de aquellas tercianas, había un médico que en cuatro días lo haría sin llevar dinero. Deseoso de la salud, dijo Contreras que lo trajese y á otro día llevó un hombre vestido de clérigo, que después de hacerle varias preguntas de la enfermedad, exclamó:

—En cuatro días daré sano á vuesa merced, y quédese con Dios que mañana volveré.

Cuando se marchó, dijo el patrón:

—Es el mejor médico de Roma y lo es del cardenal Joyosa.

Al día siguiente trajo el médico una pequeña redoma de vino tinto y un papel con unos polvos. Los

echó en un vaso, y después de disolverlos bien con vino, se los dió á Contreras diciéndole.

—Beba esto vuestra señoría.

Bebió Contreras la pócima y entonces el médico le dijo que se arropase, que ya quedaba sano.

—Un cuarto de hora después—dice Contreras—se me comenzaron á ligar los dientes y las entrañas que reventaba, pidiendo confesión y echando por arriba cuanto tenía, y por abajo tinta negra. Mi camarada el caballero fué corriendo en casa del embajador de España, y llamó al doctor, que era un portugués. Vino al punto, y contado lo sucedido y visto lo echado por arriba y por abajo, ordenó remedios con que atajó aunque con trabajo, tanto mal; que después dijo que para que se viese la gran robustez de mi estómago quería dar ahora á una mula tanto como cabía en una cáscara de nuez, y que había de reventar en una hora y á mí me habían dado una cucharada de plato, colmada. No se logró encontrar al médico, y cuando ya estuve bien me partí para Nápoles con mi camarada, y de allí á Mesina y de allí á Malta.

Cómo volvió á España y fué capitán de Infantería Española y otros sucesos

En Malta halló unas cartas de España: eran del Rey. La una para el gran Maestre, en que le mandaba le diese licencia para ir á levantar una com-

pañía de infantería española que le había tocado en una leva de ocho capitanes. La otra era para él, del Sr. Bartolomé de Anaya, avisándole la provisión. Partió á los quince días, y de camino le encomendó el Maestre pasara por Marsella á dar aviso á dos galeras de la Religión, para que fueran con todo secreto á Cartagena á embarcar doscientos mil ducados de la Religión, de sus despolios.

Pasó á Barcelona y á Madrid, todo en veintisiete días desde Malta, y cuando llegó, ya habían salido las compañías á levantar, y la suya había ido á levantarla á Osuna un primo suyo, alférez de Flandes, que no habiéndole tocado compañía, quería levantar la de Contreras con título de alférez. Concedióselo el Consejo, pero Contreras se dió maña á llegar cuatro meses antes de que embarcase la compañía, que estaba destinada á las Islas Filipinas. Partió, pues, de Madrid para Osuna, donde entró por la posta con los despachos que le dieron en Madrid, y cuando el primo lo vió se quedó muerto, que ya se tenía por capitán.

Hablaron y Contreras hizo á su primo cuantos ofrecimientos podía hacer un buen amigo y deudo; díjole el otro que quería ir á la jornada, y quedóse en la compañía, con gran gusto de Contreras.

—Yo no sabía su intención dañada—dice éste—pues engañó á un pajecillo de jineta que tenía y redujo á que me diese solimán para matarme. La primera vez me lo echó en dos huevos pasados por agua, sin cáscara, y los polvoreó de solimán y azú-

car. Yo los migué con pan como era solito y comí. Ya que había pasado una hora comencé á basquear que me moría, y á trocar; llamaron los médicos, mandaron confesarme al punto y pensaron me moría aquella noche, que daba lástima á todo el lugar. A media noche me dieron un cordial rico y el muchacho que fué por él me echó diez maravedís de solimán, con que al beberlo me hizo en la garganta cuatro llagas y no lo pude acabar. Los médicos se volvían locos y fueron á la botica á preguntar qué habían echado; respondieron que lo recetado. Diéronme con qué trocar, pero no era menester, que la naturaleza lo hacía sin remedios. Amaneció y vino el gobernador á verme y lo mejor del lugar, y mandó me hiciesen la comida en su casa y mand prender sin que yo lo supiera á una mujer que estaba en la mía. Llegó la hora de comer, fué el muchacho por la comida, y echó dentro otro papel de solimán. Comí, y luego me dieron las bascas ordinarias, que pensaba era de lo de atrás, y troqué toda la comida, que no estaba un punto en el cuerpo. Era en Agosto y había conmigo un soldado que se llamaba Nieto, que me quitaba las moscas; estaba algo malillo de las partes bajas y como quedó de la comida dijo el gobernador: «Den eso que ha sobrado á Nieto, que bien lo puede comer aunque sea viernes.» El pobre lo comió, y á las cinco de la tarde ya estaba muerto.

En tanto que Contreras se revolvía en la cama envenenado, el pajecillo fué á casa del alcalde á

quien el capitán había dejado en testamento la llave del baúl, y dijo:

—Señor, dice mi amo que me dé vuesa merced la llave para sacar una cuenta de perdones que hay en el baúl.

Era verdad que Contreras tenía en el baúl la cuenta de perdones; dióle el alcalde la llave y el chiquillo sacó 600 reales, una cruz de Malta y medias, ligas y bandas y no volvió á parecer.

Fué el alcalde á ver cómo seguía el enfermo, y le preguntó por la cuenta de perdones, para saber las indulgencias que tenía.

—¿Qué cuenta?—preguntó Contreras sorprendido.

—¿No ha enviado vuesa merced al paje por la llave del baúl para sacarla?

—No, señor.

—Pues yo se la dí.

Buscaron al muchacho y le hallaron en casa de un arriero que tenía concertado para irse á Sevilla. Lleváronle delante de Contreras y preguntado por la llave del baúl, la sacó y abriéndole, echaron de menos lo referido. Preguntáronle dónde tenía lo que faltaba y dijo que escondido. Fueron con él y pareció todo, menos veintiséis reales.

—Búsquenle esas faltriqueras—ordenó el capitán.

Al hacerlo, le hallaron un papel con solimán, visto lo cual por la huéspeda dijo á grandes voces:

—¡Ay, señores, que esto es el rejalgar que daban al señor capitán!

—Traidor—exclamó el enfermo—¿qué te había hecho yo que me has querido matar con este solimán?

—Ese papel me lo hallé en la calle—respondió el paje.

—Señor, envíe vuesa merced por el verdugo—dijo Contreras—que éste dirá la verdad.

—Más vale que lo llevemos á la cárcel—replicó el alcalde—y que jurídicamente se haga proceso y dé tormento, y sabremos quién es la causa.

Parecióle bien á Contreras y llamó al alférez, á quien no había visto en dos días y le ordenó que con cuatro soldados llevase á la cárcel á aquel muchacho. Hízolo, y como era la causa del mal, llevóle por la iglesia de Santo Domingo y le aconsejó se metiese dentro, como lo hizo, diciendo á los frailes no lo entregasen porque le ahorcaría luego el capitán. Los frailes lo hicieron y le enviaron después á Sevilla.

—Como faltó la causa del solimán—dice Contreras—me fuí curando que quiso Dios guardarme para lo que él sabe. Sané y levantéme con gusto del pueblo y determiné el ir á Sevilla con seis soldados; hice diligencia de buscar al muchacho, que lo hallé y truje á Osuna, donde lo deseaban para dar le un castigo ejemplar. Hízose la causa, púsose á cuestión de tormento y confesó haberlo hecho por orden del alférez, ofreciéndole grandes dádivas.

Quisieron ahorcarlo, pero no le hallaron con edad, y así le dieron cien azotes en la cárcel atado á un poste y le cortaron los dos dedos de cada mano con que polvoreaba el solimán.

En la confesión que hizo Contreras en artículo de muerte, había ofrecido á Dios delante del confesor perdonar á quien hubiera sido la causa de su muerte. Esto se lo pedía el confesor sabiendo que era el alférez, á quien el gobernador quiso prender, pero no lo consintió Contreras y así le envió á llamar al punto y le dijo:

—Vuesa merced vaya con Dios y no pregunte la causa, y si ha menester algo, dígalo que se lo daré.

No aguardó el otro que se lo dijeran dos veces, por temor de que Contreras se arrepintiese de su generosidad, y así, antes de una hora había dejado el pueblo.

—Supe después que se había ido á las Indias—dice Contreras—que nunca más ha parecido en España. Pero con todo, yo quedé por más de dos años casi tullido de los dedos de los pies y manos, que siempre me hormigueaban, además de haberme quitado la fuerza que tenía. Dijeron los médicos que el no haber muerto fué el estar el estómago habituado del veneno que me dieron en Roma poco tiempo había.

Llegado el tiempo, vino el comisario; tomó muestra á la compañía y marcharon á Sanlúcar, donde estaba la armada que había de ir á Filipinas. To-

cóle á Contreras embarcar en el galeón *La Concepción* por cabo de tres compañías que iban dentro.

Salieron de Sanlúcar para Cádiz, de donde habían de partir á Filipinas. En este tiempo llegó orden del rey para que no fuesen, sino que se incorporasen á la Armada Real y los galeones de la Plata y todas las galeras de España fuesen á Gibraltar adonde decía iba á pasar una armada de Holanda. El príncipe Filiberto iba por general de toda la escuadra.

—A la entrada de Cádiz—refiere Contreras—hay un escollo debajo del agua catorce palmos, y que llaman el Diamante, en el cual se han perdido muchos navíos, y yo, como más desgraciado, topé con él, y perdíme á la vista de toda la escuadra. No se ahogó nadie, porque me socorrieron todas las chalupas de la Armada, y el señor marqués de Santa Cruz con su capitana. Mandó el príncipe que me prendiesen y me llevaron al galeón en que anduve embarcado toda aquella jornada, hasta que en el Consejo de Guerra me libraron, viendo no tenía yo culpa. Anduvimos de Gibraltar á Cabo Espartel con algunos navíos de la Armada, en aquel estrecho más de tres meses, aguardando la armada holandesa que jamás vimos. Esto fué por Enero de 1616, y por Marzo y Abril vino orden de que se deshiciese aquella Armada y en particular la que había de ir á Filipinas. Mandóse que los seis galeones se agregaran á la Armada Real, y que la infantería, que era la mejor del mundo, pasase á

Lombardía, á cargo de D. Carlos Ibarra, que la llevó. Era maestro de campo de estos dos mil quinientos hombres, D. Pedro Esteban de Avila, y yo quedé en España con otro capitán, por venir la orden del Rey escrita en esta forma al marqués de Santa Cruz: «Por cuanto conviene á España reforzar los tercios de Lombardía, será bien que pase el de D. Pedro Esteban de Avila que había de ir á Filipinas, no dejando los doscientos hombres que nos había parecido con los capitanes prácticos de la navegación que son Contreras y Cornejo, que pueden quedarse para levantar gente de nuevo para ese efeto.»

Se quedaron los dos capitanes y salieron para la Corte por orden del marqués, donde estuvieron más de seis meses hasta que Contreras recibió orden de ir por la Junta de Guerra de Indias á Sevilla, diciéndole que en el camino le alcanzaría orden de lo que debía hacer. Se le entregaron 500 escudos y partió.

En Córdoba le alcanzó un pliego donde se le ordenaba avistarse con el presidente de la contratación de Sevilla. Hízolo al llegar y le ordenaron que partiese á Sanlúcar, donde el duque de Medina le daría orden.

—Vime con su excelencia—dice—y en secreto me ordenó pasase á Cádiz con una orden al gobernador de aquella ciudad y que á las nueve de la mañana estarían allí dos galeras para embarcar la infantería. Se le ordenaba al gobernador de Cádiz

que tocase cajas para socorrer las compañías que tenía allí de las flotas y que embarcase yo doscientos hombres á mi satisfacción. Hízose con el secreto que se requería, porque estos soldados de estos presidios y flotas son los rufianes de Andalucía, madrigados.

Volvióse luego á Sanlúcar, donde tenía prevenidos el duque dos galeones de 400 toneladas con su artillería y bastimentos necesarios, además de los pertrechos que se llevaban de pólvora, cuerda y plomo para la plaza que se iba á socorrer. Mandóle el duque embarcar la infantería en los galeones, y Contreras lo hizo metiendo en cada uno cien soldados, que se vieron como asaltados y sin saber lo que les había sucedido.

Llegó de la Corte el otro capitán y se embarcaron para el viaje, que era ir á socorrer á Puerto Rico, que decían estaba sitiado por los holandeses. Estuvieron aguardando el tiempo en los Pozuelos, junto á la barra, y los soldados, como eran todos forzados y dejaban las amigas de tantos años y eran los oficiales de la muerte de Andalucía, casi hacían burla de Contreras.

—Ea, señores—decía éste—. Abajo, que ya es noche.

—¿Somos gallinas—replicaban—para acostarnos con día? Aquiétese su ánima.

Veíase el capitán atribulado y no dormía pensando cómo se había de hacer el viaje, porque excepto quince marineros y seis artilleros, no tenía de su par-

te otra gente. Decidió valerse de la astucia, y poniendo los ojos en uno de los que le parecía más valiente y á quien aquellos rufianes tenían respeto, lo llamó y le dijo:

—Ah, señor Juan Gómez, venga acá—y lo metió en la cámara de popa—. ¿Cuánto ha que sirve al Rey?

—Habrá cinco años—respondió Juan Gómez—en Cádiz y en Larache, de donde me huí y un viaje de flota.

—Cierto que le he cobrado afición—díjole Contreras—y que me pesa no tener una bandera que le dar.

—Otros lo hicieran peor que no yo—replicó Juan Gómez halagado por estos propósitos del capitán.

—Pues si quiere ser sargento de esta compañía, váyase á tierra y sienta la plaza, y si no tiene dinero para comprar una alabarda, yo se le daré.

—Aún tengo cincuenta pesos ya que vuesa merced me honra—respondió Juan Gómez encantado de que le dejaran ir á tierra.

Dióle Contreras un papel para el contador de la galera y le dijo:

—Vaya vuesa merced, que escalón es para ser alférez, y mire que me fío de vuesa merced.

Tomó Juan Gómez la barca y fué á tierra, volviendo al punto con su alabarda. Cuando los valientes le vieron sargento, dieron el negocio por acabado. Contreras llamó al sargento á la cámara y le dijo:

—Ya vuesa merced es otro de lo que era, porque siendo oficial cualquier delito es traición, lo que no es en el soldado. Dígame por vida del sargento, quiénes de éstos son los más perniciosos y valientes.

—Calle vuesa merced—respondió Juan Gómez—que son unos pobretes; sólo Calderón y Montañés son casi hombres de bien.

—Pues á la noche—ordenó Contreras—; cuando los mandemos recoger, hállese ahí con su espada desnuda.

—¿Para qué, señor?—exclamó el sargento—, que, ¡voto á Cristo!, con un garrote basta.

—No—replicó Contreras—, á los soldados no se les castiga con palo, sino con espada, cuando son desvergonzados.

Llegó la noche y exclamó Contreras, dirigiéndose á los soldados:

—Ea, señores, abajo, que ya es hora.

—Aquiétese su ánima—respondieron con la insolencia ordinaria.

Contreras hallábase cerca de Calderón, y alzando la espada, le dió tan grande cuchillada que se le veían los sesos.

—¡Ah, pícaros, insolentes!—gritó—; ¡Abajo!

En un momento estuvo cada cual en su rancho, como mansas ovejas.

—Señor capitán—le decían—; que se muere Calderón.

—Confiésenlo y échenlo á la mar— respondía

Contreras; y luego, reservadamente, daba orden que le curasen.

Mandó echar en seguida en el cepo al Montañés, con lo cual quedó toda aquella gente tan sometida, que aun echar un ¡voto á Cristo! no se echó en todo el viaje, porque el que lo echaba lo hacía estar en pie una hora con un morrión fuerte, que pesaba treinta libras, en la cabeza, y con un peto que pesaba otras treinta.

Dió aviso al otro capitán para que hiciese lo mismo, aunque, como supiéron lo sucedido en el galeón de Contreras, se deshizo el proyecto que tenían, que era, saliendo del puerto embestir en tierra, en Arenas Gordas, y huirse todos, y si Contreras tratara de impedirlo, matarle.

En que se cuenta el viaje que hizo á las Indias

—Salí del puerto—escribe—, y navegué cuarenta días sin ver más tierra que las Canarias. Llegué á las islas de Matalino, hice agua allí, donde vi algunos indios salvajes. Pasé la vuelta de mi viaje y llegué á las Vírgenes Gordas. Fuíme la vuelta del pasaje de Puerto Rico, que es un canal angosto, donde de ordinario están corsarios ingleses, holandeses y franceses. Llegué de noche y fuí

en persona á reconocerle con una barca bien armada. No hallé bajel ninguno, y atravesé amaneciendo casi á boca de Puerto Rico, y arbolando mis banderas entré, que fuí muy bien recibido de don Felipe de Biamonte y Navarra, gobernador de aquella isla. Díjome era milagroso no haberme encontrado con Guatarral (el célebre pirata inglés Walter Raleigh), corsario inglés que andaba por allí con cinco navíos.

Dejó Contreras cuarenta soldados, y después de apresar una galeota con veintiún soldados, que llevó á la Habana, entregó los pertrechos que le habían quedado y la infantería á Sancho Alquiza, capitán general que era de aquella isla, y se volvió á España en la flota de don Carlos Ibarra el año de 1618.

—Llegué á Sanlúcar—dice—y pasé á Sevilla, donde topé enfermo al señor Juan Ruiz Contreras, que estaba despachando una armada para Filipinas, y luego, al punto que llegué, me dijo tenía orden del rey para que le asistiese; hícelo y envióme al punto á Borgo, que es donde se aprestaban seis galeones grandes y dos patache. Trabajé conforme la orden que me dió, hasta que los bajé abajo, á Sanlúcar, fuera de carenas; metiéronse bastimentos y la artillería necesaria y la infantería, que eran más de mil hombres, harto buenos, sin el marinaje y artilleros. Era general de esta armada don Fulano Çoaçola, del hábito de Santiago, que iba de mala gana con toda la demás gente, y á trece días des-

pués de partidos con buen tiempo, del puerto de Cádiz, les dió una tormenta que vinieron á perderse á seis leguas de donde salieron. Díjose, por cierto, que fué causa el almirante, que no era marinero ni había entrado en el mar jamás. Llamábase Figueroa, y después, para enmendarlo, lo hicieron almirante de una flota, por sustentar el yerro primero. Embistió en tierra la capitana y almiranta en un mismo paraje, y de la capitana no se salvó una astilla, con ser un galeón que era de más de 800 toneladas y cuarenta piezas de bronce, gruesas. Ahogóse el general y toda la gente, que no se salvó más de cuatro personas. Del almiranta se salvaron casi todos, y el galeón no se deshizo tan presto porque dió en más fondo: los otros corrieron al estrecho y se perdió otro en Tarifa, otro en Gibraltar y otro en Cabo de Gata. Los dos pataches se salvaron. Este fin tuvo esta armada.

Llegaron en esto noticias á Cádiz de cómo la Mámora estaba sitiada por mar y por tierra con treinta mil moros y veintiocho galeones.

Partió Contreras en socorro de los sitiados, y pasando por entre los veintiocho bajeles enemigos, llegó como la paloma del diluvio. El viejo Lechuga, que era gobernador de la plaza y la había defendido como un valiente, lo recibió con mil abrazos.

Zarparon los navíos enemigos, temiendo que llegara la armada Real, como, en efecto, llegó al día siguiente, y los sitiadores levantaron el campo enviando parlamentarios al gobernador, con el que

querían quedar como amigos. Contreras, en vista del buen cariz de los sucesos, se aprestó á partir también.

—Salí aquella noche de la Mámora—dice— y amanecí en Cádiz; digo, entré antes de mediodía. Fuí á Conil, donde estaba el duque; convidóme á comer, y sobrecomida, leyó la carta de creencia que traía del gobernador para el rey, que se holgó en verla, y dijo no perdiese el tiempo en ir á Madrid. Dióme una carta para el rey, y una certificación honrada, que la estimo mucho, y en un bolsillo cien doblones, que decían los criados que era la mayor hazaña que había hecho en su vida. Fuí al Puerto de Santa María, donde el provèedor de las fronteras me dió ciento cincuenta escudos para que corriese la posta, que en tres días y medio me puse en Madrid, de manera que en nueve días entré en Madrid, saliendo de España y yendo á Berbería, volviendo de Berbería á España y allí á la corte, que hay 108 leguas de tierra desde Cádiz. Fuíme á apear á Palacio, y subí en cuerpo al cuarto del rey, donde salió el señor D. Baltasar de Zúñiga, que esté en el cielo, y le dí razón de todo, y luego entré con su excelencia delante del rey, é hincando la rodilla le dí las dos cartas; la de creencia y la del duque. Dióselas al señor don Baltasar. Comenzóme á preguntar el rey las cosas de la Mámora. Dijo el señor don Baltasar: A él se remite Lechuga por su carta. Informé de todo, que S. M. gustaba, y tanto, que del cordón que tenía

pendiente el hábito me le asió, y dando con él vueltas me preguntaba y yo respondía; y de allí á un poco dijo el señor don Baltasar: Váyase á reposar, que vendrá cansado. Bajé por los patios y estaba el portero del Consejo de Estado, que era día dél, aguardándome, y llevóme adentro, que los señores estaban todos en pie. Preguntáronme el estado de las cosas, informé, quedaron satisfechos; conque me fuí y puse á caballo en mis postas camino de casa de un tío que tengo, correo mayor de Portugal. Reposé, que lo había menester.

A otro día de estos sucesos fué á buscarle un alabardero de parte del señor don Baltasar de Zúñiga. Aunque había mucha gente esperando hablarle, dejaron lugar á Contreras en cuanto se presentó. Sentóse don Baltasar en una silla, y mandando sentarse en otra al capitán, le interrogó acerca de los puestos que había ocupado, porque S. M. quería hacerle merced. Respondió Contreras que había sido capitán de infantería española, y que al presente estaba en el apresto de la armada de Filipinas, y recogiendo los destrozos de ella, con cincuenta escudos de sueldo al mes desde hacía más de dos años.

Preguntóle entonces á qué se inclinaba, y en qué tenía puestos los ojos.

—Señor—respondió Contreras—yo no soy soberbio; por mis servicios, el Consejo me ha consultado en una plaza de almirante de una flota.

—¡Jesús, señor capitán!—exclamó don Balta-

sar de Zúñiga—darásele á vuesa merced al punto con una ayudilla de costa.

Contreras le besó la mano, y don Baltasar le remitió al secretario Juan de Insástegui, que él le daría el despacho. Al día siguiente entró á buscar al Insástegui en la covachuela, y se encontró con don Baltasar, que le dijo:

—¿Cómo va? Tome vuesa merced ese despacho y ese billete, y tenga paciencia, que S. M. al presente no puede hacer más en materia de maravedís.

—Señor—replicó Contreras—; no he menester dinero si hay tanta falta; reputación busco que no dinero. Y le devolvió el dinero que el otro le obligó á aceptar estimando en mucho su liberalidad. El billete era de trescientos ducados en plata doble y el otro un decreto para don Fernando Carrillo, presidente de Indias.

—Llevéle el decreto al presidente y me recibió con cara de hereje, que no tenía otra, y me despidió secamente, diciendo que á su tiempo se haría lo que S. M. mandaba. Acudí al señor don Baltasar, dióme un billete en que le mandaba anticipase la consulta, porque el rey deseaba hacerme merced. Llevéle y el buen hereje debía estar prendado por alguno, que consultó la plaza dejándome fuera, que luego lo supe y sin más dilación me fuí á la audiencia del rey, que entonces buscaban en los corredores quien le quisiese hablar, y dije: «Señor, yo he servido á V. M. veinticinco años en muchas

partes; V. M. me hizo merced de un decreto para que me diesen la plaza de almirante de una flota, que por mis servicios he estado consultado en ella otras veces, y agora, mandándomela dar V. M. aún no me ha consultado el presidente». Cogió el memorial, arrebatándomele de las manos, y volviendo las espaldas se fué y nos dejó á todos confusos, porque era recién heredado. Fuíme á consolar con el señor don Baltasar y á darle mi queja, como á mi jefe, y estando aguardando hora, llegó el presidente con su cara dicha, que alguna píldora traía ó le habían enviado de arriba; y entrando, me entré con él, aunque no me dejaba el portero ó un gentilhombre que estaba allí. Dije: «Déjeme vuestra merced, que vengo á lo que el señor presidente.» Entré y estaba el señor don Baltasar con el conde de Monterrey, mi señor, y un fraile dominico, hijo del conde de Benavente. Me arrimé y dije: «Suplico á V. E. pregunte al señor presidente si tiene satisfacción de mi persona». Respondió con las manos abiertas: «Señor, que es muy honrado soldado y le enviamos á Puerto Rico, y lo hizo muy bien». A esto le dije yo: «Pues si soy tan honrado, ¿por qué V. S. no me consultó habiéndolo mandado el rey, é intervenido S. E. con otro papel?» Dijo: «Otra vez, señor; ya está todo hecho». Y dije yo entonces: «No le crea vuecencia, que le está engañando, como me engañó á mí». Entonces dió una gran voz: «Hombre, ya está todo hecho». Respondió el señor don Baltasar: «Mire vuestra señoría,

que el rey desea hacer merced al capitán.» No pudo hablar, que se le añudó el garguero, y salió de allí; pero antes que llegase á la calle cayó sin sentido; metiéronle en el coche por muerto, y dieron garrotes en los brazos y piernas para que volviese en sí. Dios le volvió su juicio y confesó, y murió. ¡Dios le perdone el mal que me hizo!, que él se quedó sin vida y yo sin almirantazgo, porque el señor don Baltasar, que era mi jefe, decía que no era razón que me hiciese merced por haber muerto un ministro, como si yo le hubiera dado algún arcabuzazo; ¡No tuviera más culpa algún papel que debió venir de arriba, que yo he oído que aquel debió de darle la muerte!

Después de estos acontecimientos, que le causaron amarguras y desilusiones, Contreras se retiró de Palacio. Pasaron más de seis meses, y un día, cuando menos lo esperaba, llegó á buscarle un alabardero, de parte del conde de Olivares. Fué con cuidado á ver lo que quería, y al entrar en la sala donde se hallaba, le dijo el conde:

—Señor capitán Contreras, no me dé quejas, que bien veo las tiene. El rey ha resuelto hacer una armada para guardar el Estrecho de Gibraltar, y yo soy el general de ella. En la Junta de armadas se han nombrado diez y seis capitanes traídos de diferentes partes, prácticos y de experiencia; y de los dos que se han escogido de los que están en la corte, es el uno el maese de campo don Pedro Osorio y vuesa merced, el otro: estímelo.

—Señor—dijo Contreras— ; yo me hallo con cincuenta escudos de sueldo, y he sido capitán dos veces ; no se compate agora tornar á tomar compañía y dejar los cincuenta escudos que tengo en la armada.

—No hay que tratar—replicó el conde duque de Olivares—, que sus acrecentamientos corren por mi cuenta.

—Pues sírvase V. E.—pidió el capitán—que esta compañía la levante en esta corte.

—Jamás se ha hecho—dijo el de Olivares— ; pero por contentarle lo trataré con S. M.

Accedió el rey á lo solicitado, y tanto el maestre de campo como Contreras, levantaron en Madrid sus compañías, siendo los primeros capitanes que estando presente la corte levantaran gente y enarbolasen banderas.

Contreras levanta su compañía en la plaza de Antón Martín

Enarboló Contreras su bandera en Antón Martín y en 27 días levantó 312 soldados.

—Salí con ellos—refiere—, á los ojos de toda la Corte, en orden, y yo delante, que este consuelo tuvo mi buena madre, de muchos pesares que ha tenido en este mundo de mis trabajos. Al segundo

día que salí de la Corte, hubo en ella nueva que me habían muerto en Getafe, cosa que se sintió en Madrid como si yo fuera un gran señor, y de esto pongo por testigo á quien se halló allí. Dicen que en el juego de la pelota lo dijo el marqués de Barcarrota, que no tuvo otro origen, para lo cual despachó el señor don Francisco de Contreras, presidente de Castilla, correos á saber la verdad. Yo despaché cómo estaba bueno, que se holgaron en la Corte; tanto importa el estar bien quisto. Saqué de esta muerte falsa que me dijeron algunas buenas personas más de quinientas misas en el Buen Suceso. Pasé á Cádiz con mi compañía y entré con más de trescientos soldados. Embarcámonos y fuimos al Estrecho, que era nuestro sitio. Iba esta armada á la orden de don Juan Fajardo. Embarquéme en el galeón Almiranta de Nápoles. Salimos de Gibraltar algunos navíos que señalaban, á encontrar algunos de turcos que pasaban por el Estrecho costeando el Africa. Al cabo de muchos días, á 6 de Octubre de 1624, encontramos con la armada de Holanda que traía ochenta y dos velas, aunque no eran todas de guerra. Fuimos á encontrarlos sobre Málaga, á la mar quince leguas. Lo que sé decir, que el galeón Capitana de Ribera y el mío, que era su almirante, llegamos á pelear á las cuatro de la tarde con los enemigos. Lo que sucedió no se puede decir más que los enemigos se fueron riendo; que si á la Capitana de Ribera no la hubieran dado un cañonazo entre dos aguas, que fué menester dar un bote

para podello remediar, sabe Dios cómo les hubiera ido á los enemigos. Este cañonazo le dieron no siendo la bala cristiana ni de los bajeles del enemigo. Pasemos adelante que anocheció, y aquella noche se fueron á pasar el Estrecho sin que nadie les diese pesadumbre. Volvímonos á Gibraltar y allí se quedó don Juan Fajardo, y con Ribera fuimos en busca de los galeones de la plata, que los topamos y trujimos á Sanlúcar, además de dos navíos que tomamos de turcos en el camino, y una presa que llevaba de azúcar.

Volvieron á invernar á Gibraltar, y Contreras cayó enfermo. Diéronle veinte días de licencia para ir á Sevilla á convalecer, y porque expiró el plazo le proveyó la compañía don Juan Fajardo. Vino á la Corte, quejóse, y el rey le encomendó el gobierno de 500 hombres de infantería que habían de ir á servir en cuatro compañías á las galeras de Génova. Levantó la infantería, y estando para marchar le dieron orden de salir con la fuerza para Lisboa á embarcarse en una armada que se había preparado para resistir á la de Inglaterra, á cargo de Tomás de Larraspur.

Estuvieron aguardando en Cascaes y en Belem más de dos meses, porque había noticias de que la armada enemiga iba á Lisboa, llamada por los judíos, y vista la preparación fueron á Cádiz los navíos ingleses. Aunque se supo, dióse orden á la armada de Larraspur de no desamparar á Lisboa, don-

de estuvieron hasta que se habían retirado los enemigos á Inglaterra.

Después de esto, Contreras volvió á quedarse de paseante en corte, y gracias á ello nos ha conservado un rasgo de Lope de Vega, que tanto honra al escritor como al soldado.

Contreras y Lope de Vega

—El marqués de la Hinojosa—dice Contreras—que estaba por general de mar y tierra, comenzó á hacer reformas en las que entré yo con los de mi tropa, que volvimos á Madrid, á que se nos diese orden para ir á nuestras galeras; ya se había enfriado, porque dicen había guerra en Lombardía, y no debió de ser sino que los genoveses son poderosos; y aunque el duque de Tarsis lo ayudaba por tener sus galeras guarnecidas con españoles, no pudo conseguir que por ahora se pusiese en ejecución, con lo cual nos quedamos pobres pretendientes en la corte; aunque yo no libré mal, porque Lope de Vega, sin haberle hablado en mi vida, me llevó á su casa diciendo: Señor capitán, con hombres como vuesamerced se ha de partir la capa; y me tuvo por camarada más de ocho meses, dándome de comer y cenar, y aun vestido me dió. ¡Dios se lo pague! Y no contento con eso me dedicó una comedia, en la veinte parte, *El Rey sin reino,* á imitación del tes-

timonio que me levantaron con los moriscos. Parecióme verguenza estar en la Corte, y mas, no teniendo con que sustentar, que allí parecen mal los soldados, aunque lo tengan, y así trate de venirme á Malta por ver en que estado estaba lo de mi habito y cuando me habia de tocar algo que comer por él. Pedí en el Consejo que me diese algun sueldo para Sicilia, que esta cerca de Malta, y dieronme treinta escudos de entretenimiento, cinco mas de lo que dan agora á los capitanes.

El duque de Alburquerque, que era gobernador de Sicilia, le dió el gobierno de la Pantalaria, una isla que esta cerca de las costas de Berberia, en la que habia de guarnición 120 soldados españoles.

—Estuve en este gobierno diez y seis meses—escribe—, teniendo algunos encuentrillos de los que allí vienen para hacer carne y agua, y asimismo traté de una iglesia en que tenemos la cofradia de Nuestra Señora del Rosario; era como una venta cubierta de cañas y paja. Envie por madera á Sicilia, y por un pintor y colores; reedifique esta iglesia cubriéndola con buenas tablas y vigas; hice seis arcos de piedra, una tribuna y una sacristia; pinté toda la iglesia, el techo y capilla mayor, con los cuatro angelitos á los lados, y el altar de Nuestra Señora lo hice pintar en tablas; despues hice un arco con un Padre Dios encima, y el arco eran los quince misterios, retratado cada misterio. Doté renta perpetua para lo siguiente: que todos los años por Carnestolendas, el jueves de compadres, se dijese una

misa cantada con diácono y subdiácono, y túmbolo con sus paños negros, y cera, y más doce misas rezadas, y la vispera el oficio de difuntos con su túmbolo y cera; todo esto por las ánimas del purgatorio. Quedó adornada lo mejor que pude; conque pedí licencia al señor duque de Alburquerque para ir á Roma. Pedí un breve á Su Santidad y fuí á Malta, donde presenté los breves y cartas, y al punto fueron obedecidos, con lo cual me armaron caballero con todas las solemnidades que se requieren, y dieron una bula, que la estimo más que si hubiera nacido del infante don Carlos, en que dicen que por mis notables hechos y hazañas me arman caballero, gozando todas las encomiendas y dignidades que hay en la religión y gozan todos los caballeros de justicia. Hubo aquel día sopa doble en un gran banquete. Partí de Malta para volver á Roma; fué en treinta y cuatro días, habiendo de camino casi trescientas leguas. Esto ha sucedido—añade—hasta hoy, que son 11 de Octubre de 1630, y si hubiera de escribir menudencias sería cansar á quien lo leyere; además que cierto que se me olvidan muchas cosas, porque en once días no se puede recopilar la memoria y hechos y sucesos de treinta y tres años. Ello va seco y sin llover, como Dios lo crió y como á mí se me alcanza, sin retóricas ni discreterías, no más que al hecho de la verdad. Alabado sea Cristo.

Llegada del marqués de Cadreyta á Roma; erupción del Vesubio; estancia de Contreras en los Casales de Cápua y su gobierno de la ciudad de Aquila

Nos refiere Contreras que el conde de Monterrey, su señor, resolvió hospedar al marqués de Cadreyta, que iba de embajador ordinario á Alemania y pasó por Roma, por embajador de la serenísima reina de Hungría. Después de estos sucesos pidió el conde de Monterrey una galera á la condesa de Tarsis, para que fuesen en ella Contreras y el secretario Juan Pablo Benete, á hacer en Madrid ciertas diligencias que no menciona. Esto ocurría el año de 1631.

—Estuve en Madrid más de dos meses—dice Contreras—, donde me holgué en ver lindas comedias del Fénix de España, Lope de Vega, tan eminente en todo y el que ha enseñado con sus libros á que no haya nadie que no sea poeta de comedias, que éste sólo había de ser para honra de España y asombro de las demás naciones. De Madrid me mandaron me partiese para Nápoles, donde era virrey el conde, mi señor, y en llegando me mandó tomase una compañía de infantería española. Díjele cómo yo lo había sido ya cuatro veces; porfióme y toméla, con la cual entré de guarda á su persona, y de allí á dos meses me envió á la ciudad de Nola, y estando allí quieto una mañana, martes, 16 de

Diciembre, amaneció un gran penacho de humo sobre la montaña de Soma, que otros llaman el Vesubio, y entrando el día comenzó á oscurecerse el sol y á tronar y llover ceniza. Advierto, añade, que Nola está debajo casi del monte cuatro millas ó menos. La gente comenzó á temer viendo el día noche y á llover ceniza, con lo cual comenzó á irse de la tierra, y aquella noche fué tan horrenda que me parece no puede haber otra semejante el día del juicio; porque además de la ceniza llovía piedra y tierra de fuego, como las escorias que sacan los herreros de las fraguas, y tras todo esto había un temblor de tierra continuo, que esta noche se cayeron treinta y siete casas y se sentía desgajar los cipreses y naranjos como si los partiesen con un hacha de hierro. Todos gritaban: ¡Misericordia!, que era terror oirlo. El miércoles no hubo día casi, que era menester tener luz encendida. Yo salté en compañía de una escuadra de soldados y traje siete cargas de harina y mandé cocer pan, con lo que se remediaron muchos de los que estaban fuera de la tierra por no estar bajo techado. El sábado se cayó casi todo el cuartel donde estaba la compañía, y el domingo me vino una orden del conde en que me mandaba saliese y me fuese á Cápua.

Partió de Aquila para Nápoles á tomar posesión de una compañía de caballos. La compañía estaba alojada en Cápua, y de allí la llevó á Nápoles, donde se la entregó don Gaspar de Acevedo, general de mil caballos. Tomó posesión de la compa-

ñía en presencia del capitán saliente, un italiano cuyo apellido castellaniza Contreras llamándole don Héctor Piñatelo, el cual había sido promovido á teniente de maese de campo general. Varios soldados dijeron que les había trocado el italiano los caballos, con lo cual exclamó Contreras, dirigiéndose á Piñatelo:

—El caballo que trae vuestra señoría es de la compañía, y los soldados dicen que vuestra señoría se ha llevado los mejores caballos y ha dado rocines, y son del rey.

—No es verdad—respondió el italiano—; yo no he tomado caballo ninguno.

Mas aunque entre italianos no es palabra ofensiva «no es verdad»—escribe Contreras—, no quise entrar en opiniones, porque había muchos españoles y italianos delante, con lo cual alcé la mano y le encajé la barba asiéndole de ella al punto. Arrojó el bastón y sacó su espada, como valiente caballero; pero yo no fuí lerdo en sacar mi herruza, donde hubo una pendencia sin sangre, porque era tanta la gente que era imposible el herirnos. Un pobre tudesco de la guardia del virrey que estaba allí lo vino á pagar, que salió con una cuchillada en la cara como si fuera el encajado. Prendiónos D. Gaspar de Acevedo, como general de la caballería y capitán de la guardia del conde de Monterrey. Estuvimos presos en casa, cada uno con guardas tres días, hasta que el conde mi señor, mandó que nos hiciesen amigos en su antecámara.

Por el D. Héctor salió el príncipe de la Rochela, y por mí salió el Sr. D. Gaspar de Acevedo, con que de allí adelante cada uno andaba, ó yo, por mejor decir, ojo avizor, como dicen los hampones.

Contreras, capitán de caballos

Ya era capitán de caballos corazas, y el orgullo de su nuevo cargo le hace prorrumpir en frases de entusiasmo lleno de candor. Quiso el conde de Monterrey hacer una revista general en toda la caballería del reino, y, cuando algunos años después, relata Contreras este episodio, sus palabras demuestran que para su corazón de soldado aquella fué una fiesta inolvidable y uno de los momentos más felices entre las amarguras de su vida.

Al referirnos los sucesos de este día, Contreras siente todo el orgullo y el poder de la grandeza de España, pasando á caballo entre los vítores de la multitud por las calles de la Ciudad Eterna. Pero oigámosle :

«¡ Qué sería menester de galas para este día !, que yo, con ser pobre, saqué mi librea de dos trompetas y cuatro lacayos, todos de grana, cuajados de pasamanos de plata, tahalíes y espadas doradas y plumas, y encima de los vestidos gabanes de lo mesmo.

»Mis caballos, que eran cinco, con sus sillas, dos

cen pasamanos de plata y todos con sus pistolas guarnecidas en los arzones. Saqué unas armas azules con llamas de plata, calcillas de gamuza, cuajadas de pasamanos de oro, y mangas y coleto de lo mesmo, un monte de plumas azules y verdes y blancas encima de la celada y una banda roja recamada de oro y cuajada, que á fe podría servir de manta en una cama. Yo entré de esta manera en la plaza con mi alférez y estandarte y ochenta caballos detrás, bien armados; los soldados, con sus bandas rojas, y mi hermano, que era mi tiniente, detrás de la compañía, harto galán. Dejo considerar cómo entramos...

»Los demás capitanes, que eran en cantidad, pasamos todos por delante Palacio, donde estaban en un balcón el conde mi señor y los eminentes cardenales Sabeli y Sandoval, y en otro balcón la condesa de Monterrey y mi señora la marquesa de Monterroso con sus damas. Hubo grandes fiestas y regocijos, muchas comedias, luchas y artificios y limosnas á los hospitales y fuentes de vino y derramar tres días á reo; por las tardes, cantidad de dinero, oro y plata á puñados; y para más prueba baste decir que en este tiempo éramos tan mal vistos en Roma que no se puede encarecer, y estas grandezas les obligaba á que fueran por dentro de Roma apellidando ¡ viva España ! que no hay más que decir.

»Volviendo á mi discurso, digo, señor, que se acabó nuestras escaramuzas, que fué á 20 de Junio de 1632. Fuímonos á casa cansados y sudados, y á

otro día mandó el conde se repartiese toda la caballería por las marismas para defendellas, por haber venido nueva de la armada turquesca. A mí me tocó ir con quinientos caballos al Principado de Citra, donde estuve hasta fin de Agosto en campaña de Bol y en Achierno. En este lugar era por caniculares, y hacía tanto frío que era menester echar dos mantas en la cama; y así, de día, ejercitábamos los caballos, escaramuzando unos con otros, y á veces corríamos una sortija.

»Entré en Nápoles con mi compañía y alojáronme en el puente de la Madalena, de donde salía cada noche con 20 caballos á batir la marina de la Torre del Griego, y las demás compañías hacían lo mesmo por la otra parte de Puzol.

»Yo tenía muy buenos caballos y las compañías de mi tropa no eran buenos, y así, por rehacerlas, mandó el conde se reformase mi compañía, lo cual se hizo, y su excelencia me hizo merced del gobierno de Pescara, que es de lo mejor de aquel reino. Beséle la mano al conde por la merced, y estúveme ansí más de un mes sin pedir los despachos, y una mañana me envió á decir el conde, mi señor, con el secretario Rosales que gustaría que aprestase dos galeoncetes y un patache que estaban en el puerto, y que fuese á Levante con ellos á piratear un poco.

»A esta sazón yo me hallaba con un hermano que había servido á Su Majestad veinte años en Italia y armada Real de soldado, sargento y alférez y gobernador de una compañía tres años con patente de

general y con ocho escudos de ventajas particulares del Rey, y al presente se hallaba reformado de tiniente de caballos corazas. Díjele al secretario:

—Señor, yo haré lo que me manda el conde; pero mire usted que tengo á mi hermano, y que por lo menos quede en Pescara por mi Tiniente.

»Díjome que no podía ser, que había de ser capitán el que ocupara aquello. Pedí le hiciesen capitán del patache y aun se lo supliqué yo de boca al conde; no lo quiso hacer. Dije que le diesen una compañía de los ramos y gente suelta que se había de embarcar conmigo. Dijéronme que sí. Yo en este *inter* trabajaba en aprestar bajeles, y decía al secretario:

Vuesa merced no se burle conmigo. Dígale al conde acabe de ajustar esto; juro á Dios que si no lo hace, que no me he de embarcar ni hacer el viaje.

»En esto anduvimos hasta que una noche en su escritorio me desengañó, diciendo que no le habían de dar nada, y que nos habíamos de embarcar entrambos. Con esto me vine á mi casa, y considerando que yo no tenía plaza en aquel reino ni sueldo de Su Majestad, ni mi hermano tampoco; y así viendo que mi hermano decía:

—Señor, yo he servido como todo el mundo sabe, y vuesamerced ha hecho por muchos y yo no tengo acrecentamiento; el mundo pensará tengo algún aje, y como vi que tenía razón me obligó á coger mi poca ropa y meterla en el convento de la Santí-

sima Trinidad, y de allí escribí un papel al secretario, del tenor siguiente :

«No se espante vuesamerced que yo haya sido prolijo en que se acomodase mi hermano, pues habiendo yo de ir este viaje, él había de quedar, si yo faltase, con las obligaciones de este sobrinillo y sobrina, huérfanos, que no tienen otro padre sino yo ; y pues vuesa merced me desahució anoche que no le había de dar nada, yo me he resuelto á no querer servir tampoco ni hacer este viaje, y así se lo podrá vuesamerced decir al conde mi señor, que yo me he retirado aquí para ver donde me resuelvo á ir á buscar mi vida, y porque S. E. no me meta en algún castillo con alguna cólera ; si gustase el conde que yo le sirva y haga este viaje, déle una compañía á mi hermano, pues la merece y me la ha prometido, que yo saldré al punto y haré lo que verá en este viaje.»

»El secretario se espantó de ver semejante resolución, y me escribió un papel como amigo á que saliese : no lo quise hacer sino con lo referido. Pedíle licencia al conde para mí y para mi hermano y sobrino. Envióme á decir que yo no tenía necesidad de licencia, pues no era su súbdito, por caballero de Malta, por no tener sueldo ni ocupación en aquel reino, que con una fe de sanidad me bastaba.

»Yo le envié á decir que yo no era de los hombres que se iban sin licencia donde habían tenido ocupación ; que si S. E. no me la daba, me estaría allí en el convento hasta que me muriera ó promovieran

á S. E. á mayores cargos. Y así S. E. me hizo la merced de concederme licencia muy honrada para Malta y á mi hermano para España y á mi sobrino para Sicilia, y todas tres me las envió al convento firmadas de su puño.

»Luego estando los navíos de partencia, me enviaron un papel de Palacio, firmado del secretario; pero de otro mayor era, en que mandaba hiciese una relación é instrucción para el modo como se habían de gobernar los bajeles. Hícela delante el que me trujo el papel, que era bien larga y á la postre decía: «Señor, yo no soy ángel, y podría errar; y así se podrá comunicar ese papel con los pilotos, y si mi parecer fuese bueno, se usará del, y si no, no; que ese era el viaje que yo pensaba hacer, á no ser desdicha tener hermanos.»

»Luego traté de poner mi viaje en orden, aunque todo el mundo me decía que me aguardase. Yo procuré tomar consejo, aunque me resolví una noche de ir á ver al secretario Rosales á palacio y lo hice, y estuve con él hablando largo, y diciéndome que no lo había acertado, quedamos en que á otra noche nos habíamos de ver, y no me pareció hacerlo, sino en una faluca que me costó muy buen dinero, embarqué á mi hermano y sobrino á deshora, con la poca ropilla que tenía, y salimos de Nápoles á los 20 de Enero á media noche.

»Olvidábaseme que con mi retirada en aquel convento todo el mundo pensó me había metido fraile, como si yo no lo fuera, y aun se puso en la «Ga-

ceta», y de Malta me escribieron avisaban cómo era capuchino, y no había de espantar lo dijesen en tierras distantes, pues en dos meses que estuve en aquel convento hubo hombre en el propio Nápoles que juró me había visto decir misa, y él no debía saber que yo no sabía latín, ni aun lo entiendo.

»Yo me pasé allí estos dos meses haciendo penitencia con un capón á la mañana y otro á la noche y otros adherentes, y con muy buenos vinos añejos, y oía cuatro misas y vísperas cada día.

»La noche que salí de Nápoles no fué muy buena por el cuidado que traía; pero amanecimos en Bietre, sesenta millas de Nápoles. Pasamos el golfo de Salerno y fuimos á Palanudo, donde no nos dejaron tomar tierra por amor de la sanidad. De allí fuimos á Paula y estuve allí dos días. De allí pasé á Castillón, donde topé una faluca que venía la vuelta de Nápoles. Traía una brava dama española conocida, con la cual cené aquella noche y rogóme que durmiese en su aposento, porque tenía miedo. No quise ser desagradecido y así me acosté en el aposento en otra cama...

»Amaneció y botamos nuestras falucas y cada uno tomó la derrota que le convenía; y aquella noche llegué á Tropia y no hice noche por llegar á Mesina, víspera de Navidad, la cual hicimos en una posada que había harta carne; pero como era víspera de Navidad, todo el mundo se estuvo quedo y más yo que venía harto de espiga. Oímos misa y sali-

mos de Mesina, pero no pudimos pasar de la torre del faro, donde dormimos.

«A otro día varamos y fuimos proejando hasta Melaco y estuvimos aquella noche y un día por ser malo el tiempo. Presentóme el capitán de armas más gallinas y un cabrito, con que se me acrecentó la despensa y hubo sopa doble en la posada, que nunca en estas casas faltan diablos ó diablas.

»Partimos de Malaço, y sin tomar tierra nos los llevamos hasta Termines, donde hay buena posada. Dormimos aquí y partimos para Palermo, que llegamos á medio día, donde hallé infinitos amigos y traté de poner casa, y antes de hacerlo hablé al señor duque de Alcalá, que gobierna este reino. Díjele mi venida aunque S. E. lo sabía todo y supliquéle se me aclarasen los treinta escudos de entretenimiento, que yo tenía en este reino de Su Majestad. Mandó luego que se me aclarasen.

«Mi hermano dió un memorial suplicando á S. E. en consideración de mis servicios, le hiciese merced de que se le diese una patente de capitán para ir á levantar una compañía, por haber pocas en este reino, y para ello yo le daba 500 ducados que es lo que da Su Majestad para estas levas y yo quería ahorrar al Rey esto; salió que informasen los oficios; y el informe fué metelle en una tartana que estaba en este puerto, catalana, cargada de bizcocho para las galeras de este reino é iba á Génova. Dile doscientos escudos en oro y vestidos y paguéle el flete y matalotaje, y echéle mi bendición, diciendo

—Hijo, vete á Flandes y allí serás capitán; tú llevas servicios, galas, dineros, licencia. ¡Dios te guíe! Con lo cual se fué con Dios, y yo me he quedado hasta hoy, 4 de Febrero, que escribo esto. 1633. Si Dios me diere vida y se ofreciere más lo añadiré aquí.

Viaje á Nápoles, á Génova y á España

«Idose mi hermano este año de 33, en dicha tartana, quedé en Palermo y me envió á llamar el señor duque de Alcalá, que era virrey de Sicilia. Subí á velle y preguntóme que qué había tenido con el conde de Monterrey. Díjele que nada y yo traía licencia para Malta. Apretóme con razones; yo nunca le dije nada de lo que me había sucedido en Nápoles. Despedíme de S. E. y bajéme al cuerpo de guardia y comenzáronme los capitanes á desaminar de nuevo qué era lo que había tenido con el conde de Nápoles. Yo les dije que dejasen al conde, que era señor de todos los grandes, siendo chico. No faltó quien se lo fuera á decir al duque de Alcalá, que enojado envió á su secretario me enviase á llamar y venido me dijo sin réplica ninguna: Vuesa merced pague á D. Jerónimo de Castro, y yo le respondí al secretario: Señor, es verdad que me dió doscientos escudos para que le sacase

en Roma un breve facultativo para el maestre de Malta, el cual breve no quiso pasar dicho maestre, y que yo había cumplido con lo que me tocaba. Respondióme el dicho secretario: vuesa merced no tiene que alegar, sino pagallos luego ó le llevarán preso. Respondí á esta resolución: Envíe vuesa merced conmigo á quien los traiga. Envióme con guardia, y trújeles en un saquillo y díjele: Tome vuesa merced; déselos al duque para que haga de ellos lo que quiera porque no den nada á D. Jerónimo de Castro. Con esto me fuí á mi posada considerando lo que hace el mundo. De allí á dos días envió á un ayudante, el cual me dijo que mandaba su excelencia aclarase el entretenimiento que tenía allí. Yo respondí que yo allí no tenía sueldo, que tenía licencia para irme á Malta, del conde de Monterrey; con lo cual fué fuerza valerme del recaudador de la Orden para que hablase al virrey; hízolo, con que me dejó, y dentro de veinte días me vinieron las bulas de Malta, de la encomienda que me había tocado de San Juan de Puente Orbi. Estúveme allí dos meses. En este tiempo vinieron dos galeras de Génova, que trujeron un obispo. Yo le dije al capitán de una dellas que si me quería llevar á Nápoles con condición de no decir que me llevaba, al conde. Ofrecióio, y lo primero que hizo fué decírselo. Ya el conde lo sabía todo lo que había pasado en Sicilia de los coronistas; llamó á su secretario Gaspar de Rosales y díjole que me enviase llamar y procurase rendirme y que me queda-

se en Nápoles. El secretario me envió un papel á la galera, corto y breve, en que me decía: «El conde ha sabido primero que ya vuesa merced viene ahí; véngase á comer conmigo, que tenemos que darnos dos toques.» Yo, visto que era ya forzoso, salí de la galera y vine á Palacio, donde me vi con el secretario y mostré mis bulas, que se quedó espantado y se subió arriba á mostrárselas al conde, el cual dijo: —Desenojadero tiene Contreras; catequizadle ¡por vida nuestra!, de manera que se quede aquí bajo; y comimos y hubo grandes sermones y no hubo remedio de quedarme. Las dos galeras ya salían á Gaeta, donde estaban otras aguardando para ir á Génova. Dióme el secretario un pliego del conde para que diese en mano propia á la marquesa de Charela. Hícelo y habiendo tirado el tiro de leva, me envió el gobernador de Gaeta el bergantín armado para que fuese á Nápoles, que toda mi ropa estaba debajo de todo, que no se podía sacar, é iba cargado ya, que es lo que me valió. Hicimos el viaje á Génova con bien, donde llegamos; á dos días llegó el infante cardenal que esté en gloria. Hizo su entrada galantemente, y de allí se fué á Milán y yo á la vuelta de España, en las galeras que vino el infante. Llegué á Barcelona en breve tiempo y de allí á Madrid, donde me alojé en casa del secretario Juan Ruiz de Contreras, padre de don Fernando, el que hoy está en la altura. Regalóme mucho en su casa y comencé á tratar de pretensiones. Lo primero fué ir á tomar posesión de la en-

comienda. Volvíme á Madrid y topé con mi hermano, que estaba pretendiendo, pidiendo le diesen su sueldo donde había sido reformado por el oficio de Flandes, y habiéndose visto en el Consejo, se le dieron 20 escudos de entretenimiento y carta para que se le diese una compañía por el oficio del secretario Rojas, el cual despachó un billete al secretario Pedro de Arce, dándole cuenta de aquella merced, el cual recurrió y lo detuvo muchos días haciendo *enoscientes* á los Consejeros de Estado, que yo había sido capitán de caballos de tramoya y que él no había de hacer aquel despacho. Esto lo supe al cabo de algunos días. Como no se despachaba el despacho de mi hermano, fuíme al marqués de Santa Cruz, del Consejo de Estado, y apretéle sobre la materia, con que me dijo: ¡ Si Pedro de Arce dice que vuesa merced fué capitán de caballos de tramoya ! Con lo cual volví las espaldas sin decirle nada al marqués y fuíme á mi casa, y sin comer bocado saqué la patente de capitán de caballos de corazas y otra de cabo tropa de quinientos, y mi reformación y licencia, y apreté los pies y volví á casa del marqués de Santa Cruz.

»Hiciéronme entrar y díjele: Suplico á V. E. me oiga: más ha de veinte años que en el Postigo de San Martín me llamó una dama anochecido; subí arriba y estuvimos parlando un rato, á lo cual llamaron á la puerta; la señora dama dijo que me escondiese; que luego se iría Pedro de Arce que era el que venía. Dije que no me había de esconder por

ningún caso; que le abriera. Afligida la señora mandó que le abriesen; subió el señor Pedro de Arce con su estoque y su broquel, verde como una lechuga; entonces era oficial de la guerra. Así como me vió me preguntó que qué hacía aquí. Yo le respondí; esta señora me estaba preguntando por una amiga suya; y sin acabar la razón enderezó su broquel.

«Yo estaba sobre la mía y fuí presto, que le dí en él una estocada, que broquel, él y el estoque rodaron por la escalera, dando voces que era muerto, sin estar herido. Bajé con la bulla yo también y fuime con Dios y á él le llevaron á su casa medio muerto de la caída, con que siempre ha tenido conmigo ojeriza todo este tiempo. Ahora vea V. E. esta patente, licencia y reformación con que echará de ver que lo que ha contado no es verdad y que fuí capitán de corazas siete meses y tres días.»

* * *

Aquí termina la relación que Alonso de Contreras nos ha dejado de su vida. El académico señor Serrano y Sanz, bajo cuyos cuidados se hizo la edición para bibliófilos del manuscrito de Contreras, refiere que en el archivo parroquial de San Sebastián, de Madrid, existen las partidas de defunción de dos que llevan el mismo nombre y apellidos; el

uno, casado con Ana de Urosa, falleció el 29 de Junio de 1637, y el otro, cuya mujer era María de la Cuadra, á 29 de Diciembre de 1653. Ambos fueron enterrados de limosna. El Sr. Serrano y Sanz, autor de estas investigaciones, se inclina á creer que ninguno de ellos es el capitán Contreras, «aunque en absoluto—dice—no negaremos que pudiera dar semejante vuelta, y más en aquellos tiempos, la rueda de la fortuna».

Para nosotros, la fecha y el lugar de la muerte de Alonso de Contreras, son cuestiones de orden secundario. Nos interesa su carácter, su temperamento, su espíritu, sus ideas, y todo eso vive y palpita en la narración de sus hechos. En cualquier momento que le sorprendamos, Contreras se nos muestra valeroso, disciplinado, creyente, y con aquel desarrollado sentimiento del honor, que es la cualidad primordial de todas las castas españolas en la época de nuestro predominio. El orgullo con que levanta sus banderas nos habla de su patriotismo; la rapidez con que desenvaina su espada, sin contar el número de los enemigos, revela la fortaleza de su corazón; la sencilla unción con que pide la bendición á su madre, pregona las profundas raices de su amor filial y de su fe. Y va por el mundo derrochando tesoros de energía en acciones y proezas, cada una de las cuales debió ser un blasón para su escudo. Una ligera confesión de sus culpas, un simple acto de contrición, y ya la muerte le hallaba dispuesto para la partida.

Alonso de Contreras es un espíritu diáfano, transparente, y hasta sus contradicciones nos son familiares. Por eso queremos dejar que el lector sondee las turbaciones de aquella alma, cada día ansiosa de mayores glorias. Y en estos momentos de resurgimiento nacional, que son también por una extraña y desconcertante paradoja angustiosos é inciertos, el estudio de estas almas fuertes y viriles tonificará como un baño de sol nuestra anemia espiritual.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca

Alvar Núñez Cabeza de Vaca nació en Jerez de la Frontera en los primeros años del siglo XVI. Ni en los *Naufragios*, libro escrito por él mismo y dedicado al Emperador Carlos V; ni en los *Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Adelantado y Gobernador de la provincia del Río de la Plata*, suscritos por Pero Hernández, escribano y secretario de la provincia, y dirigidos al muy alto y muy poderoso señor el Infante Don Carlos; en ninguno de estos libros, repetimos, consta la fecha exacta de su nacimiento. Sábese únicamente que sus padres fueron Don Pedro de Vera, «el que ganó á Canaria», según declara el propio Alvar Núñez en sus *Naufragios*, y Doña Teresa Cabeza de Vaca.

Hay motivos para suponer que Alvar Núñez naciera en los últimos años del siglo XV, ó quizá más fijamente, en los primeros del siglo XVI, porque el día 27 de Junio del año 1527, partió Alvar

Núñez del puerto de Santúcar de Barrameda formando parte de la expedición mandada por el gobernador Don Pánfilo de Narváez, el cual iba—dice en los Naufragios—con poder y mandado de Su Majestad para conquistar y gobernar las provincias que están desde el río de Las Palmas hasta el cabo de la Florida.

En esta expedición iba Cabeza de Vaca desempeñando los cargos de tesorero y alguacil mayor. En ella empezó sus servicios al Rey; es, pues, de suponer que tuviese, al emprender la marcha, de veintisiete á treinta años de edad.

* * *

No era Alvar Núñez uno de esos capitanes impetuosos y fieros, bravos y bufarrones, jugadores y mujeriegos que tanto abundaban en los tercios de Flandes, tampoco fue uno de esos conquistadores ambiciosos de nombre y de riquezas que no vacilaban en sacrificar las vidas de sus gentes si habían obtenido un buen botín. Cabeza de Vaca era un hombre cauto, de un valor frío, sereno, calculador; de una voluntad de hierro y de un austero espíritu de justicia.

Su energía no tenía límites, como no los tenía su prudencia. Miró muchas veces frente á frente á la muerte, y si no tuvo para ella un gesto altivo,

conservó siempre en sus labios una sonrisa serena. El pasó por las mayores amarguras, por los trances más trágicos, por los suplicios más atroces y salió de ellos con la fe puesta en Dios y con la ayuda de su pasmosa serenidad. En las infinitas ocasiones que vió á la muerte aletear sobre su cabeza, Alvar Núñez más parecía tener alma de santo que de aventurero. No solía buscar temerario el peligro; pero tampoco lo huyó jamás. Y cuando Dios, en sus altos designios, privó á nuestro héroe de sus vestiduras y de sus armas, le puso en los labios una oración, y con ella Alvar Núñez recorrió en cueros muchas tierras de indios, en las cuales sus hazañas más fueron de misionero que de capitán; hasta tal punto, que los salvajes llamaban á Cabeza de Vaca «el hombre que ha venido del cielo».

* * *

Diez años anduvo Cabeza de Vaca por tierras de América. Aquella desdichada expedición que al mando de Don Pánfilo de Narváez salió de Sanlúcar de Barrameda—compuesta de cinco navíos tripulados por 600 hombres—fué juguete de las olas y de los vendavales desde sus comienzos; varias veces el Gobernador repuso su escuadra, gente y bastimentos, pero otras tantas los inquietos mares de las costas americanas dieron al traste con las reorganizaciones de Don Pánfilo.

Las turbulentas aguas de Santo Domingo, Santiago y La Trinidad, fueron la tumba de un puñado de españoles que fueron allí con la fe puesta en Dios, enarbolando la bandera de Carlos V.

Alvar Núñez fué uno de los que se salvaron. Apenas tocaron tierra, que fué el día de Jueves Santo, hubo Cabeza de Vaca de mostrar su carácter cauto y prudente, y al mismo tiempo su valor sereno, ante el gobernador.

Fué en un pueblo de indios, donde los navegantes hallaron «muchas cajas de mercaderes de Castilla, y en cada una de ellas estaba un cuerpo de hombre muerto, y los cuerpos cubiertos con unos cueros de venados pintados. Al comisario le pareció que esto era especie de idolatría y quemó las cajas con los cuerpos».

«El día primero de Mayo—escribe Alvar Núñez en su alegato al Rey—, el gobernador llamó aparte al comisario y al contador y al veedor y á mí y á un marinero que se llamaba Bartolomé Fernández, y á un escribano que se decía Jerónimo de Alaniz, y allí juntos que tenía en voluntad de entrar por la tierra adentro, y que los navíos se fuesen costeando hasta que llegasen al puerto, que los pilotos decían y creían que yendo la ría de Las Palmas estaba muy cerca de allí; y sobre todo nos rogó le diésemos nuestro parecer. Yo respondía que me parecía que por ninguna manera debía dejar los navíos sin que primero quedasen en puerto seguro y poblado, y que mirase que los pilotos no andaban

ciertos ni se afirmaban en una misma cosa ni sabían hacia qué parte estaban, y que además de esto los caballos no estaban para que en ninguna necesidad que se ofreciese nos pudiésemos aprovechar de ellos, y que sobre todo esto íbamos muchos y sin lengua por donde mal nos podíamos entender con los indios ni saber lo que de la tierra queríamos; y que entrábamos por tierra de la que ninguna relación teníamos ni sabíamos de qué suerte era, ni lo que en ella había, ni de qué gente estaba poblada, ni á qué parte de ella estábamos, y que sobre todo no teníamos bastimentos (1) para entrar adonde no sabíamos. Porque, visto lo que en los navíos había, no se podía dar á cada hombre de ración para entrar por la tierra más de una libra de bizcocho y otra de tocino: y que mi parecer era que se debía embarcar y ir á buscar puerto y tierra que fuese mejor para poblar, pues lo que habíamos visto en sí era tan despoblado y tan pobre, cuanto nunca en aquellas partes se había hallado. Al comisario le pareció todo lo contrario, diciendo que no se había de embarcar, sino que yendo siempre hacia la costa fuesen en busca del puerto, pues los pilotos decían que no estaría sino diez ó quince leguas de allí la vía de Panuco, y no era posible, yendo siempre á la costa, que no topásemos con él, porque decían que entraba doce leguas adentro por la tierra, y que los primeros que lo hallasen esperasen allí á los

(1) Provisiones.

otros, y que embarcarse era tentar á Dios, pues desde que partimos de Castilla tantos trabajos habíamos pasado, tantas tormentas, tantas pérdidas de navíos y de gente habíamos tenido hasta llegar allí, y que por estas razones él se debía ir por luengo de costa hasta llegar al puerto, y que los otros navíos con la otra gente se irían la misma vía hasta llegar al mismo puerto. A todos los que allí estaban pareció bien que esto se hiciese así, salvo al escribano, que dijo que primero que desamparase los navíos los debía de dejar en puerto conocido y seguro, y en parte que fuese poblada, y que esto hecho podría entrar por la tierra adentro y hacer lo que le pareciese. El gobernador siguió su parecer y lo que los otros le aconsejaban. Yo, vista su determinación, requeríle de parte de Vuestra Majestad que no dejase los navíos sin que quedasen en puerto y seguros, y así lo pedí por testimonio al escribano que allí teníamos. El respondió que pues él se conformaba con el parecer de los más de los otros oficiales y comisario, que yo no era parte para hacerle estos requerimientos; y pidió al escribano le diese por testimonio, como por no haber en aquella tierra mantenimientos para poder poblar, ni puerto para los navíos, levantaba el pueblo que allí había asentado y iba con él en busca del puerto y de tierra que fuera mejor. Y luego mandó apercibir la gente que había de ir con él, que se proveyesen de lo que era menester para la jornada. Y después de esto, en presencia de los que allí estaban me dijo: Que

pues yo tanto estorbaba y temía la entrada por la tierra, que me quedase y tomase cargo de los navíos y de la gente que en ellos quedaba y poblase yo si yo llegare primero que él. Yo me excusé de esto. Y después de salidos de allí aquella misma tarde, diciendo que no le parecía que de nadie se podía fiar aquello, me envió á decir que me rogaba que tomase cargo de ello. Y viendo que, importunándome tanto, yo todavía me excusaba, me preguntó qué era la causa por que había de aceptarlo. A lo cual respondí que yo tenía por cierto y sabía que él no había de ver más los navíos ni los navíos á él; y que esto entendía viendo que tan sin aparejo se entraban por la tierra adentro; y que yo quería más aventurarme al peligro que él y los otros se aventuraran y pasar por lo que él y ellos pasasen, que no encargarme de los navíos y dar ocasión á que se dijese que, como había contradicho la entrada por tierra, me quedaba por temor y mi honra anduviese en disputa; y que yo quería más aventurar la vida que poner mi honra en esta condición. El, viendo que conmigo no aprovechaba, rogó á otros muchos que me hablasen de ello y me lo rogasen; á los cuales respondí lo mismo que á él: y así, proveyó por mi teniente para que quedase en los navíos á un alcalde que traía que se llamaba Caravallo.»

Tal era Cabeza de Vaca. Convencido de que él y su gente iban á correr un peligro inútil, discutía este convencimiento suyo con el comisario, con el gobernador y hasta con el mismo Rey, si hubiera

sido necesario; pero cuando él veía que alguien, sin conocerle, sospechaba de que se oponía por miedo, entonces reclamaba y obtenía el puesto de mayor peligro y lo ocupaba estoicamente, á sabiendas de que iba á una catástrofe y tal vez á una muerte inútil.

Sacra, Cesárea, Católica Majestad

¿Fué esta primera diferencia de criterio entre Alvar Núñez y D. Pánfilo de Narváez, la que indujo al primero á escribir sus *Naufragios* y dedicárselos al Rey Carlos V en un prohemio tan cortés y respetuoso como viril, tan lleno de sincero afecto como sobrio en razonamientos y falto de palabras aduladoras?

Motivos hay para creer que sí. En primer lugar, en un prohemio—que lleva el sencillo título que encabeza estas líneas—, dice Cabeza de Vaca la verdad lisa y llana, como no suele ser frecuente que se les diga á los Reyes. Alvar Núñez confiesa el fracaso de la expedición, sin que por un momento aparezca la hiel en los puntos de su pluma. Habla de sus sufrimientos en tan sencillos términos, que se ve en ellos el deseo de no dar ninguna importancia á lo que él padeció. Convencido como estaba de que otra hubiera sido la suerte de la expedición de haber seguido sus consejos, no culpa á nadie de sus

desdichas, ni habla una sola vez de aquel gobernador con quien él tantas veces se mostró disconforme; pero sí hace constar que ni su consejo ni su influencia fueran atendidos; no tiene interés en demostrar que se jugó la vida muchas veces, sólo, en cueros, en tierra desconocida y rodeado de indios cuya lengua y costumbres ignoraba; pero sí lo tiene en hacer ver que el fracaso de la expedición no fué culpa suya.

Dice así el prohemio de Alvar Núñez en los *Naufragios*:

«Entre cuantos príncipes sabemos haya habido en el mundo, ninguno pienso se podría hallar á quien con tanta verdadera voluntad, con tan gran diligencia y deseo, hayan procurado los hombres servir, como vemos que á Vuestra Majestad hacen hoy. Bien claro se podrá aquí conocer que esto no será sin gran causa y razón; ni son tan ciegos los hombres que á ciegas y sin fundamento todos siguiesen este camino, pues vemos que no sólo los naturales á quien la fe y sujeción obliga á hacer esto, más aun los extraños, trabajan para hacerles ventaja. Mas ya que el deseo y voluntad de servir, á todos en esto haga conformes, además de la ventaja que cada uno puede hacer, hay una muy gran diferencia no causada por culpa de ellos, si no solamente de la fortuna, ó más cierto, sin culpa de nadie, mas por la sola voluntad y juicio de Dios. Donde nace que uno salga con más señalados servicios que pensó y á otro le suceda todo al revés, que no pueda mostrar

de su propósito más testigo que su diligencia; y aun ésta queda á las veces tan encubierta, que no puede volver por sí. De mí puedo decir, que la jornada que por mandato de Vuestra Majestad hice de tierra firme, bien pensé que mis obras y servicios fueran tan claros y manifiestos como fueron los de mis antepasados, y que no tuviera yo necesidad de hablar para ser contado entre los que con entereza y gran cuidado administran y tratan los cargos de Vuestra Majestad, y les hacen merced. Mas como ni mi consejo ni diligencia aprovecharon para aquello á que éramos idos fuese ganado conforme al servicio de Vuestra Majestad, y por nuestros pecados permitiese Dios que de cuantas armadas á aquellas tierras han ido ninguna se viese en tan grandes peligros ni tuviese tan miserable y desastrado fin, no me quedó lugar para hacer más servicio de este, que es traer á Vuestra Majestad relación de lo que en diez años que por muchas y muy extrañas tierras que anduve perdido y en cueros, pudiese saber y ver, así en el sitio de las tierras y provincias y distancias de ellas, como en los mantenimientos y animales que en ellas se crían y las diversas costumbres de muchas y muy bárbaras naciones con quien conversé y viví, y todas las otras particularidades que pude alcanzar y conocer, que de ello en alguna manera Vuestra Majestad será servido: porque aunque la esperanza que de salir de entre ellos tuve siempre fué muy poca, el cuidado y diligencia siempre fué muy grande de tener particular memoria de todo, para que

si en algún tiempo Dios Nuestro Señor quisiese traerme á donde agora estoy, pudiese dar testigo de mi voluntad y servir á Vuestra Majestad. Como la relación de ello es aviso, á mi parecer no liviano, para los que en su nombre fueren á conquistar aquellas tierras, y juntamente traerlos á conocimiento de la verdadera fe y verdadero Señor y servicio de Vuestra Majestad. Lo cual yo escribí con tal certidumbre, que aunque en ella se lean algunas cosas muy nuevas, y para algunos muy difíciles de creer, pueden, sin duda creerlas; y creer por muy cierto que antes soy en todo más corto que largo; y bastará para esto haberlo yo ofrecido á Vuestra Majestad por tal. A la cual suplico la reciba en nombre de servicio; pues éste sólo es el que un hombre que salió desnudo, pudo sacar consigo.

Tierra adentro

El mismo día que Alvar Núñez Cabeza de Vaca se opuso á los proyectos de D. Pánfilo de Narváez—que era por cierto sábado primero de Mayo—, se internó tierra adentro la expedición, compuesta de trescientos hombres, entre los cuales iban, además de los oficiales—incluso Alvar Núñez que no consintió en quedarse con los navíos—, dos frailes llamados fray Juan Suárez y fray Juan de Palos y

tres clérigos más. La gente de á caballo, al mando de Alvar Núñez, sumaban cuarenta.

Había sido aprovisionado el pequeño ejército con dos libras de bizcocho y media de tocino por cabeza; con tales provisiones anduvieron durante quince días, sin encontrar otra cosa que comer que palmitos, planta al estilo de las de Andalucía, que, como es sabido, tiene un tallo blanco y comestible.

Para dar una idea de las fatigas que pasaron aquellos valientes, sólo diremos que para atravesar un río á nado y en balsas emplearon un día entero; tal era la gran corriente que llevaba.

En la orilla opuesta de ese río—que no dice Alvar Núñez cuál es—, tuvieron nuestros compatriotas su primer encuentro con los indios; tras breve lucha, hicieron prisioneros á cinco ó seis al objeto de utilizarles como guías; llevaron estos indios á sus propias casas á los españoles y en ellas encontraron gran cantidad de maíz que estaba ya en sazón. Los indios les encaminaron á Apalache, diciendo por señas á los conquistadores, que aquel era un pueblo muy rico y que en él encontrarían mucho maíz y mucho oro. Y tras muchas penalidades y fatigas, sufriendo hambre, sed y cansancio, haciéndoseles llagas en las espaldas de soportar el peso de las armas, llegó á Apalache aquel puñado de héroes, y, al mismo tiempo que, rodilla en tierra, daban gracias á Dios, clavaban en aquella tierra desconocida los gloriosos pendones de Carlos V...

Cabeza de Vaca cuenta la entrada de los espa-

ñoles en Apalache y describe aquellas tierras de la siguiente forma :

«Llegados que fuimos á la villa de Apalache, el gobernador mandó que yo tomase nueve de á caballo y cincuenta peones, y entrara en el pueblo, y así lo hicimos el veedor y yo ; y entrados que fuimos, no hallamos sino á mujeres y muchachos, que los hombres á la sazón no estaban en el pueblo : mas de ahí á poco, andando nosotros por él, acudieron y comenzaron á pelear, flechándonos, y mataron el caballo del veedor, mas al fin, huyeron y nos dejaron. Allí había mucha cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y mucho seco que tenían encerrado. Hallámosles muchos cueros de venados, y entre ellos, algunas mantas de hilo pequeñas y no buenas, con que las mujeres cubren algo de sus personas. Tenían muchos vasos para moler maíz. En el pueblo había cuarenta casas pequeñas y edificadas bajas y en lugares abrigados por temor de las grandes tempestades que continuamente en aquellas tierras suele haber. El edificio es de paja y están cercados de muy espeso monte y grandes arboledas y muchos piélagos de aguas, donde hay tantos y tan grandes árboles caídos que embarazan y son causa de que no se pueda por allí andar sin mucho trabajo y peligro.»

«La tierra por la mayor parte desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache, es llana ; el suelo de arena y tierra firme ; por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros don-

de hay nogales y laureles y otros que se llaman liquidambares, cedros, favinas y encinas y pinos y robles y palmitos bajos á la manera de los de Castilla. Por toda ella hay muchas lagunas grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caídos. El suelo de ellas es arena; y las que en la comarca de Apalache hallamos son muy mayores de las de hasta allí. Hay en esta provincia muchos maizales; y las casas están tan esparcidas por el campo de la manera que están las de los Zelúes. Los animales que en ellas vimos son venados de tres maneras, conejos y liebres, osos y leones y otras salvajinas; entre los cuales vimos *un animal que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los trae allí hasta que saben buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido á todos en su bolsa* (1).

Por allí la tierra es muy fría, tiene muy buenos pastos para ganados; hay aves de muchas maneras, ansares en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dozales y garzotas y garzas, perdices; vimos muchos alcones, neblis, gavilanes, esmerejones y otras muchas. Dos horas después que llegamos á Apalache, los indios que de allí habían huído vinieron á nosotros de paz, pidiéndonos á sus mujeres é hijos; y

(1) Alvar Nuñez se refiere al Kanguro.

nosotros se los dimos, salvo que el gobernador detuvo un cacique (1) de ellos consigo, que fué causa por donde ellos fueron escandalizados; y luego otro día volvieron de guerra y con tanto denuedo y presteza nos acometieron, que llegaron á nos poner fuego á las casas en que estábamos; mas como salimos huyeron y acogiéronse á las lagunas que tenían muy cerca, y por esto, y por los grandes maizales que había no los pudimos hacer daño, salvo á uno que matamos. Otro día siguiente, otros indios de otro pueblo que estaba de la otra parte vinieron á nosotros y acometiéronnos de la mesma arte que los primeros y de la mesma manera se escaparon y también murió uno de ellos. Estuvimos en este pueblo veintiocho días, en que hicimos tres entradas por la tierra y hallámosla muy pobre de gente y muy mala de andar por los malos pasos y montes y lagunas que tenía. Preguntamos al Cacique que les habíamos detenido y á los otros indios que traíamos con nosotros, que eran vecinos y enemigos de ellos, por la manera y población de la tierra y la calidad de la gente y por los bastimentos y todas las otras cosas de ella. Respondieron cada uno por sí que el mayor pueblo de toda aquella tierra era aquel de Apalache y que adelante había menos gente y muy más pobre que ellos y que la tierra era mal poblada y los moradores de ella muy repartidos y que yendo adelante ha-

(1) Sabido es que el Cacique es el jefe de ciertas tribus de indios.

bía grandes lagunas y espesura de montes y grandes desiertos y despoblados. Preguntámosles luego por la tierra que estaba hacia el Sur, qué pueblos y qué mantenimientos tenían; dijeron que por aquella vía, yendo á la mar, nueve jornadas, había un pueblo que llamaban Ante y los indios de él tenían mucho maíz y que tenían frisoles y calabazas y que por estar tan cerca de la mar alcanzaban pescados y que estos eran amigos suyos. Nosotros, vista la pobreza de la tierra y las malas nuevas que de la población y de todo lo demás nos daban, y como los indios nos hacían continua guerra, hiriéndonos la gente y los caballos en los lugares donde íbamos á tomar agua, y esto desde las lagunas, y tan á su salvo, que no los podíamos ofender, acordamos partir de allí y ir á buscar la mar y aquel pueblo de Ante que nos habían dicho, y así nos partimos, y al cabo de veinticinco días habíamos llegado.»

De cómo hicieron barcas los españoles

Tras no pocos trabajos y combates—en uno de los cuales fué herido de flecha Alvar Núñez—llegó la expedición á Ante. En nueve días hicieron el camino. Pero cuando la expedición llegó, los indios, que sin duda habían tenido noticia de ello, habían

abandonado el pueblo y quemado las casas, dejando, sin embargo mucho maíz y calabazas y frisoles en sazón, que sirvieron no poco á los cristianos.

Descansaron allí dos días, al cabo de los cuales el gobernador mandó á Cabeza de Vaca que, al frente de siete caballos y cincuenta peones, fuese á descubrir el mar, que según los indios estaba muy cerca. Después de una dura jornada, Alvar Núñez descubrió un ancón ó entrada del mar; cuando la pequeña expedición volvió á Ante á comunicar su descubrimiento al gobernador, éste y muchos de sus hombres se hallaban enfermos, al parecer todos con la misma enfermedad. No obstante esto, los españoles se pusieron en marcha al día siguiente y corrieron los riesgos y aventuras que, con una sobriedad admirable, nos cuenta el mismo Cabeza de Vaca en el capítulo octavo de sus *Naufragios*. Dice así:

«Al otro día siguiente partimos de Ante y caminamos todo el día hasta llegar donde había yo estado. Fué el camino en extremo trabajoso, pc que ni los caballos bastaban á llevar los enfermos, ni sabíamos qué remedio poner, porque cada día adolecían más, que fué cosa de gran lástima y dolor ver la necesidad y trabajo en que estábamos. Llegados que fuimos, visto el poco remedio que para ir adelante había, porque no había dónde, ni aunque lo hubiera la gente pudiera pasar adelante, por estar los más enfermos y tales que pocos había de quien se pudiese haber algún provecho. Dejo aquí de con-

tar esto más largo, porque cada uno puede pensar lo que se pasaría en tierra tan extraña y tan mala y tan sin ningún remedio de ninguna cosa, ni para estar ni para salir de ella ; mas como el más cierto remedio sea Dios Nuestro Señor y de éste nunca desconfiamos. Sucedió otra cosa que agravaba más que todo esto, que entre la gente de á caballo se comenzó la mayor parte de ellos á ir secretamente, pensando hallar ellos por sí remedio y desamparar al gobernador y á los enfermos, los cuales estaban sin algunas fuerzas y poder. Mas como entre ellos había muchos hijosdalgo y hombres de buena suerte, no quisieron que esto pasase sin dar parte al gobernador y á los oficiales de Vuestra Majestad, y como les afeamos su propósito y les pusimos delante el tiempo en que desamparaban á su capitán y los que estaban enfermos y sin poder, y apartarse sobre todo del servicio de Vuestra Majestad, acordaron de quedar, y que lo que fuese de uno fuese de todos, sin que ninguno desamparase á otro. Visto esto por el gobernador los llamó á todos y á cada uno por sí pidiendo parecer de tan mala tierra para salir de ella y buscar algún remedio, pues allí no lo había, estando la tercia parte de la gente con gran enfermedad y creciendo esta cada hora, que teníamos por cierto todos lo estaríamos allí ; de donde no se podía seguir si no la muerte, que por ser en tal parte se nos hacía más grave. Y vistos estos y muchos otros inconvenientes y tentados muchos remedios, acordamos en uno (harto difícil) de poner en obra, que era hacer na-

víos en que nos fuésemos. A todos parecía imposible, por que nosotros no los sabíamos hacer, ni había herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez, ni jarcias; finalmente, sin cosa ninguna de tantas como son menester, ni quien supiese nada para dar industria en ello; y sobre todo, no haber qué comer entre tanto que se hiciesen, y los que habían de trabajar del arte que habíamos dicho. Y considerando todo esto, acordamos de pensar en ello muy despacio, y cesó la plática aquel día. Otro día quiso Dios que uno de la compañía vino diciendo que él haría unos cañones de palo y con unos cueros de venado se harían unos fuelles; y como estábamos en tiempo que cualquiera cosa que tuviese alguna salvedad de remedio nos parecía bien, dijimos que se pusiese por obra; y acordamos de hacer de los estribos y espuelas y ballestas y de las otras cosas de hierro que había los clavos y sierras y hachas y otras herramientas de que tanta necesidad habría para ello; y dimos por remedio que para haber algún mantenimiento en el tiempo que esto se hiciese, se hiciesen cuatro entradas en Ante con todos los caballos y gente que pudiesen ir y que á tercero día se matase un caballo, el cual se repartiese entre los que trabajaban en la obra de las barcas y los que estaban enfermos; las entradas se hicieron con la gente y caballos que fué posible, y en ellas se trajeron hasta cuatrocientas fanegas de maíz, aunque no sin contiendas y pendencias con los indios. Hicimos coger muchos palmitos para apro-

vecharnos de la lana y cobertura de ellos, torciéndola y aderezándola para usar en lugar de estopa para las barcas, las cuales se comenzaron á hacer con un solo carpintero que en la compañía había; y tanta diligencia pusimos, que comenzándolas á cuatro días de Agosto, á veinte días de Septiembre eran acabadas cinco barcas de á veintidós codos cada una, calafateadas con las estopas de los palmitos; y breámoslas con cierta pez ó alquitrán que hizo un griego llamado D. Theodoro de unos pinos; y de la misma ropa de los palmitos y de las colas y crines de los caballos hicimos cuerdas y jarcias; y de las nuestras camisas, velas; y de las jabalinas que allí había hicimos los remos que nos pareció que eran menester. Y tal era la tierra en que nuestros pecados nos habían puesto, que con muy gran trabajo podíamos hallar piedras para lastre y anclas de las barcas, ni en toda ella habíamos visto ninguna. Desollamos también las piernas de los caballos enteras y curtimos los cueros de ellas para hacer botas en que llevásemos agua. En este tiempo, algunos andaban cogiendo marisco por los rincones y entradas de la mar, en que los indios, en dos veces que dieron en ellos, nos mataron diez hombres á vista del real, sin que los pudiésemos socorrer; los cuales hallamos de parte á parte pasados con flechas, que aunque algunos tenían buenas armas, no bastaron á resistir para que esto no se hiciese, por flechar los indios con tanta destreza y fuerza. Y á dicho y juramento de nuestros pilotos, desde la boya que pu-

simos nombre de la Cruz hasta aquí, anduvimos doscientas ochenta leguas, poco más ó menos; en toda esta tierra, ni vimos tierra ni tuvimos noticia de ella en ninguna manera; y antes que nos embarcásemos, sin que los indios nos mataran, se murieron más de cuarenta hombres de enfermedad y de hambre.»

«A veintidós días del mes de Septiembre se acabaron de comer los caballos, que sólo uno quedó; y este día nos embarcamos por este orden: en la barca del gobernador iban cuarenta y nueve hombres; en otra que dió al contador y comisario, iban otros tantos; la tercera dió al capitán Alonso del Castillo y á Andrés Dozantes, con cuarenta y ocho hombres; y otra dió á dos capitanes que se llamaban Téllez y Peñalosa, con cuarenta y siete hombres; la otra dió al veedor y á mí con cuarenta y nueve hombres. Y después de embarcados los bastimentos y ropa, no quedó á las barcas más de un jeme de bordo fuera del agua; y además de esto, íbamos tan apretados que no nos podíamos menear; y tanto puede la necesidad, que nos hizo aventurar á ir de esta manera y meternos en una mar tan trabajosa y sin tener noticia del arte del marear ninguno de los que allí iban.»

A la buena de Dios

«Aquella bahía de donde partimos—continúa Cabeza de Vaca—ha por nombre la bahía de caballos. Y anduvimos siete días por aquellos ancones entrados en el agua hasta la cinta, sin señal de ver ninguna cosa de costa. Y al cabo de ellos llegamos á una isla que estaba cerca de la tierra. Mi barca iba delante y desde ella vimos venir cinco canoas de indios, los cuales las desampararon y nos las dejaron en las manos, viendo que íbamos á ellas; las otras barcas pasaron adelante y dieron en unas casas de la misma isla, donde hallaron muchas lizas y huevos de ellas que estaban secas, que fué muy grande remedio para la necesidad que llevábamos. Después de tomadas pasamos adelante y dos leguas de allí pasamos un estrecho que la isla con la tierra hacía; al cual llamamos de San Miguel, por haber salido en su día por él; y salidos, llegamos á la costa, donde con las cinco canoas que yo había tomado á los indios, remediamos algo de las barcas, haciendo falcas de ellas y añadiéndolas, de manera que subieron dos palmos de bordo sobre el agua. Y con esto tornamos á caminar por luengo de costa la vía del río de Las Palmas, creciendo cada día la sed y la hambre, porque los bastimentos eran muy pocos y iban muy al cabo y el agua se nos acabó, porque las bo-

tas que hicimos de las piernas de los caballos luego fueron podridas y sin ningún provecho; algunas veces entramos por ancones y bahías que entraban mucho por la tierra adentro; todas las hallamos bajas y peligrosas. Y así anduvimos por ellas treinta días, donde algunas veces hallamos indios pescadores, gente pobre y miserable. Al cabo ya de estos treinta días, que la necesidad del agua era en extremo, yendo cerca de costa una noche, sentimos venir una canoa; y como la vimos esperamos que llegase y ella no quiso hacer cara; y aunque la llamamos, no quiso volver ni aguardarnos, y por ser de noche no la seguimos y fuimos nuestra vía: cuando amaneció vimos una isla pequeña y fuimos á ella por ver si hallaríamos agua, mas nuestro trabajo fué en balde, porque no la había. Estando allí surtos, nos tomó una tormenta muy grande que nos tuvo seis días sin que osásemos salir á la mar; y como hacía cinco días que no bebíamos, la sed fué tanta, que nos puso en necesidad de beber agua salada; y algunos se desatentaron tanto en ello, que súpitamente se nos murieron cinco hombres. Cuento esto así, brevemente, porque no creo que hay necesidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos; pues considerando el lugar donde estábamos y la poca esperanza de remedio que teníamos, cada uno puede pensar mucho de lo que allí pasaría. Y como vimos que la sed crecía y el agua nos mataba, aunque la tormenta no era cesada, acordamos de encomendarnos á Dios Nuestro Señor y aventurarnos antes al

peligro de la mar que esperar la certidumbre de la muerte que la sed nos daba; y así salimos la vía donde habíamos visto la canoa la noche que por allí veníamos. Y en este día nos vimos muchas veces anegados y tan perdidos que ninguno hubo que no tuviese por cierta la muerte. Plugo á Nuestro Señor, que en las mayores necesidades suele mostrar su favor, que á puesta del sol volvimos una punta que la tierra hace, donde hallamos mucha bonanza y abrigo. Salieron á nosotros muchas canoas, y los indios que en ellas venían nos hablaron, y sin querernos aguardar se volvieron. Nosotros les fuimos siguiendo hasta sus casas, que estaban cerca de allí á la lengua del agua, y saltamos en tierra; y delante de las casas hallamos muchos cántaros de agua y mucha cantidad de pescado guisado; y el señor de aquellas tierras ofreció todo aquello al gobernador y tomándolo consigo lo llevó á su casa. Las casas de estos eran de esteras, que á lo que pareció eran estantes, y después que entramos en casa del cacique nos dió mucho pescado, y nosotros le dimos del maíz que traíamos, y lo comieron en nuestra presencia y nos pidieron más y se lo dimos; y el gobernador les dió muchos rescates. Estando con el Cacique en su casa, á media hora de la noche, súpitamente los indios dieron en nosotros y en los que estaban muy malos echados en la costa, y acometieron también la casa del Cacique, donde el gobernador estaba, y lo hirieron de una piedra en el rostro. Los que allí se hallaron prendieron al Cacique,

mas como los suyos estaban tan cerca, soltóseles y dejóles en las manos una manta de martas zebelinas, que son las mejores que creo yo que en el mundo se podrían hallar, y tienen un olor que no parece sino de ámbar y almizcle, y alcanza tan lejos, que de mucha cantidad se siente; otras vimos allí, mas ningunas eran tales como éstas. Los que allí se hallaron, viendo al gobernador herido, lo metimos en la barca y hicimos que con él se recogiese toda la más gente á sus barcos, y quedamos hasta cincuenta en tierra, para ir contra los indios, que nos acometieron tres veces aquella noche, y con tanto ímpetu, que cada vez nos hacían retraer más de un tiro de piedra; ninguno hubo de nosotros que no quedase herido, y yo lo fuí en la cara, y si no se hallaron pocas flechas estuvieran más proveídos de ellas, sin duda nos hicieran mucho daño. La última vez se pusieron en celada los capitanes Dozantes y Peñalosa y Téllez, con quince hombres, y dieron en ellos por las espaldas, y de tal manera les hicieron huir que nos dejaron. Otro día, de mañana, yo les rompí más de treinta canoas, que nos aprovecharon para un Norte que hacía, que por todo el día hubimos de estar allí con mucho frío, sin osar entrar en la mar por la mucha tormenta que en ella había. Esto pasado, nos tornamos á embarcar y navegamos tres días, y como habíamos tomado poca agua y los vasos que teníamos para llenar eran muy pocos, tornamos á caer en la primera necesidad; y siguiendo nuestra vía entramos por un estero, y estando en él

vimos venir una canoa de indios; como los llamamos, vinieron á nosotros, y el gobernador, á cuya barca habían llegado, pidióles agua y ellos la ofrecieron, con que le diesen con qué la trajesen, y un cristiano griego, llamado Dorotheo Theodoro (de quien arriba se hizo mención), dijo que quería ir con ellos; el gobernador y otros se lo procuraron estorbar y nunca lo pudieron, sino que en todo caso, quería ir con ellos; y así se fué y llevó consigo un negro, y los indios dejaron en rehenes dos de su compañía; y á la noche, los indios volvieron y trajéronnos nuestros vasos sin agua, y no trajeron los cristianos que habían llevado; y los que habían dejado por rehenes, como los otros los hablaron, quisieron echarse al agua; mas los que en la barca estaban, los detuvieron, y así se fueron huyendo los indios de la canoa, y nos dejaron muy confusos y tristes por haber perdido aquellos dos cristianos».

¡¡Desnudos!!

Durante muchos días anduvieron navegando los bravos nautas; como sus embarcaciones eran tan frágiles, muchas veces se perdieron unas de otras y muchas veces se volvieron á encontrar. Al fin, quedaron sólo los barcos de Alvar Núñez y del gobernador, y como la gente que llevaba Cabeza de Vaca era la más floja, no pudo seguir á remo á la barca

de don Pánfilo de Narváez, y quedó sola, navegando al azar, con la mayor parte de sus hombres abatidos por la fiebre, por el hambre y por la sed.

Unos cuantos días estuvieron en tierra nuestros héroes, comiendo lo que unos indios vecinos les daban; y al cabo de estos días, algo repuestos ya tornáronse á embarcar para seguir su rumbo.

«Desenterramos la barça—escribe Alvar Núñez—de la arena en que estaba metida, y fué menester que nos desnudásemos todos y pasásemos gran trabajo para echarla al agua, porque nosotros estábamos tales que nos faltaban las fuerzas. Y así embarcados, á dos tiros de ballesta dentro de la mar, nos dió tal golpe de agua, que nos mojó á todos; y como íbamos desnudos y el frío que hacía era muy grande—pasaba esto en el mes de Noviembre—, soltamos los remos de las manos; y á otro golpe que la mar nos dió trastornó la barca; el veedor y otros dos se asieron de ella para escaparse, mas sucedió muy al revés, que la barca los tomó debajo y se ahogaron. Como la costa es muy brava, el mar de un tumbo echó á todos los otros envueltos en las olas y medio ahogados, en la costa de la misma isla, sin que faltasen más de los tres que la barca había tomado debajo. Los que quedamos, estábamos desnudos, como nacimos, y habíamos perdido todo lo que traíamos; y aunque todo valía poco, para entonces valía mucho. Y como entonces era por Noviembre, y el frío era muy grande, y nosotros tales que en poca dificultad nos podrían contar los hue-

sos, estábamos hechos propia figura de la muerte. De mí sé decir que desde el mes de Mayo pasado, yo no había comido otra cosa sino maíz tostado, y algunas veces me vi en necesidad de comerlo crudo, porque aunque se mataron los caballos entre tanto las barcas se hacían, yo nunca pude comer de ellos y no fueron diez veces las que comí pescado. Esto digo por excusar razones, porque pueda cada uno ver qué tales estaríamos. Y sobre todo lo dicho, había sobrevenido viento Norte, de suerte que más estábamos cerca de la muerte que de la vida; plugo á Nuestro Señor que buscando los tizones del fuego que allí habíamos hecho antes, hallamos lumbre con que hicimos grandes fuegos; y así estuvimos pidiendo á Nuestro Señor misericordia y perdón de nuestros pecados, derramando muchas lágrimas, teniendo cada uno lástima, no solo de sí, mas de todos los otros que en el mismo estado se hallaban. Y á la hora de ponerse el sol, los indios, creyendo que no nos habíamos ido, nos volvieron á buscar y á traernos de comer; mas cuando ellos nos vieron así, en tan diferente hábito del primero y en manera tan extraña, espantáronse tanto que se volvieron atrás. Yo salí á ellos y llamélos y vinieron muy espantados; hícelos entender por señas cómo se nos había hundido una barca y se habían ahogado tres de nosotros; y allí, en su presencia, ellos mismos vieron dos muertos y los que quedábamos íbamos igual camino. Los indios, de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estába-

mos con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros y con el gran dolor y lástima que hubieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos á llorar recio y tan de verdad, que lejos de allí se podía oir; y esto les duró más de media hora; y el ver que estos hombres, tan sin razón y tan crudos, á manera de brutos se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía creciera más la pasión y la consideración de nuestra desdicha. Sosegado ya este llanto, yo pregunté á los cristianos, y dije que si á ellos les parecía, rogaría á aquellos indios que nos llevasen á sus casas; algunos de ellos que habían estado en la Nueva España respondieron que no se debía hablar en ello, porque si á sus casas nos llevaban nos sacrificarían á sus ídolos; mas visto que otro remedio no había y que por cualquier otro camino estaba más cerca y más cierta la muerte, no curé de lo que decían, antes rogué á los indios que nos llevasen á sus casas, y ellos mostraron que habían gran placer de ello y que esperáramos un poco, que ellos harían lo que quisiéramos. Y luego, treinta de ellos se cargaron de leña y se fueron á sus casas, que estaban lejos de allí, y quedamos con los otros hasta cerca de la noche, que nos tomaron, y llevándonos asidos y con mucha priesa fuimos á sus casas; y por el gran frío que hacía, y temiendo que en el camino alguno no muriese ó desmayase, proveyeron que hubiese cuatro ó cinco fuegos muy grandes puestos á trechos y en cada uno de ellos nos calentaban; y

cuando veían que habíamos tomado alguna fuerza y calor, nos llevaban hasta el otro tan apriesa que casi los pies no nos dejaban poner en sl suelo; y de esta manera fuimos hasta sus casas, donde hallamos que tenían hecha una casa para nosotros y muchos fuegos en ella; y cuando hacía una hora que habíamos llegado, comenzaron á bailar y á hacer grande fiesta (que duró toda la noche), aunque para nosotros no había placer, fiesta ni sueño, esperando cuándo nos habían de sacrificar; y á la mañana nos tornaron á dar pescado y raíces y á hacer tan buen tratamiento, que nos aseguramos algo y perdimos algo de miedo del sacrificio».

«Al otro día vinieron á nosotros los capitanes Andrés Dozante y Alonso del Castillo, que habían sido salvados del naufragio de su barca, y llegados á nosotros se espantaron de vernos de la manera que estábamos, y recibieron muy gran pena por no tener qué darnos, que ninguna otra ropa traían sino la que tenían puesta. Y estuvieron allí con nosotros y nos contaron cómo á 5 de aquel mismo mes su barca había dado al través legua y media de allí, y ellos habían escapado sin perderse ninguna cosa; y todos juntos acordaron de adobar su barca y irnos en ella los que tuviesen fuerza y disposición para ello, los otros quedaron allí hasta la convalecencia para irse como pudiesen por luengo de costa, y que esperasen allí hasta que Dios los llevase con nosotros á tierra de cristianos. Y como lo pensamos, así nos pusimos en ello. Y antes que echásemos la bar-

ca al agua, Zavera, un caballero de nuestra compañía, murió; y la barca que nosotros pensábamos llenar, hizo su fin, y no se pudo sostener á sí misma, que luego fué hundida. Y como quedamos del arte que he dicho, y los más desnudos, y el tiempo tan recio para caminar y pasar ríos y ancones á nado, sin tener bastimento alguno ni manera para llevarlo, determinamos de hacer lo que la necesidad podía, que era invernar allí. Y acordamos también que los cuatro hombres que más recios estaban fuesen á Pananco, creyendo que estábamos cerca de allí, y que si Dios Nuestro Señor fuese servido de llevarlos allá, diesen aviso de cómo quedábamos en aquella isla y de nuestra necesidad y trabajo. Estos que fueron eran muy grandes nadadores, y al uno llamaban Alvaro Fernández, portugués, carpintero y marinero; el segundo se llamaba Méndez, y el tercero Figueroa, que era natural de Toledo; el cuarto era Astudillo, natural de Zafra. Llevaban consigo un indio que era de la isla».

La isla de Malhado

Tan mal les fué á los españoles en esta isla, por tantos trances terribles pasaron, tanta hambre y sed sufrieron, tantas veces vieron muy de cerca á la muerte, que Alvar Núñez bautizó aquella tierra con

el nombre de isla de Malhado, pues un mal hado sin duda, fué quien les llevó hasta allí.

Cabeza de Vaca describe así los usos y costumbres de los indios pobladores:

«La gente que allí hallamos son grandes y bien dispuestos; no tienen otras armas sino flechas y arcos en que son por extremo diestros. Tienen los hombres una teta horadada de una parte á otra y algunos hay que las tienen ambas, y por el agujero que hacen traen una caña atravesada tan larga como dos palmos y medio, y tan gruesa como dos dedos; traen también horadado el labio de abajo, y puesto en él un pedazo de la caña, delgada como medio dedo. Las mujeres son para mucho trabajo. La habitación que en esta isla hacen es desde Octubre hasta fin de Febrero. El su mantenimiento es las raíces que he dicho, sacadas debajo del agua por Noviembre y Diciembre. Tienen cañales y no tienen más peces que para este tiempo; de allí adelante comen las raíces. En fin de Febrero van á otras partes á buscar con qué mantenerse, porque entonces las raíces comienzan á nacer y no son buenas. Es la gente del mundo que más aman á sus hijos y mejor tratamiento les dan; y cuando acaece que á alguno se le muere el hijo, llóranle los padres y los parientes, y todo el pueblo, y el llanto dura un año cumplido, que cada día, por la mañana, antes de que amanezca, comienzan primero á llorar los padres, y tras esto todo el pueblo; y esto mismo hacen á mediodía y cuando amanece, y pasado un

año que lo han llorado, hácenle las honras del muerto, y lávanse y límpianse del tizne que traen. A todos los difuntos lloran de esta manera, salvo á los viejos, de quien no hacen caso porque dicen que ya han pasado su tiempo y de ellos ningún provecho hay, antes ocupan la tierra y quitan el mantenimiento á los niños. Tienen por costumbre de enterrar los muertos, si no son los que entre ellos son físicos (médicos), que á éstos quémanlos; y mientras el fuego arde, todos están bailando y haciendo muy gran fiesta, y hacen polvo los huesos. Y pasado un año cuando se hacen sus honras, á los parientes dan aquellos polvos á beber, de los huesos en agua. Cada uno tiene una mujer conocida. Los físicos son los hombres más libertados; pueden tener dos ó tres y entre éstas hay muy gran amistad y conformidad. Cuando viene que alguno casa su hija, el que la toma por mujer, desde el día que con ella se casa, todo lo que matare cazando ó pescando, todo lo trae la mujer á la casa de su padre sin osar tomar ni comer alguna cosa de ello; y la casa del suegro le llevan á él de comer; y en todo este tiempo el suegro ni la suegra no entran en su casa, ni él ha de entrar en casa de los suegros ni cuñados; y si acaso se toparen por alguna parte, se desvían un tiro de ballesta el uno del otro, y entre tanto que así van aportándose llevan la cabeza baja y los ojos en tierra puestos, porque tienen por cosa mala verse ni hablarse. Las mujeres tienen libertad para comunicar y conversar con los suegros y parientes. Otra

costumbre hay, y es que cuando algún hijo ó hermano muere, en la casa donde muriere, tres meses no buscan de comer, antes se dejan morir de hambre; y los parientes y los vecinos les proveen de lo que han de comer. Y como en el tiempo que aquí estuvimos murió tanta gente de ellos, en las más casas había muy grande hambre, por guardar tan bien su costumbre y ceremonia. Y los que lo buscaban, por mucho que trabajaban, por ser el tiempo tan recio, no podían hallar sino muy poco. Y por esta causa los indios que á mí me tenían, se salieron de la isla, y en unas canoas se pasaron á tierra firme, á unas bahías á donde tenían muchos hostiones, y tres meses del año no comen otra cosa, y beben muy mala agua. Tienen gran falta de leña, y de mosquitos muy grande abundancia. Sus casas son edificios de esteras sobre muchas cáscaras de hostiones y sobre ellos duermen en cueros.

«Y así estuvimos hasta en fin de Abril que fuimos á la costa de la mar á do comimos moras de zarzas todo el mes, en el cual no cesaron de bailar y hacer fiestas.»

Alvar-Nuñez, médico-cirujano

«En aquella isla que he contado nos quisieron hacer físicos sin examinarnos ni pedirnos los títulos.

Porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan de él la enfermedad. Y mandáronnos que hiciéramos lo mismo y que sirviéramos en algo. Nosotros nos reíamos de ello diciendo que era la burla y que no sabíamos curar, y por esto nos quitaban la comida hasta que hiciésemos lo que nos decían. Y viendo nuestra porfía, un indio me dijo á mí que no sabía lo que decía, en decir que no aprovecharía nada aquello, porque él sabía que hasta las piedras y otras cosas que se crían por el campo tienen virtud, y que él, con una piedra caliente, tragándola por el estómago, sanaba y quitaba el dolor; y que nosotros, que éramos hombres, cierto era que teníamos mayor virtud y poder. En fin, nos vimos en tanta necesidad que lo hubimos de hacer sin temer que nadie nos llevase por ello la pena. La manera que ellos tienen de curarse es esta; que en viéndose enfermos llaman un físico, y después de curados, no sólo le dan todo lo que poseen, mas entre sus parientes buscan cosas para darle. Lo que el médico hace es darle unas rajas á donde tiene el dolor y chupantes alrededor de ellas; dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa, y yo lo he experimentado y me sucedió bien de ello, y después de esto soplan aquel lugar que les duele, y con esto creen ellos que se les quita el mal».

«La manera con que nosotros curamos era santiguándolos y rezar un Pater noster y un Ave María,

y rogar lo mejor que podíamos á Dios Nuestro Señor que les diese salud é inspirase en ellos que nos hiciesen un buen tratamiento. Quiso Dios Nuestro Señor en su misericordia que todos aquellos por quien suplicamos, luego que los santiguamos decían á los otros que estaban sanos y buenos; y por este respecto nos hacían buen tratamiento y dejaban ellos de comer por dárnoslo á nosotros, y nos daban cueros y otras cosillas».

«Fué tan extremada la hambre que allí se pasó, que muchas veces estuve tres días sin comer ninguna cosa; y ellos también lo estaban y parecíame cosa imposible que durase la vida, aunque en otras mayores hambres y necesidades me vi después».

«Los indios que tenían á Alonso del Castillo y á Andrés Dozantes y á los demás que habían quedado vivos, como eran de otra lengua y de otra parentela se pasaron á otra parte de tierra firme á comer hostiones, y allí stuvieron hasta el primero día del mes de Abril y luego volvieron á la isla que estaba de allí hasta dos leguas por lo más ancho del agua, y la isla tiene media legua de través y cinco en largo».

«Todo la gente de esta tierra anda desnuda; sólo las mujeres traen de sus cuerpos algo cubierto con una lana que en los árboles se cría. Las mozas se cubren con unos cueros de venados. Es gente que parte lo que tienen unos con otros. No hay entre ellos señor. Todos los que son de un linaje andan juntos.

Habitan en ella dos maneras de lenguas; á los unos llaman Capoques y á los otros de Han; tienen por costumbre cuando se conocen y de tiempo á tiempo se ven, primero que se hablan, estar media hora llorando, y acabado esto, aquel que es visitado se levanta primero y da al otro todo cuanto posee, y el otro lo recibe; y de ahí á un poco se va con ello, y aun algunas veces, después de recibido, se van sin que hablen palabra.

Alvar Núñez, mercader

Cansado de la mala vida y peores tratos que recibía de sus indios, no obstante su profesión de «médico», Alvar Núñez decidió pasarse á otras tribus para lo cual hubo de echar mano de su industria é ingenio, pues no podía decir á sus indios que se marchaba por temor á que estos le matasen.

Habiéndose marchado todos los cristianos que con él quedaron en la isla, y encontrándose solo Cabeza de Vaca, ideó, para poder evadirse, hacerse mercader. Para merecer la confianza de sus indios, Alvar Núñez hizo muchos viajes á otras tribus, volviendo de nuevo á la suya y realizando un verdadero intercambio de frutos, arcos, flechas y yerbas, entre unos y otros indios.

Desde que empezó á ejercer el oficio, Cabeza

de Vaca era bien tratado y mantenido por todas las tribus de los alrededores á la suya.

Con su trato y su mercadería se iba internando más cada vez, hasta llegar á hacer un recorrido de cuarenta ó cincuenta leguas.

El cuenta de este modo su nueva vida : «Lo principal de mi trato eran pedazos de caracoles de la mar y corazones de ellos, y conchas con que ellos cortaban una fruta que es como frisoles, con que se curan y hacen sus bailes y fiestas ; y esta es la cosa de mayor precio que entre ellos hay, y cuentas de la mar y otras cosas. Y en cambio y trueco de ello traía cueros y almagra con que ellos se untan y tiñen las uñas y cabellos, pedernales para puntas de flechas, engrudo y cañas duras para hacerlas, y unas borlas que se hacen de pelos de venados ; y este oficio me estaba á mí tan bien, porque andando en él tenía libertad para ir donde quería ; y no era obligado á cosa alguna, y no era esclavo, y donde quiera que iba me hacían buen tratamiento y me daban de comer por respeto de mis mercaderías ; y lo más principal, porque andando en ello yo buscaba por dónde me había de ir adelante ; holgaban mucho cuando me veían y les traía lo que habían menester, y los que no me conocían me procuraban y deseaban ver por mi fama. Los trabajos que en esto pasé serían largos de contarlos, así de peligros y hambres como de tempestades y fríos, que muchos de ellos me tomaron en el campo y

solo, de donde por gran misericordia de Dios Nuestro Señor escapé. Y por esta causa yo no trataba el oficio en invierno, por ser tiempo que ellos mismos en sus chozas y ranchos metidos no podían valerse ni ampararse».

«Fueron casi seis años el tiempo que yo estuve en esta tierra solo entre ellos y desnudo, como todos andaban. La razón por qué tanto me detuve fué por llevar conmigo un cristiano que estaba en la isla, llamado Lope de Oviedo. El otro compañero de Alaniz que con él había quedado cuando Alonso del Castillo y Andrés Dozantes con todos los otros se fueron, murió luego; y por sacarlo de allí yo pasaba á la isla cada año y le rogaba que nos fuésemos á la mejor maña que pudiésemos en busca de cristianos. Y cada año me detenía diciendo que al otro siguiente nos iríamos. En fin, al cabo lo saqué y le pasé el ancón y cuatro ríos que hay por la costa, porque él no sabía nadar. Y así nos fuimos con algunos indios adelante, hasta que llegamos á un ancón que tiene una legua de través; y es por todas partes hondo, y por lo que nos pareció y vimos es el que llaman del Espíritu Santo».

Aquí se encontraron con unos indios que les dijeron que más adelante había tres hombres como ellos. Esto causó un gran placer á Alvar Núñez, pues supuso que se trataría de tres cristianos y tal vez de tres españoles de su misma expedición. Con muchas precauciones, pues los indios les querían matar, esperaron el paso de sus compatriotas, y Alvar

Núñez volvió á encontrarse con Alonso del Castillo y con Andrés Dozantes, los cuales se pusieron muy alegres, pues creían muerto á Cabeza de Vaca. Todos dieron muchas gracias á Dios por verse juntos y aquel día fué seguramente el de mayor placer, en medio de tantas amarguras pasadas.

Entre todos acordaron fugarse, pero teniendo buen cuidado de que nada sospecharan los indios, para lo cual era necesario detenerse allí seis meses, que era el tiempo que los indios tardaban en trasladarse á otra tierra. Estos indios se llamaban Marianos é Iguares.

«Algunos grupos de estos indios—sigue Cabeza de Vaca—tienen por costumbre matar á sus hijos porque sueñan que van á ser sus enemigos; á las hijas, cuando nacen las dejan comer á perros y las echan por ahí; la razón porque ellos lo hacen es según ellos dicen, porque todos los de la tierra son sus enemigos, y con ellos tienen continua guerra; y que si acaso casasen sus hijas, multiplicarían tanto sus enemigos que los sujetarían y tomarían por esclavos; y por esta causa querían mejor matarlas que no que de ellas naciese quien fuese su enemigo. Nosotros les dijimos que por qué no las casaban entre ellos mismos, y también entre ellos dijeron que era fea cosa casarlas con sus parientes, y que era muy mejor matarlas que darlas á sus parientes y á sus amigos. Y esta costumbre usan estos y otros sus vecinos que se llaman los Iguares. Y cuando estos se han de casar compran las mujeres á sus ene-

migos y el precio que cada uno da por la suya es un arco, el mejor que tienen, con dos flechas. Toda esta gente son flecheros y bien dispuestos, aunque no tan grandes como los que atrás dejamos y traen la teta y el labio horadados. Su mantenimiento principalmente son raíces de dos ó tres maneras, y buscanlas por toda la tierra; son muy malas y hinchan á los hombres que las comen. Tardan dos días en asarse, y muchas de ellas son muy amargas, y con todo esto se sacan con mucho trabajo.

Es tanta el hambre que aquellas gentes tienen, que no se pueden pasar sin ellas, y andan dos ó tres leguas buscándolas. Algunas veces matan algunos venados y otras toman algún pescado, pero es tan poco y su hambre tan grande, que comen arañas, y huevos de hormigas, y gusanos, y lagartijas, y salamanquesas, y víboras que matan á los hombres que muerden, y comen tierra, y madera, y todo lo que pueden hallar, y estiércol de venados y otras cosas que dejo de contar; y creo fundadamente que si en aquella tierra hubiese piedras las comerían. Guardan las espinas de los pescados que comen, para molerlas después y comer el polvo de ellas. Entre estos indios no se cargan los hombres, ni llevan cosas de peso; mas llévanlo las mujeres y los viejos, que es la gente que ellos en menos tienen. No profesan tanto amor á sus hijos como los que arriba dijimos. Hay algunos entre ellos, que usan pecado contra natura. Las mujeres son muy trabajadas, porque de veinticuatro horas que tiene el día no tienen

sino seis horas de descanso, y la mayor parte de la noche la pasan en atizar sus hornos para secar aquellas raíces que comen. Y desde que amanece comienzan á cavar y á traer leña y agua á sus casas y dar orden en las otras cosas de que tienen necesidad. Los más de estos indios son grandes ladrones, porque, aunque entre sí son bien partidos, en volviendo uno la cabeza, su hijo mismo ó su padre le toma lo que puede. Mienten muy mucho, y son grandes borrachos, y para esto beben ellos una cierta cosa».

La fuga

Cuando llegado el tiempo en que Alvar Núñez y otros tres cristianos pensaban fugarse para ir en busca de la costa, una nueva complicación vino á hacer mayores sus sufrimientos.

Los indios que les tenían cautivos riñeron unos con otros por causa de una mujer, y por efecto de esta riña, separáronse, llevándose cada familia á sus cautivos.

Cabeza de Vaca se escapó tres veces de sus indios; pero otras tantas le volvieron á coger. Cuando de nuevo fué el tiempo de las tunas, volviéronse á reunir los cristianos—pues los indios iban á cogerlas al mismo sitio—y de nuevo tornaron á sepa-

rarlos; pero ya habían ellos quedado citados para fugarse el día primero de Septiembre y primero de luna.

A la cita acudieron, además de Cabeza de Vaca, Andrés Dozantes, Estevanico y el capitán Castillo, y ya de camino se enteraron por unos indios que encontraron al paso de que más adelante existían ciertas tribus llamadas Camones, que habían matado á toda la gente que iba en la barca de Peñalosa y Téllez, los cuales venían tan flacos y agotados que no pudieron defenderse.

Alvar Núñez cuenta así su peregrinación con aquellos tres españoles:

«Seguíamos nuestro camino con gran temor de que los indios nos habían de seguir; vimos unos humos, y, yendo á ellos, después de vísperas llegamos allá, do vimos un indio que, como vió que íbamos á él, huyó sin querernos aguardar. Nosotros enviamos á él al negro—que con nosotros había huído—y como el indio vió que iba solo, aguardó. El negro le dijo que íbamos á buscar á aquella gente que hacía aquellos humos. El respondió que cerca de allí estaban las casas y que nos guiaría á ellas, y así lo fuimos siguiendo; y él corrió á dar aviso de que íbamos, y á la puesta del sol vimos las casas; y dos tiros de ballesta antes que llegásemos á ellas hallamos cuatro indios que nos esperaban y nos recibieron bien. Dijímosles en lengua de Mareames que íbamos á buscarlos, y ellos mostraron que se holgaban con nuestra compañía, y así nos

llevaron á sus casas y á Dozantes y al negro aposentaron en casa de un físico y á mí y á Castillo en casa de otro. Estos tienen otra lengua y son aquellos que solían llevar los arcos á los nuestros y iban á contratar con ellos; y aunque son de otra nación y lengua, entienden la lengua de aquellos con quien estábamos, y aquel mismo día habían llegado allí con sus casas. Luego el pueblo nos ofreció muchas tunas, porque ya ellos tenían noticia de nosotros, y como curábamos, y de las maravillas que Nuestro Señor con nosotros obraba, que aunque no hubiera otras, harto grandes eran abrirnos camino por tierra tan despoblada, y darnos gente por donde muchos tiempos no la había.»

De cómo duerme al raso un hombre en cueros

«Aquella misma noche que llegamos, vinieron unos indios á Castillo y dijéronle que estaban muy malos de la cabeza, rogándole que les curase. Y después que los hubo santiguado y encomendado á Dios, en aquel punto los indios dijeron que todo el mal se les había quitado; y fueron á sus casas y trujeron muchas truchas y un pedazo de carne de venado, cosa que no sabíamos qué cosa era; y como esto entre ellos se publicó vinieron otros muchos enfermos en aquella noche á que los sanase,

y cada uno traía un pedazo de venado y tantos eran que no sabíamos donde poner la carne. Dimos muchas gracias á Dios porque cada día iba creciendo su misericordia y mercedes. Y después que se acabaron las curas empezaron á bailar y á hacer sus fiestas hasta otro día que el sol salió; y duró la fiesta tres días por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la tierra adelante y por la gente que en ella hallaríamos y los mantenimientos que en ella había. Respondiéronnos que por toda aquella tierra había muchas tunas; pero que ya eran acabadas, y que ninguna gente había, porque todos eran idos á sus casas por haber ya cogido las tunas, y que la tierra era muy fría y en ella había muy pocos cueros.»

«Nosotros, viendo en esto que ya era el invierno y el tiempo frío entraba, acordamos de pasarlo con éstos. Al cabo de cinco días que allí habíamos llegado, se partieron á buscar otras tunas, donde había otra gente de otras naciones y lenguas. Y andadas cinco jornadas con muy grande hambre, porque en el camino no había tunas ni otra fruta ninguna, llegamos á un río, donde asentamos nuestras casas, y después de asentadas fuimos á buscar una fruta de unos árboles que es como hieros, y como por toda esta tierra no hay caminos, yo me detuve más en buscarla; la gente se volvió y yo quedé solo y yendo á buscarlos aquella noche me perdí y plugo á Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frío aquella noche, y á la

mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizones y fuí á buscarlos, y anduve de esta manera cinco días, siempre con mi lumbre y carga de leña, porque si el fuego me matase en parte donde no tuviese leña como en muchas partes no la había, tuviese de que hacer otros tizones y no me quedase sin lumbre, porque para el frío yo no tenía otro remedio que andar desnudo como nací.»

«Para las noches tenía otro remedio; me iba á las matas del monte que estaban cerca de los ríos y paraba en ellas antes que el sol se pusiese; y en la tierra hacía un hoyo y en él echaba mucha leña que se cría en muchos árboles de que por allí hay gran cantidad, y juntaba mucha leña de la que estaba caída y seca de los árboles, y alrededor de aquel hoyo hacía cuatro fuegos en cruz, y yo tenía cargo y cuidado de renacer el fuego de rato en rato y hacía unas gavillas de paja larga que por allí hay con que me cubría en aquel hoyo; y de esta manera me amparaba del frío de las noches. Y una de ellas, el fuego cayó en la paja con que yo estaba cubierto, yestando yo durmiendo en el hoyo comenzó á arder muy recio y por mucha prisa que yo me di á salir todavía saqué señal en los cabellos del peligro en que había estado. En todo este tiempo no comí bocado ni hallé cosa que pudiese comer; y como traía los pies descalzos corríame de ellos mucha sangre. Y Dios usó conmigo de misericordia, que en todo este tiempo no hubo viento Norte, porque de otra manera con ningún reme-

dio había yo de vivir. Y al cabo de cinco días llegué á una ribera de un río donde yo hallé á mis indios, que ellos y los cristianos me contaban ya por muerto, y siempre creían que alguna víbora me había mordido. Todos hubieron gran placer de verme, principalmente los cristianos, y me dijeron que hasta entonces habían caminado con mucha hambre, que esta era la causa porque no me habían buscado, y aquella noche me dieron de las tunas que tenían. Y otro día partimos de allí y fuímos donde hallaron muchas tunas, y todos satisficieron su gran hambre. Y nosotros dimos muchas gracias á Nuestro Señor porque nunca nos faltaba su remedio.»

Alvar Nuñez, practica una operación quirúrgica

Siempre con la esperanza de llegar á la costa, Alvar Núñez y los españoles que le acompañaban anduvieron durante muchos días gran número de leguas, pernoctando en distintos pueblos de indios y alimentándose de lo que éstos les daban á cambio de curar á sus enfermos, curas, que, como ya hemos dicho, consistían en soplar á los indios y encomendarle á Dios. Pero el éxito les había acompañado tantas veces, que Alvar Núñez y los suyos

eran tenidos por los más maravillosos físicos de la tierra.

Entre las distintas cosas que les daban los indios por curarles los enfermos, figuraba un cascabel gordo y grande, de cobre, que tenía grabado un rostro; este cascabel era muy preciado entre los indios.

Cabeza de Vaca quiso saber de donde habían traído aquel objeto, y los indios le dijeron que de un lugar que estaba al Norte, donde había mucho de aquel metal; por este detalle entendió Alvar Núñez que, de donde quiera que hubiesen traído aquel cascabel, había de ser un sitio donde hubiese fundición y se labrase el vaciado.

Un poco más esperanzados de encontrar cristianos, siguieron los españoles su camino hasta llegar á otro pueblo de indios, en el que Alvar Núñez pasó uno de los más grandes apuros de su vida: tuvo que practicar una operación quirúrgica.

«En este pueblo—escribe el propio Cabeza de Vaca—me trajeron un hombre y me dijeron que hacía mucho tiempo que le habían herido con una flecha por la espalda derecha y tenía la punta de la flecha sobre el corazón; esto decía que le daba mucha pena, y que por aquella causa siempre estaba enfermo. Yo le toqué y sentí la punta de la flecha y vi que la tenía atravesada por la ternilla; y con un cuchillo que tenía, le abrí el pecho hasta aquel lugar y vi que tenía la punta atravesada y estaba muy mala de sacar; torné á cortar más y

metí la punta del cuchillo, y con gran trabajo al fin la saqué. Era muy larga, y con un hueso de venado, usando de mi oficio de medicina, le di dos puntos, y, dados, se me desangraba; y con raspa de cuero le estampé la sangre; y cuando hube sacado la punta pidiéronmela y se la di, y el pueblo todo vino á verla y la enviaron por la tierra adentro para que la viesen los que allá estaban, y por esto hicieron muchos bailes y fiestas, como ellos suelen hacer. Y otro día le corté los dos puntos al indio y estaba sano, y no parecía la herida que le había hecho si no como una raya de la palma de la mano, y dijo que no sentía dolor ni pena alguna. Y esta cura nos dió entre ellos tanto crédito por toda la tierra cuanto ellos podían y sabían estimar y encarecer. Mostrámosles aquel cascabel que traíamos, y dijéronnos que en aquel lugar de donde aquél había venido había muchas planchas de aquello enterradas; y que aquello era cosa que ellos tenían en mucho, y había cosas de asiento y esto creemos nosotros que es la mar del Sur, que siempre tuvimos noticia que aquella mar es más rica que la del Norte.»

«De estos indios nos partimos y anduvimos por tantas suertes de gentes y de tan diversas lenguas, que no basta memoria á poderlas contar. Y siempre saqueaban los unos á los otros, y así los que perdían como los que ganaban quedaban muy contentos. Llevábamos tanta compañía, que en ninguna

manera podíamos valernos con ellos. Por aquellos valles donde íbamos cada uno de ellos llevaba un garrote tan largo como tres palmos y todos iban en ala; y en saltando alguna liebre, que por allí había muchas, cercábanla luego y caían tantos garrotes sobre ella que era cosa de maravilla; y de esta manera la hacían andar de unos para otros, que á mi ver era la más hermosa caza que se podía pensar; porque muchas veces ellas se venían hasta las manos, y cuando á la noche parábamos eran tantas las que nos habían dado, que traía cada uno de nosotros ocho ó diez cargas de ellas; y los que traían arcos no parecían delante de nosotros, antes se apartaban por la sierra á buscar venados, y á la noche, cuando venían, traían para cada uno de nosotros cinco ó seis venados y pájaros y codornices y otras cazas; finalmente, todo cuanto aquella gente hallaban ó mataban nos lo ponían delante sin que ellos osasen tomar alguna cosa, aunque muriesen de hambre, que así lo tenían ya por costumbre desde que andaban con nosotros, y sin que lo santiguásemos. Y las mujeres traían muchas esteras con las que ellos nos hacían casas, para cada uno la suya aparte; y cuando esto era hecho, mandábamos que asasen aquellos venados y liebres y todo lo que habían tomado; y esto también se hacía muy presto en unos hornos que para esto hacían; y de todo ello nosotros tomábamos un poco y lo otro dábamos al principal de la gente que con nosotros venía, mandándole que lo repartiese entre to-

dos. Cada uno con la parte que le cabía, venían á nosotros para que la soplásemos y santiguásemos, que de otra manera no osaran comer de ella; y muchas veces traíamos con nosotros tres ó cuatro mil personas. Y era tan grande nuestro trabajo, que á cada uno habíamos de soplar y santiguar lo que habían de comer y beber, y para otras muchas cosas que querían hacer nos venían á pedir licencia; por lo que se puede ver la importunidad que recibíamos. Las mujeres nos traían las tunas y arañas y gusanos y lo que podían hallar; porque, aunque se muriesen de hambre, ninguna cosa habían de comer sin que nosotros la diésemos. Y yendo con éstos pasamos un gran río que venía del Norte, y pasados unos llanos de treinta leguas hallamos mucha gente que de lejos venía á recibirnos, y salían al camino por donde habíamos de ir y nos recibieron de la manera de los pasados.»

De cómo querían los indios á Alvar Núñez

Tanta reputación dieron á Alvar Núñez sus famosas curas, que los indios teníanle por milagroso y le adoraban. Con sólo que se enojase, llegaban algunos hasta el extremo de morirse de pena.

Así les pasó en un pueblo de indios. Cabeza de Vaca cuenta el lance de esta manera.

«Decíanse unos á otros indios que se guardasen y no escondiesen cosa alguna de cuantas tenían, porque no podía ser sin que nosotros lo supiésemos, y haríamos luego que todos muriesen, porque el sol nos lo decía. Tan grandes eran los temores en que les ponían, que los primeros días que con nosotros estaban nunca estaban si no temblando y sin osar hablar ni levantar los ojos al cielo. Estos nos guiaron por más de cincuenta leguas de despoblados de muy ásperas sierras; y por ser tan secas no había caza en ellas, y por esto pasamos mucha hambre; y al cabo un río muy grande, que el agua nos daba hasta los pechos; y desde aquí nos comenzó mucha de la gente que traíamos á adolecer de la mucha hambre y trabajo que por aquellas sierras habían pasado, que por extremo eran agrias y trabajosas.

Estos mismos nos llevaron á unos llanos al cabo de las sierras, donde venían á recibirnos de muy lejos de allí; y nos recibieron como los pasados, y dieron tanta hacienda á los que con nosotros venían, que por no poderla llevar dejaron la mitad, y dijimos á los indios que lo habían dado que lo tornasen á tomar y lo llevasen, porque no quedase allí perdido. Y respondieron que en ninguna manera lo harían, porque no era su costumbre, después de haberlo una vez ofrecido, tornarlo á tomar, y así, no teniéndolo en nada, lo dejaron perder. A estos dijimos que nos queríamos ir á la puesta del

sol. Y ellos respondiéronnos que por allí estaba la gente muy lejos. Y nosotros les mandábamos que enviasen á hacerles saber cómo nosotros íbamos por allá, y de esto se excusaron lo mejor que pudieron, porque equellos eran sus enemigos y no querían que fuésemos á ellos, mas no osaron hacer otra cosa.

Y así enviaron dos mujeres, una suya y otra que de ellos tenían cautiva, y enviaron éstas porque las mujeres pueden contratar aunque haya guerra. Y nosotros las seguimos y pararon en un lugar donde estaba concertado que las esperásemos; mas ellas tardaron cinco días y los indios decían que no debían de hallar gente. Dijímosles que nos llevasen hacia el Norte; nos respondieron de la misma manera, diciendo que por allí no había gente si no muy lejos, y que no había qué comer ni se hallaba agua. Y con todo esto, nosotros porfiamos y dijimos que por allí queríamos ir; y ellos todavía se excusaron de la mejor manera que pudieron, y por esto nos enojamos. Yo me salí una noche á dormir en el campo, apartado de ellos; mas luego fueron donde yo estaba y toda la noche estuvieron sin dormir y con mucho miedo, y hablándome y diciéndome cuán atemorizados estaban, rogándonos que no estuviésemos más enojados, y que aunque ellos supiesen morir en el camino nos llevarían por donde nosotros quisiéramos ir. Y como nosotros todavía fingíamos estar enojados, porque su miedo no se quitase, sucedió una cosa extraña, y fué que este día mismos enfermaron muchos de ellos, y á otro día

siguiente murieron ocho hombres. Por toda la tierra donde esto se supo tuvieron tanto miedo de nosotros que parecía al vernos que de temor habían de morir. Rogáronnos que no estuviésemos más enojados ni quisiésemos que más de ellos muriesen, y tenían por muy cierto que nosotros los matábamos con solamente quererlo. Y á la verdad, nosotros recibíamos tanta pena de esto que no podía ser mayor, porque después de ver los que morían temíamos que se nos muriesen todos ó nos dejasen solos de miedo, y que todas las gentes que en adelante encontráramos hiciesen lo mismo, viendo lo que á éstos había acontecido. Rogamos á Dios Nuestro Señor que lo remediase, y así comenzaron á sanar todos los que habían enfermado. Y vimos una cosa que fué de grande admiración; que los padres y hermanos y mujeres de los que murieron, de verlos en aquel estado tenían gran pena, y después de muertos ningún sentimiento hicieron; ni los vimos llorar ni hablar unos con otros ni hacer otra ninguna muestra; ni osaban llegar á ellos hasta que nosotros los mandábamos llevar á enterrar. Y más de quince días que con aquellos estuvimos, á ninguno vimos hablar uno con otro, ni los vimos reir, ni llorar á ninguna criatura, antes por el contrario, porque una lloró la llevaron muy lejos de allí, y con unos dientes de ratón agudos la rajaron desde los hombros hasta casi todas las piernas. Y yo, viendo esta crueldad, y enojado por ella, les pregunté que por qué lo hacían y respondieron que para castigarla

porque había llorado delante de mí. Todos estos temores que ellos tenían se los comunicaban á todos los otros que nuevamente venían á conocernos, á fin de que nos diesen todo cuanto tenían, porque sabían que nosotros no tomábamos nada y lo habíamos de dar todo á ellos. Esta fué la más obediente gente que nos hallamos por esta tierra y la de mejor condición, y comúnmente son muy dispuestos. Convalecientes los enfermos, y ya que hacía tres días que estábamos allí, llegaron las mujerec que habíamos enviado, diciendo que habían hallado muy poca gente, y que todos habían ido á las vacas, que era el tiempo de ellas. Y mandamos á los que habían estado enfermos que se quedasen y los que estuviesen buenos fuesen con nosotros, y que dos jornadas de allí aquellas mismas dos mujeres irían con nosotros á sacar gente y traerla al camino, para que nos recibiesen; y con esto, otro día de mañana, todos los que más recios estaban partieron con nosotros, y á tres jornadas paramos; y el siguiente día partió Alonso del Castillo con Estevanico el negro, llevando por guía las dos mujeres; y la que era cautiva los llevó á un río que corría entre unas sierras donde estaba un pueblo en que su padre vivía; y estas fueron las primeras casas que vimos, que tuviesen parecer y manera de ello. Aquí llegaron Castillo y Estevanico, y después de haber hablado con los indios, al cabo de tres días vino Castillo donde nos había dejado y trajo cinco ó seis de aquellos indios y dijo cómo

había hallado casas de gente y de asiento y que aquella gente comía frisoles y calabazas y que había visto maíz. Esta fué la cosa del mundo que más nos alegró, y por ello dimos infinitas gracias á Dios Nuestro Señor. Y dijo que el negro venía con toda la gente de las casas, á esperar al camino cerca de allí, y por esta causa partimos, y al cabo de legua y media topamos con el negro y la gente que venían á recibirnos, y nos dieron frisoles y muchas calabazas para comer y para traer agua, y mantas de vacas y otras cosas.

Y como estas gentes y las que con nosotros venían eran enemigos y no se entendían, dejamos á los primeros, dándoles lo que nos habían dado, y nos fuimos con éstos; y á seis leguas de allí, ya que venía la noche, llegamos á sus casas, donde hicieron muchas fiestas con nosotros. Aquí estuvimos un día, y el siguiente nos fuimos y llevámoslos con nosotros á otras casas de asiento donde comían lo mismo que ellos. Y de allí en adelante hubo otro nuevo uso; que los que sabían de nuestra ida no salían á recibirnos á los caminos como los otros hacían, sino que los hallábamos en sus casas y tenían hechas otras para nosotros; y estaban todos sentados y todos tenían las caras vueltas á la pared y las cabezas bajas y los cabellos puestos delante de los ojos y su hacienda puesta en montón en medio de la casa. Y de aquí en adelante comenzaron á darnos muchas mantas de cueros y no tenían cosa que no nos diesen. Es la gente de mejores cuerpos que

vimos y de mayor viveza y habilidad y que mejor nos entendían y respondían á lo que preguntábamos. Estas gentes andan del todo desnudos, á la manera de los primeros que hallamos. Las mujeres andan cubiertas con unos cueros de venado, y algunos pocos de hombres, generalmente los que son viejos, que no sirven para la guerra. Es tierra muy poblada. Preguntámosles cómo no sembraban maíz, y respondiéronnos que lo hacían por no perder lo que sembrasen, porque dos años seguidos les habían faltado las aguas y había sido el tiempo tan seco que á todos les habían perdido los maíces los topos, y que no osarían tornar á sembrar sin que primero hubiese llovido mucho; y rogábannos que dijésemos al cielo que lloviese, y nosotros les prometimos hacerlo así.

También nosotros quisimos saber de dónde habían traído aquel maíz, y ellos nos dijeron que de donde el sol se ponía, y que lo había por toda aquella tierra, pero que lo más cerca de allí era por aquel camino. Dudábamos lo que haríamos y cuál camino tomaríamos que más á nuestro propósito y provecho fuese. Nosotros nos detuvimos con ellos dos días; dábannos á comer frisoles y calabazas. La manera de cocerlas es tan nueva que por ser tal yo la quise aquí poner para que se vea y se conozca cuán diversos y extraños los ingenios é industrias de los hombres humanos. Ellos no tienen ollas, y para cocer lo que ellos quieren comer llenan media calabaza grande de agua y en el fuego echan muchas

piedras de las que más fácilmente pueden ellos encender y toman el fuego; y cuando ven que están ardiendo, toman las piedras con unas tenazas de palo y échanlas en aquella agua que está en la calabaza hasta que la hacen hervir con el fuego que las piedras llevan; y cuando ven que el agua hierve echan en ella lo que han de cocer, y en todo este tiempo no hacen sino sacar unas piedras y echar otras ardiendo para que el agua hierva para cocer lo que quieran, y así lo cuecen.»

De cómo Alvar Núñez halla rastro de cristianos

Durante treinta y cuatro jornadas caminaron aún Alvar Núñez, Dozantes, Castillo y el negro Estevanico. Durante este tiempo siguieron sufriendo todos los rigores del hambre, de la sed y de los temporales. Pero el espíritu de Alvar Núñez no decayó jamás.

Este hombre extraordinario, sobrio como un cenobita, bravo como un león, fuerte como un roble y creyente como un iluminado, fué á un tiempo mismo conquistador, pacificador y misionero.

«Por todas estas tierras—escribe Alvar Núñez—los que tenían guerra con los otros se hacían luego amigos para venirnos á recibir y traernos todo cuan-

to tenían; y de esta manera dejamos toda la tierra en paz y dijímosles por señas—porque nos entendían—que en el cielo había un hombre que llamábamos Dios, el cual había creado el cielo y la tierra, y que á éste adorábamos nosotros y teníamos por Señor; y que hacíamos lo que nos mandaba y que de su mano venían todas las cosas buenas, y que si así ellos lo hiciesen les haría mucho bien por ello. Y tan grande aparejo hallamos en ellos, que, si lengua tuviésemos con que perfectamente nos entendiéramos, todos los dejáramos cristianos. Esto les dimos á entender lo mejor que pudimos; y de allí en adelante, cuando el sol salía, con muy gran grita abrían las manos juntas al cielo y después las traían por todo su cuerpo, y otro tanto hacían cuando se ponía. En este tiempo, Castillo vió al cuello de un indio una hebilleta de talabarte de espada, y en ella, cosido, un clavo de herrar; tomósela y preguntámosle qué cosa era aquella, y nos dijeron que había venido del cielo. Preguntámosle que quién la había traído de allá y respondieron que unos hombres que traían barbas como nosotros, que habían venido del cielo y llegado á aquel río y que traían caballos y lanzas y espadas, y que habían alanceado á dos indios. Y lo más disimuladamente que pudimos les preguntamos qué se habían hecho aquellos hombres, y respondiéronnos que se habían ido á la mar y que metieron las lanzas por debajo del agua; y que ellos se habían también metido por debajo, y que después los vieron ir por encima hacia

la puesta del sol. Nosotros dimos muchas gracias á Dios Nuestro Señor por aquello que oímos, porque estábamos muy desconfiados de saber nuevas de cristianos; y por otra parte nos vimos en gran confusión y tristeza, creyendo que aquella gente no serían más que algunos que habían venido por mar á descubrir la tierra; mas al fin, como tuvimos tan ciertas nuevas de ellos, dímonos más prisa á nuestro caminar y siempre hallábamos más nuevas y rastros de cristianos. Y nosotros les decíamos á los indios que íbamos á buscar á los cristianos para decirles que no los matasen, ni los tomasen por esclavos, ni los sacasen de sus tierras, ni los hiciesen otro mal ninguno, y de esto ellos se holgaban mucho. Anduvimos mucha tierra y toda la hallamos despoblada, porque los moradores de ella andaban huyendo por las sierras sin osar tener casas ni labrar por miedo á los cristianos. Fué cosa de que tuvimos muy gran lástima, viendo la tierra muy fértil, y muy hermosa, y muy llena de aguas, y de ríos, y ver los lugares despoblados y quemados, y la gente tan flaca y enferma huída y escondida toda. Y como no sembraban, se mantenían con cortezas de árboles y raíces. De esta hambre á nosotros nos alcanzaba parte en todo este camino, porque mal nos podían ellos proveer estando tan desventurados que parecía que se querían morir.

Nos trajeron mantas de las que habían escondido por los cristianos y nos las dieron, y aun nos contaron cómo otras veces habían entrado los cristianos

por la tierra y habían destruído y quemado los pueblos, y llevado la mitad de los hombres y todas las mujeres y muchachos, y que los que de sus manos se habían podido escapar andaban huyendo. Como los veíamos tan atemorizados, sin osar parar en ninguna parte, y que ni querían ni podían sembrar ni labrar la tierra, antes estaban determinados de dejarse morir, y que esto tenían por mejor que esperar ser tratados con tanta crueldad como hasta allí; y mostraban grandísimo placer con nosotros, aunque temíamos que llegados á los que tenían la frontera con los cristianos y guerra con ellos nos habían de maltratar y hacer que pagásemos lo que los cristianos contra ellos hacían. Mas como Dios Nuestro Señor fué servido de traernos hasta ellos, comenzáronnos á temer y acatar como los pasados, y aun algo más, de que no quedamos poco maravillados; por donde claramente se ve que para atraer á todas estas gentes á ser cristianos y á obediencia de la Imperial Majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto y otro no. Otro día nos partimos con toda la gente que allí estaba y siempre hallábamos rastro y señales en los sitios donde habían dormido cristianos; y á medio día topamos con unos mensajeros que habíamos mandado, que nos dijeron que no habían hallado gente, que todos andaban por los montes escondidos huyendo, porque los cristianos no los matasen é hiciesen esclavos; y que la noche pasada habían visto á los cristianos estando ellos detrás de unos

árboles mirando lo que hacían, y vieron cómo llevaban muchos indios en cadenas; y por esto se alteraron los que con nosotros venían, y algunos de ellos se volvieron para dar aviso por la tierra como venían cristianos, y muchos más hicieran esto si nosotros no les dijésemos que no lo hiciesen ni tuviesen temor. Y con esto se aseguraron y holgaron mucho».

«Nosotros, cuando entendimos que nos hallábamos cerca de los cristianos, dimos muchas gracias á Dios Nuestro Señor por querernos sacar de tan triste y miserable cautiverio. Aquella noche yo rogué á uno de mis compañeros que fuese tras los cristianos que iban por donde nosotros dejábamos la tierra asegurada, y había tres días de camino; á ellos se les hizo mal esto, excusándose por el cansancio y trabajo; y aunque cada uno de ellos lo pudiera hacer mejor que yo por ser más recios y más mozos, vista su voluntad, otro día por la mañana tomé conmigo el negro y once indios y por el rastro que hallaba siguiendo á los cristianos pasé por tres lugares donde habían dormido, y este día anduve diez leguas. Y otro día de mañana alcancé cuatro cristianos de á caballo que recibieran gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuvieron mirándome mucho espacio de tiempo, tan atónitos que ni me hablaban ni acertaban á preguntarme nada. Yo les dije que me llevasen adonde estaba su capitán, y así fuímos media legua de allí, donde estaba Diego de Alcaraz, que era el capitán; y después de haberle ha-

blado me dijo que estaba muy perdido allí, porque hacía muchos días que no había podido tomar indios, y que no acertaba por donde ir, porque entre ellos comenzaba á haber necesidad y hambre. Yo le dije cómo atrás quedaban Dozantes y Castillo, que estaban diez leguas de allí con muchas gentes que nos habían traído; y él envió luego tres de á caballo con cincuenta indios de los que ellos traían y el negro con ellos para guiarlos, y yo quedé allí y pedí que me diesen por testimonio el año y mes y día que allí había llegado y la manera en que venía, y así lo hicieron. Desde este río hasta el pueblo de los cristianos, que se llama San Miguel, que es de la gobernación de la provincia que llaman Galicia, hay treinta leguas.»

Alvar Núñez protege á los indios

Una vez que Dozantes y Alonso del Castillo se unieron á Cabeza de Vaca, lo que tuvo efecto á los cinco días, el capitán Alcaraz rogó á Alvar Núñez que enviase llamar á los indios de los pueblos para que les trajesen de comer. No fué esto preciso, porque los indios tenían buen cuidado de entregar á Cabeza de Vaca todos cuantos víveres tenían. Tomó Alvar Núñez lo que para él necesitaba, y lo demás se lo dió á los cristianos. Pero

después hubo de tener con ellos graves disputas y pendencias, porque Alcaraz quería hacer esclavos á los seiscientos indios que acompañaban á Dozantes, á Castillo y á Alvar Núñez.

«Hiciéronnos los indios—escribe—muchos agasajos, y no querían si no ir con nosotros hasta dejarnos, como acostumbraban, con otros indios; porque si se volviesen sin hacer esto, temían que se morirían, que para ir con nosotros no temían ni á los cristianos ni á sus lanzas. A los cristianos les pesaba esto, y me hacían que en su lengua les dijese que nosotros éramos de ellos mismos y nos habíamos perdido mucho tiempo hacía, y que éramos gente de poca suerte y valor y que ellos eran los señores de aquella tierra, á quienes habían de obedecer y servir. Mas todo esto tenían los indios en muy poco ó en nada; antes bien, unos con otros entre sí platicaban diciendo que los cristianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el sol y ellos de donde se pone, y que nosotros sanábamos los enfermos y ellos mataban los que estaban sanos, y que nosotros veníamos desnudos y descalzos y ellos venían á caballo y con lanzas, y que nosotros no teníamos ambición de ninguna cosa y los otros no tenían otro fin si no robar todo cuanto hallaban, y nunca daban nada á nadie; y de esta manera relataban todas nuestras cosas y las ponían frente á las de los otros. Y así les respondieron en la lengua de los cristianos y lo mismo hicieron saber á los otros por una lengua que entre ellos había, con la que nos

entendíamos, y aquellos que la usan llámanse propiamente Primabaitu (que es como decir vascongados), la cual lengua, en más de cuatrocientas leguas que anduvimos, hallamos usada entre ellos, sin haber otra por todas aquellas tierras.»

«Después que despedimos á los indios y los enviamos en paz, á despecho de Alcaraz, que los quería hacer cautivos, los cristianos nos enviaron (bajo cautela) á un Zebreros, alcalde, y con él otros dos. Los cuales nos llevaron por los montes y despoblados por apartarnos de la conversación de los indios y porque no viésemos ni entendiésemos lo que de hecho hicieron; donde se ve cuanto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andábamos á la busca de libertad, y cuando pensábamos que la teníamos sucedió todo lo contrario; porque tenían acordado de ir en contra de los indios que nosotros habíamos despedido asegurados y en paz. Y así como lo pensaron lo hicieron, y lleváronnos por aquellos montes dos días, sin agua, perdidos y sin camino. Y todos pensamos perecer de sed, y de ella se nos ahogaron siete hombres, y muchos amigos que los cristianos traían consigo no pudieron llegar hasta otro día á medio día adonde aquella noche hallamos nosotros el agua. Y caminamos con ellos veinticinco leguas, poco más ó menos, y al fin llegamos á un pueblo de indios de paz; y el alcalde que nos llevaba nos dejó allí y él pasó adelante otras tres leguas á un pueblo que

se llama Culiazan, adonde estaba Melchor Díaz, alcalde mayor y capitán de aquella provincia.»

Alvar Núñez, misionero

El alcalde mayor Melchor Díaz, en su nombre y en el del gobernador Nuño de Guzmán, colmó de agasajos á Alvar Núñez y á los demás cristianos, ofreciéndoles todo cuanto tenían.

Cabeza de Vaca, un poco resentido de la conducta de los españoles para con los indios, informó á Melchor Díaz de cuanto les había sucedido; estas quejas fueron de gran eficacia, porque en virtud de ellas y de los interesantes detalles de Alvar Núñez, se siguió otra conducta distinta para con los indígenas.

Alvar Núñez hizo que vinieran hasta él los indios que estaban huídos por temor á los cristianos. Les mandó llamar «de parte de Dios y del Rey para que viniesen y poblasen en lo llano y labrasen la tierra».

«Aventuramos—sigue diciendo Alvar Núñez—dos indios de los que allí tenían cautivos, que eran de los mismos de la tierra, y estos se habían hallado con los cristianos cuando primero llegamos á ellos y vieron la gente que nos acompañaba y supieron por ellos la mucha autoridad y dominio que

por todas aquellas tierras habíamos traído y tenido, y las maravillas que habíamos hecho, y los enfermos que habíamos curado, y otras muchas cosas. Y con estos indios mandamos á otros del pueblo que juntamente fuesen y llamasen los indios que estaban por las sierras alzados y los del río de Petaan, donde habíamos hallado á los cristianos, y que les dijesen que viniesen á nosotros, porque les queríamos hablar. Y para que fuesen seguros y los otros viniesen, les dimos un calabazón de los que nosotros traíamos en las manos (que era nuestra principal insignia y muestra de gran estado), y con éste ellos fueron y anduvieron por allí siete días, y al fin de ellos vinieron y trujeron consigo tres señores de los que estaban alzados por las sierras y que traían quince hombres, y nos trujeron cuentas y turquesas y plumas.»

«Los mensajeros dijeron que no habían hallado á los naturales del río donde habíamos salido, porque los cristianos les habían hecho otra vez huir á los montes. Y Melchor Díaz dijo que de nuestra parte se les hablase á aquellos indios y se les dijese cómo veníamos de parte de Dios que está en el cielo; y que habíamos andado por el mundo muchos años diciendo á la gente que creyesen en Dios y lo sirviesen, por que era señor de todas cuantas cosas había en el mundo. y que El daba galardón y pagaba á los buenos y pena perpetua de fuego á los malos; y que cuando los buenos morían los llevaba al cielo, donde nunca nadie moría, ni se te-

nía hambre, ni frío, ni sed, ni otra necesidad ninguna, sino la mayor gloria que se podría pensar. Y que los que no querían creer en El y obedecer sus mandamientos, les echaba debajo de la tierra en compañía de un gran fuego, el cual nunca se había de acabar, sino atormentarlos para siempre; y que después de esto, si ellos quisiesen ser cristianos y servir á Dios de la manera que se les mandase, los demás cristianos les tendrían por hermanos y les tratarían muy bien, y nosotros les mandaríamos que no les hiciesen ningún enojo ni les sacasen de sus tierras, sino que fuesen grandes amigos suyos, mas que si esto no quisiesen hacer, los cristianos les tratarían muy mal y se los llevarían por esclavos á otras tierras. A esto respondieron que ellos serían muy buenos cristianos y servirían á Dios. Y preguntados en qué adoraban y sacrificaban y á quien pedían el agua para sus maizales y la salud para ellos, respondieron que á un hombre que estaba en el cielo. Preguntámosles cómo se llamaba, y dijeron que Aguar, y que creían que él había creado todo el mundo y las cosas de él. Tornámosles á preguntar cómo sabían esto, y respondieron que sus padres y abuelos se lo habían dicho, y que de mucho tiempo atrás tenían noticias de esto y sabían que el agua y todas las buenas cosas las enviaba aquél. Nosotros les dijimos que aquel que ellos decían se llamaba Dios, y que así lo llamasen ellos y lo sirviesen y adorasen como mandábamos y á ellos no les pesaría. Respondieron que todo lo tenían muy bien

entendido y que así lo harían. Y mandámosles que bajasen de las sierras y viniesen seguros y en paz y poblasen toda la tierra é hicieran sus casas; y que entre ellas, que hiciesen una para Dios y pusiesen á la entrada una cruz como la que allí teníamos, y que cuando viniesen allí los cristianos les saliesen á recibir con las cruces en las manos, sin los arcos y sin armas y los llevasen á sus casas y les diesen de comer de lo que tenían, y por esta manera no les harían mal, antes bien, serían sus amigos. Y el capitán les dió mantas y les trató muy bien, y de allí se volvieron los indios á sus casas.»

De este modo, por consejo de Alvar Núñez, los indios empezaron á hacer iglesias, y los principales señores de las tribus llevaban sus hijos para que se les bautizara.

Una vez bautizados los niños, Alvar Núñez partió para la villa de San Miguel, donde tuvo noticias de que, cumpliendo su mandato, los indios bajaban de las sierras y poblaban los llanos, y hacían iglesias y cruces. También vió Alvar Núñez que se cumplían sus órdenes en lo relativo al recibimiento de los cristianos, pues el capitán Alcaraz fué recibido por una gran muchedumbre de indios que, en vez del arco y la flecha, llevaban entre las manos una cruz.

Todo esto lo puso después Alvar Núñez en conocimiento del Rey, con esta invocación al Todopoderoso:

«Dios Nuestro Señor, por su infinita misericor-

dia, quiera que en los días de Vuestra Majestad y bajo vuestro poder y señorío, estas gentes vengan á ser verdaderamente y con entera voluntad sujetas al verdadero Señor que las crió y redimió. Lo cual tenemos por cierto que así será y que Vuestra Majestad, de ser el que lo ha de poner en efecto (que no será tan difícil de hacer,. porque en dos mil leguas que anduvimos por tierra y por la mar y otros diez meses que, después de estar cautivos, anduvimos sin parar por toda aquella tierra no hallamos en ella ni sacrificios ni idolatría.»

De vuelta á España

Desde San Miguel, donde permaneció quince días, marchó Alvar Núñez á Compostela, donde, á la sazón, residía el gobernador Nuño de Guzmán.

En esta ciudad fué donde Cabeza de Vaca volvió á usar ropas, después de tanto tiempo de ir completamente desnudo. Muchos días tardó en acostumbrarse á usarlas; durante esos días hubo de dormir en el suelo, pues tampoco se acostumbraba al lecho.

Y desde Compostela pasaron nuestros héroes á Méjico, donde el virrey y el marqués del Valle les dispensaron un gran recibimiento, jugándose toros y cañas en su honor.

Alvar Núñez invernó en Méjico, partiendo en la Cuaresma á la ciudad de Veracruz, acompañado de Andrés Dozantes. El domingo de Ramos embarcaron en un navío que hacía mucha agua; Dozantes se quedó en él; pero Cabeza de Vaca se trasladó á otro navío.

No dejaron de sufrir reveses en el mar. El navío de Alvar Núñez se separó del de Andrés Dozantes al correr una tormenta, y al cabo de dos meses arribó Cabeza de Vaca á las islas Azores.

«Y pasando otro día—escribe Alvar Núñez—por la isla que llaman del Cuerno, dimos con un navío de franceses; al mediodía nos comenzó á seguir con una carabela que traía, tomada á los portugueses, y nos dió caza. Aquella misma tarde vimos otras nueve velas, pero estaban tan lejos, que no pudimos conocer si eran portuguesas ó francesas. Y cuando anocheció estaba el francés á tiro de lombarda de nuestro navío; pero cuando fué obscuro hurtamos la derrota para desviarnos de él, y como iba tan junto á nosotros, nos vió y nos siguió y nos pudo haber abordado de no dejarlo para la mañana siguiente. Plugo á Dios que cuando amaneció nos hallamos el francés y nosotros juntos, cercados de las nueve velas que la tarde antes habíamos visto, las cuales conocimos ser de la armada de Portugal; y di gracias á Nuestro Señor por haberme escapado de los trabajos de la tierra y peligros de la mar. El francés, cuando reconoció á los navíos portugueses, soltó la carabela que traía tomada, que ve-

nía cargada de negros, la cual traía consigo para que creyésemos que eran portugueses y la esperásemos, y cuando la soltó dijo al maestre y piloto de ella que nosotros éramos franceses y de su conserva. Y al decir esto metió sesenta remos en su navío y así á remo y á vela huyó. La carabela que soltó se fué al galeón y dijo al capitán que nuestro navío era francés, y como nuestro navío arribó al galeón y como toda la armada veía que íbamos sobre ellos, teniendo por cierto que éramos franceses, se pusieron á punto de guerra y vinieron sobre nosotros. Cuando vieron que éramos amigos se sintieron burlados por haberse escapado aquel corsario con haber dicho que éramos franceses y de su compañía, y así fueron cuatro carabelas tras él. Y llegado á nosotros el galeón, después de haberle saludado, nos preguntó el capitán Diego de Silveira que de dónde veníamos y qué mercadería traíamos, y le respondimos que veníamos de la Nueva España y que traíamos plata y oro.

Alvar Núñez llegó á Lisboa el día 9 de Agosto del año 1537.

—

Tal es, á grandes rasgos contada, la vida de este gran aventurero español que se llamó Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

No hemos querido escribir por nuestra cuenta las hazañas de este hombre. Contadas por él, con la

modestia, sencillez y sobriedad que le caracteriza, tiene un encanto que habría de faltarle si nosotros hubiésemos hecho de ellos relación.

Así vivió este hombre diez años, sin más esperanza que su fe en Dios y sin más medios que los que su ingenio pudiera depararle.

Este hombre modesto, que no ha pasado á la Historia, luchó en su nombre, padeció por ella, y, á su paso, siempre dejó un recuerdo imborrable de su patria. El solo, convirtió y redujo á muchos pueblos de indios, inculcándoles el nombre de Dios y el del Rey.

Ni las privaciones pudieron vencerle, ni los mismos elementos reducirle; era fuerte de cuerpo y de espíritu.

Y al volver á España, pudo dirigirse á su Rey como ningún otro, haciéndole, en sus «Naufragios», una historia detallada—la más detallada quizá—de lo que eran aquellos pueblos en los que ya empezaba á dominar España.

Nosotros queremos rendir aquí un homenaje de admiración á este buen español, en el que florecieron todas las virtudes de la raza.

Bernal Diaz del Castillo

«Como acabé de sacar en limpio esta mi relación, me rogaron dos licenciados que se la emprestase para saber muy por extenso las cosas que pasaron en la conquista de Méjico y de Nueva España, y ver en qué diferencian lo que tenían escrito los cronistas Francisco López de Gómara y el doctor Illescas acerca de las heroicas hazañas que dijo el marqués del Valle (Hernán Cortés) de lo que en esta relación escribo; é yo se la presté porque de sabios siempre se pega algo á los idiotas sin letras como yo soy, y les dije que no enmendasen cosa alguna de las conquistas, ni poner ni quitar, porque todo lo que yo escribo es muy verdadero».

Esto escribe nuestro viejo amigo Bernal Díaz al final de su heroico relato con una encantadora ingenuidad. Todo lo que escribe, según asegura, es muy verdadero, y nosotros, al hacer este glosario

de su vida quisiéramos también decir esto mismo. ¡ Siempre se pega algo á los idiotas, de los sabios !

No tenemos noticias del cronista Gómara ni del doctor Illescas, pero creemos—tal vez nuestra duda sea sacrílega—que Bernal Díaz, hombre rudo y fuerte, que probó su denuedo y esfuerzo en más de cien batallas, tenía una opinión exagerada de sus dos mentores. No tenemos intención, ni creemos necesario tener que morder en la reputación de ningún antepasado para ensalzar los méritos del capitán Bernal Díaz.

¡ Dios nos libre !, y si guardamos alguna inquina á Gómara es porque según nuestro capitán era este Gómara un escritor ayuno de escrúpulos y sobrado de despreocupación que enjaretaba raras y divertidas historias sobre cosas que desconocía. No ha desaparecido en España—á pesar de que han pasado cuatro siglos—la estirpe de estos cronistas ; vamos también á buscar la estirpe gloriosa de nuestro abuelo Bernal Díaz, aunque para ello tengamos que limpiar el moho que han aglomerado los siglos sobre la herruza y sobre el petate de este soldado.

Tal vez el viejo capitán crea que somos gente feble y deleznable para comentar sus hechos y nos arrincone por ruines junto á las viejas estantiguas de Gómara é Illescas ; nosotros aprobamos de cualquier manera la solución del caudillo, pero no resistimos al deseo de pasear con él nuestras inquietudes y nuestra admiración y hasta si pudiéramos, dormiríamos también bajo los árboles, junto á nuestro ca-

ballo desfallecido y escuálido, y tomaríamos parte en las charlas que formaban los soldados las noches que no había que menear el brazo para pelear con los indios, y escucharíamos á Hernán Cortés, y tal vez, de cuando en cuando aventuraríamos nuestra opinión; y quizá en la lucha, al vernos rodeados de enemigos y faltos de fuerzas, acudiera en nuestra ayuda el viejo capitán salvándonos de entre las manos de la chusma salvaje á fuerza de cintarazos, y él mismo, cuando viera que nosotros dábamos oídos á nuestra debilidad, y hablábamos de treguas en la pelea ó de paces, volviera á repetirnos las mismas palabras con que alentaba siempre á los apocados y á los pusilánimes:

—Más vale morir por buenos que vivir afrentados.

Salida de Castilla y llegada á México.
La batalla de Tabasco.

Bernal Díaz salió de Castilla el año 1514, en compañía del gobernador Pedro Arias de Avila, que en aquella sazón le dieron la gobernación de Tierra Firme; y viniendo por la mar, dice, con buen tiempo unas veces y otras con contrario, llegamos al Nombre de Dios; y en aquel tiempo hubo pestilencia, de que se nos murieron muchos soldados, y demás desto, todos los más adolecimos, y se nos hacían más malas llagas en las piernas; y también en aquel tiempo tuvo diferencias el mismo gobernador con un hidalgo que en aquella sazón esta-

ba por capitán y había conquistado aquella provincia, que se decía Vasco Núñez de Balboa; hombre rico con quien Pedro Arias de Avila casó en aquel tiempo una hija suya, doncella; y después que la hubo desposado, tuvo sospechas de que el yerno se le quería alzar con copia de soldados por la mar del Sur, y al enterarse el gobernador lo mandó degollar.

Cuando Bernal Díaz y sus compañeros empezaron la conquista de Nueva España, el paso de ellos por aquellas tierras era acogido con muestras de obediencia y de sumisión por parte de los indígenas; en el río Tabasco, dice, vinieron sobre treinta indios é trujeron pescados asados y gallinas é fruta y pan de maíz, é unos braseros con ascuas y con zahumerios y nos zahumaron á todos, luego pusieron en el suelo unas esteras que acá llaman petates, y encima una manta y presentaron ciertas joyas de oro.

No vino mal este presente, pues entre las largas caminatas y el poco comer, todos estaban aspeados y hambrientos, aunque el zahumerio no hizo á nuestros compatriotas maldita gracia, pues apenas llegó á sus narices el tufillo de aquel humo de raíces quemadas todos empezaron á estornudar y á quitarse con entrambas manos las espesas nubes de humo que salían de los braseros, que casi les atosigaba.

Pero estas muestras de amistad duraron poco, pues muy pronto las montañas se poblaron de gue-

rreros indios y cayeron como fieras sobre el escuadrón de españoles.

Entablóse un combate, durante el cual caían sobre los españoles flechas y piedras como un diluvio; pero nuestros compatriotas hicieron tal mortandad con sus escopetas y cargando á filo de sus espadas, que los indios huyeron perdiéndose en las fragosidades de los montes.

Aquella noche, después de la batalla, Cortés reunió á sus capitanes para trazar un nuevo plan. Era preciso orientarse, porque se hallaban perdidos entre las montañas y los bosques de aquella tierra virgen; un soldado dió á Cortés una vieja brújula que conservaba de sus tiempos de marino; preparóse la tropa á descansar con las armas á la cabecera, y de tiempo en tiempo llegaban hasta ellos, desde las montañas próximas, voces extrañas y ruido de tambores.

Apenas apuntaba el alba, los centinelas del campamento dieron la voz de «¡ al arma ! ¡ al arma !», y todos embrazaron sus espadas y rodelas y rápidamente se agruparon por compañías, mientras el padre fray Bartolomé Olmedo les echaba su bendición.

Los soldados españoles seguían su ruta triunfal peleando día y noche contra el inmenso hormiguero de indios que coronaba á su paso las crestas de los montes.

Algunos, menos belicosos, se sometían y ofrecían á los españoles joyas y oro. Las tribus del río

de Tabasco ofrecieron sus mujeres á nuestros guerreros, que las aceptaron con júbilo. Consistió el regalo en veinte mujeres, que recibió Cortés y repartió luego á sus capitanes. Venía entre ellas una excelente mujer, hija de grandes caciques, que después de bautizada se llamó doña Marina. Esta la dió Cortés á Alonso Hernández Puerto Carrero, que era buen caballero—dice Bernal Díaz—y primo del conde de Medellín. Cuando Puerto Carrero marchó á Castilla estuvo doña Marina con Cortés y de ella tuvo un hijo, que se dijo D. Martín Cortés, que en el tiempo andando fué comendador de Santiago. Yo conocí—añade Bernal Díaz—á su madre, que cuando se volvió cristiana se llamó la vieja Marta.

Esta doña Marina sirvió á los españoles de intérprete con los indios.

Cortés hunde las naves. Las noches en el campamento

Los cuidados y dolencias de la guerra y sus azares eran cada día mayores. Ya eran muchos los soldados muertos y empezaban á oirse voces de desaliento. Pero la obsesión de Cortés y sus guerreros era llegar á Méjico, donde pensaban hallar los inmensos tesoros del gran emperador indio Moctezuma.

Refuta Bernal Díaz por falso el relato de Gómara, y dice que Cortés no mandó barrenar las naves en secreto. Los once navíos en que habíamos venido—dice—fueron hundidos después de tomado

consejo de todos y á nuestra vista, y esto se hizo porque nos ayudase la gente que en ellos había á velar y á guerrear. También dice Gómara que Cortés no osaba publicar á los soldados que querían ir á Méjico en busca del gran Moctezuma; pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en partes que no tengamos provecho y guerras?

Capitanes y soldados se reunían á coro las noches de holganza alrededor de la lumbre. Aquel puñado de españoles sentían la nostalgia de su patria, y sentados en los juncos ó sobre la maleza contaban chanzas y cuentos.

Allí estaba Pedro de Alvarado, que era de muy buen cuerpo y ligero, y que así en el rostro como en el hablar en todo era agraciado, que parecía que estaba riendo.

El soldado Porras, muy bermejo y gran cantor, y Ortiz, gran tañedor de vihuela y que enseñaba á danzar, y Alvaro, marinero, que decía tuvo con indias de la tierra treinta hijos en obra de tres años. A este Alvaro lo mataron los indios.

Alfonso Durán, que ya era viejo y no veía bien, que ayudaba de sacristán, y que acabó sus días de fraile mercenario, y otro llamado Suárez el Viejo, que mató á su mujer con una piedra de moler maíz, y estaba también Gaspar Díaz, hombre duro, natural de Castilla la Vieja, que fué muy rico, y que después de pelear bravamente y de adquirir fortuna lo dió todo por Dios y se fué á los pinares

de Guaxocingo, en parte muy solitaria, y hizo una ermita y se puso en ella por ermitaño, y fué de tan buena vida, y se daba ayunos y disciplinas, quedándose muy flaco y debilitado, durmiendo en el suelo y sobre unas pajas. Cuando esto lo supo el obispo don fray Juan de Zumárraga le mandó que no hiciese tan áspera vida, y tuvo, dice Bernal Díaz, tan buena fama el ermitaño Gaspar que se metieron en su compañía otros ermitaños y todos hicieron buenas vidas, y á los cuatro años de estar allí fué Dios servido llevarle á su santa gloria.

El capitán Juan Velázquez de León era bravo, animoso y desinteresado; abandonó Castilla á los veintisiete años; mató en desafío á un hombre rico llamado Basaltas, y pudo escapar de la justicia: tenía la barba crespa, la voz gorda y espantosa y tartamudeaba algo. Muchas veces batió con un puñado de soldados catervas de indios; en el fragor de las batallas acompañaba los tajos con gritos. Un compañero de Velázquez quedó sordo de coraje en una batalla; de él no sabemos si lo mató la ira de la derrota en Méjico ó la flecha de un indio.

Pedro de Ircio era un hombre alegre y dicharachero; contaba proezas todavía en agraz, decía que él haría y acontecería, queriendo pinchar con su espada los cuerpos de enemigos invisibles.

Reían todos de la furia injustificada del Capitán y acababan pidiéndole que contara un cuento de D. Pedro Girón ó del duque de Ureña.

Estaba entre ellos el capitán Gonzalo de San-

doval, jovenzuelo de unos veintidós años, que llegó á ser con el tiempo gobernador de la Nueva España. Gonzalo de Sandoval no sabía nada de letras, y todo lo hacía á la buena de Dios.

Puestos los centinelas, nuestros soldados, antes de rezar la última oración de la noche, jugaban y se divertían muy honestamente. Menudeaban, por desgracia, las noches en que después de un día agrio de batalla tenían limpia la tripa, y entonces no había gana de cuentos y sólo se aguardaba con ansiedad el nuevo día para lanzarse á buscar menestra.

Bernal Díaz cuenta que Cortés alentaba y esforzaba á sus soldados en los trances amargos, y que jamás tomaba una determinación sin consultar á sus capitanes.

Un día, dice nuestro capitán, encontró Pedro de Alvarado algunos pueblos muy abastecidos de comida y despoblados de indios; sólo pudo hallar dos de éstos que le trujeran maíz. los soldados recorrieron el poblado y cogieron muchas gallinas y mucho maíz, sin querer hacer más daño; cuando aquellos soldados volvieron al real con el bastimento, todos nos holgamos, porque todos los males y trabajos se pasan con el comer.

Llegada á Méjico. Encuentro de Cortés y Moctezuma

Después de innumerables y cruentos combates, consiguieron los españoles llegar á la vista de Méjico. Noticioso de ello Moctezuma, les salió al en

cuentro, enviando delante, como embajadores, á grandes caciques indios, señores principales de su corte.

Todas las torres y canoas estaban llenas de indios, que se maravillaban de los españoles y se sobrecogían de terror ante la vista de los caballos. Los españoles eran 450.

Llegaba el gran emperador Moctezuma del brazo de sus familiares, muy ricamente ataviado. Cuando Cortés le vió llegar se apeó del caballo y le hizo una gran reverencia; Moctezuma le dió el bien venido, y Cortés le respondió, con doña Marina, que él fuese el muy bien estado. Cortés sacó entonces un collar de piedras de vidrio y se lo echó al cuello al gran Moctezuma y le dijo que su corazón se holgaba en haber visto un tan gran príncipe. Moctezuma contestó con otras palabras de mucho comedimiento y mandó á dos de sus sobrinos de los que le traían del brazo que se fuesen con los españoles hasta aposentarlos, y Moctezuma con los suyos se volvió á la ciudad.

Los llevaron á aposentar á unas grandes casas que habían sido del padre de Moctezuma, y cuando llegaron Moctezuma dijo á Cortés: «Malinche, en vuestra casa estais vos y vuestros hermanos, descansad», y se marchó á sus palacios, mientras los españoles se repartían los aposentos y asestaban la artillería en sitio conveniente.

Entró Cortés en Méjico el 8 de Noviembre de 1519.

Una conversación acerca dn los dioses

Cuando volvió Moctezuma nuestros soldados le rindieron honores, y Cortés le ofreció asiento y comenzó á hablarle.

Le dijimos, cuenta Bernal Díaz, que éramos cristianos y adorábamos á un solo Dios verdadero, que se dice Jesucristo, el cual padeció muerte y pasión por salvarnos.

Y Moctezuma, cuando Cortés acabó su plática, respondió de aquesta manera :

«Señor Malinche, muy bien entendido tengo vuestras pláticas y razonamientos antes de agora, que á mis criados sobre vuestro Dios les dijistéis en el arenal, y no os hemos respondido acerca de eso, porque desde ab-inicio acá adoramos nuestros dioses y los tenemos por buenos.»

Después Moctezuma mandó traer joyas y telas finas, que repartió entre todos, y como ya era tarde, Cortés, por no ser importuno, le dijo : «El señor Moctezuma siempre tiene por costumbre echarnos un cargo sobre otro, en hacernos cada día mercedes ; ya es hora que Vuestra Majestad coma», y se despidieron de él con grandes cortesías.

Prisión de Moctezuma

Acordaron los españoles, tras largas deliberaciones, prender á Moctezuma. Llegaron armados al palacio del príncipe indio y Cortés contó á Moctezuma una larga lista de agravios. Díjole que era necesario para la seguridad de ellos que se entre-

gara preso y que dijera á los indios que esto era voluntad suya. Se resistió Moctezuma y Cortés insistió en sus propósitos, amenazando con matarle; Moctezmua es espantó y cayó sin sentido, despues se negó á ir preso. Los capitanes de Cortes estaban impacientes viendo que se alargaba la plática y dijeron á Cortés: «¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevamos preso ó le daremos de estocadas; por eso tornadle á decir que si da voces ó hace alboroto, que le mataréis; porque más vale que de esta vez aseguremos nuestras vidas ó las perdamos. Cuando Moctezuma vió á los capitanes dar voces enojados después de algunas razones cedió y dijo que él iria de buena gana; y entonces los españoles le hicieron muchas caricias y le dijeron que no se enojara y que dijese á sus guardianes que iba de su voluntad; le trajeron las andas en las que solia salir y fué conducido al aposento de los españoles donde estos le pusieron centinelas; luego le vinieron á ver todos los principales mejicanos á saber la causa de la prisión de su emperador y á preguntarle si quería que se le hiciese guerra á Cortés. Moctezuma respondió que él holgaba de estar allí algunos días de buena voluntad.

Diego Velázquez, gobernador de Cuba que tenía ojeriza á Cortés equipó y envió una armada contra el caudillo poniendo al frente de estas fuerzas á Pánfilo de Narváez. Cortés los derrotó y muchos soldados de Narváez se cobijaron bajo las banderas del conquistador de Méjico.

Mientras tanto en la ciudad las cosas no marchaban muy bien. Los indios á pesar de las protestas afectuosas de Moctezuma estaban descontentos y celebraban conciliábulos y chirinolas. Los sacerdotes que guardaban los ídolos salvajes pregonaban constantemente la rebelión y la guerra contra los invasores.

Nuestros guerreros guiados por la codicia pusieron mano en las riquezas del rey indio repartiéndose el botín, é intentaron quitar los ídolos de los indios y colocar en su lugar la cruz.

Cortés y los suyos visitaron la ciudad y quedaron admirados del buen concierto y policía que reinaba en todas las cosas. Moctezuma vivia vigilado en su encierro real apaciguando los ánimos de los suyos que le consultaban constantemente. La vigilancia que ejercian los españoles con el rey indio era muy estrecha; Cortés además le había puesto de intérprete á uno de sus soldados hombre zalamero é inteligente.

También me acuerdo, dice Bernal Díaz, que era de la vela un soldado muy alto de cuerpo y bien dispuesto y de muy grandes fuerzas, que se decía Fulano de Trujillo, y era hombre de la mar, y cuando le cabía el cuarto de la noche de la vela, era tan mal mirado, que hablando aquí con acato de los señores leyentes, hacía cosas deshonestas, que lo oyó el Moctezuma; é como era un rey de estas tierras y tan valeroso túvolo á mala crianza y desacato, que en parte que él lo oyese se hiciese tal cosa, sin tener respeto á su persona; y preguntó á su paje Orteguilla que quién era aquel mal criado é sucio, é

dijo que era un hombre que solía andar en la mar é que no sabe de policía é de buena crianza, y también le dió á entender de la calidad de cada uno de los soldados que allí estábamos, cuál era caballero y cuál no, y le decía á la continua muchas cosas que el Montezuma quería saber. Y volvamos á nuestro soldado Trujillo, que desque fué de día Montezuma lo mandó llamar, y le dijo que por qué era de aquella condición, que sin tener miramiento á su persona, no tenía aquel acato debido; que le rogaba que otra vez no lo hiciese y mandóle dar una joya de oro que pesaba cinco pesos; y al Trujillo no se le dió nada por lo que le dijo, y otra noche adrede tiró otro ataque, creyendo que le daría otra cosa.

Muerte de Moctezuma y conquista de México

Millares de indios se aprestaron á dar la batalla á nuestros soldados. Algunos cabecillas indígenas se pusieron al frente de la rebelión y combatían día y noche sin descanso. Los nuestros se defendían heroicamente pero los indios luchaban también con ardor y denuedo relevándose incansables en la pelea.

Las casas, las azoteas y canoas estaban llenas de guerreros indios que esperaban anhelantes concluir con aquel puñado de españoles. En este trance Cortés habló á Moctezuma.

¿Qué quiere de mí ya Malinche?—dijo entonces Moctezuma, que yo ni deseo vivir ni oille, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído.

Cortés rogó al rey indio que saliera á poner paz

arengando á los suyos para que no los combatieran. Cuando los indios enfurecidos cercaban la mansión de nuestros guerreros Moctezuma subió al pretil de una azotea con los soldados que le guardaban y con palabras amorosas habló á los suyos para que dejasen la guerra ; cuando echaba esta arenga recibió una herida de flecha y entonces el rey indio dolorido y lleno de pesadumbre, se negó á que lo curaran, muriendo pocos días después.

Así acabó su vida el emperador Moctezuma.

—

Era necesario buscar un ardid para salir de aquel infierno. Como vimos, dice Bernal Díaz, que cada día iban menguando nuestras fuerzas, y la de los nuestros muertos y todos los más heridos, y aunque peleábamos muy como varones no los podíamos hacer retirar ni que se apartasen los muchos escuadrones que de día y noche nos daban guerra, y la pólvora apocada, y la comida y el agua por el consiguiente y el gran Moctezuma muerto, les enviamos á demandar paces á los indios que éstos no quisieron aceptar.

Para romper el cerco no habría otro remedio que hacer una salida desesperada. Nuestros soldados después de recoger el oro que tenían y algún fardaje, se lanzaron como una tromba sobre la nube de indios que les acometían y después de una larga y dura pelea en la que quedaron muertos y ahogados muchos de nuestros compatriotas pudieron éstos librarse de aquel anillo humano, dejándose en el fondo

de la ciénaga casi todas las riquezas que cogieron á Moctezuma. Muchos de los nuestros perdieron la vida por no perder el oro en barras.

Cortés se retrajo con el resto de sus soldados á un pueblo cercano á Méjico; para Cortés era una obsesión la conquista de la ciudad sagrada, asiento y lugar de los reyes indios.

Por aquellos días se le unieron á los nuestros muchos soldados de los que llevó Narváez á luchar contra Cortés y este nuevo refuerzo de gente aguerrida volvió á animarle. Estaban en Tacuba desde donde veían la ciudad de Méjico. La muerte de una gran parte de los guerreros apesadumbró mucho á Cortés que vagaba por el campamento entristecido mientras fraguaba planes nuevos para las luchas que se avecinaban.

Cortés y nosotros, dice Bernal Díaz, nos estábamos mirando desde Tacuba el gran C[illegible] el ídolo Huichívolos y el Tatelulco y los aposentos donde solíamos estar, y mirábamos todos la ciudad y la puente y calzada por donde salimos huyendo; y en este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que antes tenía, por los hombres que le mataron; y desde entonces los soldados dijeron este cantar ó romance:

En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado,
triste estaba y muy penoso,
triste y con gran cuidado,

la una mano en la mejilla
y la otra en el costado.

Acuérdome que entonces le dijo un soldado que se decía el bachiller Alonso Pérez, que después de ganada la Nueva España fué fiscal y vecino en Méjico: «Señor capitán, no esté vuestra merced tan triste; que en las guerras estas cosas suelen acaecer y no se dirá por vuestra merced:

Mira Nerón, de Tarpeya
á Roma como se ardía».

Cuando mayor era la preocupación de Cortés, se le presentó un soldado, llamado Fulano Sotelo, de Sevilla, el cual decía que había estado en las guerras de Italia con el Gran Capitán y que ahora se le había ocurrido inventar un gran trabuco que disparado desde lo alto del Tatelulco destruiría las casas donde los indios se hellaban retraídos y lse obligaría á hacer la indios se hellaban retraídos y les obligaría á hacer la nueva máquina de guerra que se cargó con grandes piedras y cuando Sotelo dijo que se hallaba á punto se disparó. Las piedras salieron por alto, dice Bernal Díaz y cayeron allí mismo, y casi nos descalabra á todos.

Fracasado el trabuco de Sotelo se pensaron nuevos planes. Cortés se pasaba los días mirando á Méjico desde lo alto de Tacuba, cabizbajo, ante la responsabilidad de la empresa. Nuevamente empezaron nuestros soldados el asedio y después de algunas batallas sangrientas los nuestros se aproximaron á las fuentes que surtían de agua á la ciudad

cortaron los caños y gracias á esta estratagema los indios tuvieron que someterse. Largo y cruento fué el sitio de Méjico y los indios supieron defender bien sus haciendas y sus vidas; nuestros soldados entraron en Méjico sirviéndoles de alfombra los cadáveres de miles de guerreros indígenas. No pudieron rescatar el oro perdido en el fondo de las acequias; Cortés se hizo cargo de la ciudad en nombre del rey de España, nombró regidores y alcaldes, mandó algunas compañías á poblar algunos pueblos ahorcó á los cabecillas rebeldes, mandó derrocar los ídolos y construyó iglesias.

Poco tiempo después Cortés regresaba á España donde era recibido triunfalmente á pesar de que aquí muchos enemigos trataban de socavarle el terreno de su gloria. Los cronistas loaron sus hechos gloriosos, y el ruido de su fama llenó el mundo; el emperador le dió el título de marqués del Valle...

Cansado y maltrecho el capitán Bernal Díaz vino á España trayendo como trofeo el cuerpo lleno de cicatrices y el relato de sus proezas. Se halló en ciento diez y nueve batallas y murió desconocido y pobre. Tales eran los españoles de antaño.

INDICE

Pags.

Al lector..... 5

El Capitán Contreras

De su infancia y de sus padres..... 19
Comienza á ser soldado..... 25
Viaje á Malta..... 25
Vuelta á Sicilia..... 27
Viaje á Levante con galeones..... 28
Junta con los valencianos en Nápoles..... 30
En que se trata hasta el milagro de la isla de Lampadosa..... 33
Llegada á Ríjoles y aviso de la Armada..... 37
Viajes de Levante..... 39
Azotes al compadre de Brazo de Mayna..... 47
Contreras en Salónica 49
En que se cuenta cómo salió de Malta y vino á España, donde fué alférez..... 52
Jornada en la mancebía de Córdoba..... 55
En que se siguen los sucesos de alférez..... 60
Cómo se vino á España y aquí le levantaron era rey de los moriscos..... 69
El tormento..... 82
Vuelta á Madrid, de Valencia..... 85
En que se dice la salida que hizo de Madrid para Flandes y sucesos de la muerte del rey de Francia..... 90
Salida de Flandes con hábito de peregrino..... 93
Tercera jornada..... 95
Viaje á Italia y veneno que le dieron en Roma..... 97
Cómo volvió á España y fué capitán de infantería española y otros sucesos..... 99

Págs.

En que se cuenta el viaje que hizo á las Indias.... 110
Contreras levanta su compañía en la plaza de Antón Martín..... 118
Contreras y Lope de Vega..... 121
Llegada del marqués de Cadreyta á Roma; erupción del Vesubio; estancia de Contreras en los Casales de Cápua y su gobierno de la ciudad de Aquila.. 124
Contreras, capitán de caballos..... 127
Viaje á Nápoles, á Génova y á España..... 135
ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA..... 145
Sacra, cesárea, católica Majestad..... 152
Tierra adentro..... 155
De cómo hicieron barcas los españoles..... 160
A la buena de Dios..... 166
¡¡Desnudos!!..... 170
La isla de Malhado..... 175
Alvar Núñez, médico cirujano..... 178
Alvar Núñez, mercader..... 181
La fuga..... 186
De cómo duerme al raso un hombre en cueros.... 188
Alvar Núñez practica una operación quirúrgica.... 191
De cómo querían los indios á Alvar Núñez..... 195
De cómo Alvar Núñez halla rastro de cristianos... 202
Alvar Núñez protege á los indios..... 207
Alvar Núñez, misionero..... 210
De vuelta á España..... 214
BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO..... 221
Salida de Castilla y llegada á Méjico.—La batalla de Tabasco..... 223
Cortés hunde las naves. Las noches en el campamento..... 226
Llegada á Méjico. Encuentro de Cortés y Moctezuma..... 229
Una conversación acerca de los dioses..... 231
Prisión de Moctezuma..... 231
Muerte de Moctezuma y conquista de Méjico..... 234

233243
HSp.BC.
R6965e
Author Rodriguez de la Peña, José
Title Españoles de antaño.
DATE.
NAME

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU